
Regenta
Las argucias de un sinvergüenza
Las damas Hess IV
Laura A. López


Regenta
Las arqucias de un sinvergüenza
Las damas Hess IV
Laura A. López

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Las argucias de un sinvergüenza

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2506162154295**

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Capítulo 1

Su hermana lady Penélope Hess había contraído matrimonio en el verano y lady Hannah Hess esperaba junto a su pianoforte su momento de debutar.

Lo único que sabía hacer era ejecutarlo con mayor habilidad que el resto de sus hermanas que, por lo general destacaban en algo. En la casa de Autum hall pronto dejaría de respirarse un cierto aire de paz, pues lord Cholmondeley, su tutor y cuñado, pronto estaría en la residencia en compañía de sus hijos y de Mildred, la mayor de sus hermanas. Este era el momento decisivo. Elegiría ir a Londres para escoger candidatos. Meses atrás estuvo ahí y se sintió encantada con lo que vio. Deseaba ser una mujer de esas que distinguía en las calles llenas. La elegancia, la clase y la que parecía grata compañía era lo que ella imaginaba para su futuro bajo un bello día primaveral.

—Lo mejor es que dejes eso —pronunció Alethea, su última hermana que debutaría dentro de un par de años—. Ya están aquí.

—¿Crees que ha traído alguna joya para mi debut?

—Conociendo a Daniel lo único que debe traer es su pésimo humor acrecentado por el llanto de un recién nacido. Nuestras vidas volverán a ser miserables y lo serán aún más cuando Penélope tenga a su bebé.

—Este lugar se llena de pequeñas criaturas indeseables, pero es la vida haciéndose camino.

Sarah corrió hacia la puerta para abrirle al conde y a su familia, mientras la condesa viuda y el señor Sinclair se acercaban para recibirlos.

La imponente presencia de Daniel se notaba tan solo al entrar. Él miró a todos a su alrededor y se detuvo más tiempo en Hannah. Dio un suspiro de cansancio y extendió la mano hacia el letrado que acompañaba a la madre de aquellas criaturas que él consideraba diabólicas.

—He regresado al infierno, señor Sinclair —manifestó estrechando la mano de aquel.

—El infierno ha tenido ocupadas a las diablas, milord. Han estado bien portadas. Puede preguntarle a la institutriz y al preceptor —replicó el letrado en defensa de las jóvenes.

—No lo suficiente para hacerlas desaparecer. Que alguien avise a Robert que he vuelto e inviten a Edwin y Penélope para que se unan a nosotros en la cena —ordenó el conde.

Apenas Daniel se dio la vuelta, vio ahí de pie a Alethea, respirándole en la nuca.

—¿Cómo estás? —curioseó la joven.

—Bien hasta que regresé —respondió ignorándola. Giró sobre sus talones del otro lado y encontró a Hannah con los ojos agrandados como una vaca en la pradera.

—¿Me has traído algo? —indagó observándolo en todos los ángulos para ver si tenía algo escondido.

—No.

—¿No? ¿No? Esperé meses a tu llegada y ¿dices que no me has traído nada? Entiendo. Tus preferencias siguen siendo las mismas. ¿No puedes intentar querernos? Tus mascotas viven mejor que nosotras dos. —Hannah señaló también a Alethea.

—No es para enloquecer, Hannah. Te lo compraré. Después hablaré contigo. Déjenme descansar, el viaje con un bebé no ha sido fácil.

Las hermanas Hess estaban tan enfrascadas en sus cruzadas con su cuñado que olvidaron a Mildred y a sus hijos. Fueron a saludarla y a observar a sus sobrinos. El mayor era el más entendido y comenzaba a mostrar un temperamento igual al de su padre, apenas bajaba del carruaje y se le arrugaba el rostro, aunque al ver a sus tías siempre se alegraba y cambiaba su forma de ser, por ese lado era muy diferente a su progenitor.

Después de la llegada de su cuñado y familia, todos continuaron con sus actividades en la residencia.

Hannah y Alethea salieron a cabalgar. Al momento de coger sus yeguas vieron al enorme caballo negro de su cuñado, aquella bestia era hermosa.

—¿Sería muy codiciosa si le pido a Robert un caballo como este? —preguntó Hannah a su hermana.

—Mejor pídeselo a Edwin, él parece más amable. Es más paciente, pero debes fijarte en nuestro nuevo cuñado. Podría arrojarse sobre la mesa para ahorcarnos cuando decimos algo fuera de lugar. La vez pasada me llamó pequeña tramposa con los dientes apretados.

—¿Y fuiste tramposa?

—Sí, siempre lo soy. Solo un tonto no se daría cuenta de que muevo las piezas del tablero mientras se dan la vuelta. También es una forma de estrategia, una más sucia que la convencional.

—¿No te avergüenza confesarlo tan abiertamente?

—No, no me incomoda ser más inteligente que los demás.

—No eres más inteligente, eres tramposa.

—Si no te afecta, entonces no pasa nada. —Alethea sonrió y colocó su cazamariposas sobre la silla de montar de su yegua.

Las dos partieron hacia el centro de la propiedad. Pasaron por el lago de los gansos y después por el de los caimanes traídos desde América. Llegaron hasta la pradera de pastos altos y entonces Alethea descendió de su caballo. Tenía colgados un par de frascos en los que colocaría a sus próximas víctimas. En los últimos años se había acostumbrado a algo bastante extraño: disecar insectos y leer en exceso sobre conservación de cuerpos. Sospechaba que la tranquila vida de la familia Hess podría verse afectada por las actitudes locuaces de una de ellas.

Mientras que ella saltaba como una liebre y corría sin importarle los modales, Hannah tenía un pequeño cuaderno con cosas que dibujaba y frases que colocaba abajo. Abrió una de las hojas, completó una raya más y después usó otra, en donde comenzó a dibujar lo que veía en aquel campo. No había mucho más que pastizales altos, una joven haciendo tonterías y ella buscando algo para inmortalizar.

No era buena con los dibujos, no eran dignos de mostrárselos a nadie, pero le gustaba ese pasatiempo. No era exitosa con la pintura y sentía que eso le restaba atractivo. Por eso dedicó sus fuerzas y su sensibilidad a la música, en eso se destacaba un poco más, aunque tampoco era demasiado perfecta.

Comenzó con trazos torpes hasta que aquello iba cogiendo forma. El paisaje era sereno y le hacía pensar en cómo sería su vida cuando estuviese casada. Estaba enfocada en buscar un esposo por amor y no por conveniencia, de los errores ajenos se aprendía.

Después de un par de horas, Alethea estaba agotada, aunque con los frascos llenos de especímenes nuevos y otros conocidos. Hannah también había terminado con lo suyo y creyó que era conveniente regresar antes de que esas nubes que estaban sobre sus cabezas comenzaran a descargar mucha agua y que terminaran mojándolas.

Regresaron a la casa justo antes de que las primeras gotas mojaran el paisaje que se oscureció. En la casa se encontraban Frances y Robert, al igual que Penélope y Edwin.

—¿Qué tenemos aquí? Los dos cerebros que piensan mejor que uno —dijo Edwin, el marqués de Torton, en tono burlón hacia ellas. Había comprobado que cinco cuñadas eran peores que una sola. Debió ser más amable con Coraline, pues para este punto se daba cuenta de que aquella era una gran compañía en comparación con las pequeñas culebras que vivían en Autum Hall.

—Todos sabemos que no es el caso. Mientras más juntas estén, más tonterías harán —lo secundó Penélope, la esposa de Edwin.

—Han venido con ganas de divertirse esta vez. Podríamos jugar una partida después, Edwin... —habló Alethea que levantó una ceja

para hacerlo morderse la lengua.

—¿Jugar contigo? Lo único que jugaremos tú y yo es a tolerarnos, pequeña tramposa, mentirosa y cizañera —replicó el marqués.

—Esas son palabras duras para una cuñada —lo reprendió Hannah.

—Daniel te estaba buscando —mencionó Robert, marqués de Winchelsea—. Creo que quería hablar contigo sobre tu presentación.

—Por fin tendré la importancia que merezco, ha llegado mi momento de brillar —habló Hannah con su pecho inflándose.

—Está en donde siempre... —musitó Frances, sonriente.

Hannah no dudó mucho tiempo para ir. Llevó consigo su cuaderno de dibujo y abrió la puerta.

—¿Qué demonios pasa con los modales de la gente que vive en esta casa? ¿Debo escribir algún letrero que diga que toquen? —cuestionó su cuñado.

La joven retrocedió, salió y cerró la puerta para después golpearla. Daniel todavía no podía creer lo que había hecho Hannah.

—¿Te estás burlando de mí, Hannah? —preguntó con la voz alzada para que la oyera desde el otro lado.

Ella abrió y metió la cabeza.

—Por supuesto que no. Estoy corrigiendo lo que hice mal. ¿No puedes contentarte con eso y dejar de ser un carcamán?

—Entra y siéntate —ordenó con un gruñido.

No dudó en obedecer a Daniel. Después de los viajes y de no dormir bien, siempre se ponía de mal humor y lo peor era que ella había alimentado a la bestia con su salida.

—¿De qué quieres hablar? —curioseó la joven que colocó sus dibujos sobre el escritorio.

—De tu futuro, de Londres y de que solo iremos tú, mi suegra y yo en esta ocasión. Un viaje tan largo con un bebé podría matarnos y necesito a su madre.

—Me conformo con eso.

—Derek ha preguntado por ti. Desde la última vez que te vio se muestra demasiado interesado —comentó.

—Es el momento de ignorarlo. Tú quieres hacerlo y yo también, ¿estamos de acuerdo?

—Absolutamente.

Abrió el cuaderno de dibujo y le mostró un par de hojas en donde solo había rayas y más rayas.

—¿Estabas prisionera en Newgate? —inquirió con sorna.

—No. Es para que veas que he estado esperando este momento por demasiado tiempo, esta conversación importante. Quiero conocer primero a la gente de la región. Entiendo que muchas veces el amor no distingue clases sociales, pero haré lo posible por ser ciega para personas inferiores muchas guineas al año.

—Me parece sensato y, sobre todo, me sorprende viniendo de ti. Tal vez te volviste más inteligente con todos los castigos que te he dado.

—Tal vez conmigo te ha salido bien, pero no con Alethea, es una potencial delincuente.

—Y criminal, no se te olvide lo último. Con motivo de tu debut he encargado un juego guardarropa para ti y joyas desde Londres. La madre de Robert ha hecho un trabajo excelente buscando eso para ti. No te preocupes por las medidas, ajustaremos lo que sea necesario.

Con la felicidad pateándole el pecho, Hannah sonrió y después extendió su mano para tocar la de Daniel. Le divirtió ver el rostro de aquel poniéndose rojo, no sabía si de ira o vergüenza, pero por alguna razón sería. Aquel la retiró haciendo un gesto de asco para luego coger un pañuelo de su cajón y limpiar lo que ella había tomado sin su consentimiento.

—Guarda esas muestras de cariño para los animales disecados de Alethea.

—Está bien. ¿Cuándo llegarán mis cosas?

—Pronto...

—¿Pronto cuándo?

—Pronto no siempre significa inmediatamente. Ten paciencia y no hagas que Alethea te envidie. Una vez que recibas todo eso podremos hablar sobre fechas para partir.

La sonrisa maliciosa en el rostro de Hannah decía que haría todo lo contrario a lo que pedía Daniel.

Después de salir de ahí, ella fue al salón a buscar a su hermana. Alethea estaba enfrascada en mirar el juego de ajedrez de Robert y Edwin.

—¡Tendré ropas nuevas y joyas! —exclamó dándose unas vueltas por el salón, saltando y tarareando.

—Hannah —espetó su madre—, ¿por qué tienes que contarlo así?

—Es mi momento, nadie puede hacer que no lo disfrute. He soportado a dos hermanas haciéndolo. Ha llegado mi turno y lo mejor es que Alethea no tendrá a quien presumirle lo que le darán cuando sea el momento.

—¡Esto es injusto! —exclamó Alethea que arrojó un adorno de plata hacia Hannah, pero terminó dándole en la cabeza a la institutriz.

Los ojos de la educadora se dirigieron a la jovencita que corrió hacia ella y se arrodilló.

—¡Lo siento, señorita Carlington!

La institutriz cogió la oreja de la joven y la llevó consigo ante la atenta mirada de los demás. Sabían que las cosas se pondrían intensas.

—Usted también vaya con la institutriz —ordenó el señor Kepler dirigiéndose a Hannah—. Ha sido la provocadora. Debería controlar su envidia, si no fuese envidiosa a morir las cosas serían diferentes.

Hablaré con lord Cholmondeley para que le dé un castigo. Si no va con la institutriz tampoco se salvará.

Capítulo 2

Derbyshire...

En la residencia de campo, Owen Stewart, conde de Stern, se encontraba en la cama, debilitado, recordando sus buenos tiempos de libertino. Algunos le decían que había contraído una enfermedad por mezclarse con mujerzuelas, pero él estaba seguro de que no era de esa manera. Era alguien que gustaba de las fiestas y de la compañía; sin embargo, evitaba enredarse con mujeres de dudosa reputación. En ese aspecto era bastante exquisito.

—Milord, han venido su hermano y su madrastra a verlo —anunció el sirviente del conde, Lester.

—Hazlos pasar... —dijo con la voz debilitada.

Cada día que pasaba lo hacía sentir que estaba más cerca de morir que de vivir. Sentía que las medicinas no le hacían bien. Por motivos de salud, su madrastra prefirió enviarlo a la residencia rural y aprovechaba para visitarlo cada vez que podía y trataba de pasar el otoño con él. Ella había sido como su madre durante toda su vida. Cuando él tenía dos años su madre falleció y su padre se volvió a casar al poco tiempo. De ella nació su hermano, Charles.

Él se estaba encargando de los asuntos del título, pues a Owen ya no le daban las fuerzas.

—Oh, cariño. Te veo tan desmejorado —expresó la condesa con el rostro preocupado acercándose a Owen.

—Lo sé, madre. Las medicinas no me están ayudando a mejorar.

—Te ves mal, Owen, pero si el médico te ha dicho lo que tienes que tomar, debes ser obediente —sugirió su hermano.

—Charles tiene razón. Nosotros te haremos compañía unos días. Londres no se siente igual sin ti.

—Lo sé, llevo casi un año aquí y en lugar de mejorar, empeoro. ¿Puede venir otro médico?

—Pues supuesto que sí. Le escribiré al administrador para que busque a uno que sea experimentado —concedió su madrastra.

—¿Has pensado en buscar esposa, Charles? —indagó Owen con un tono burlón. Nunca dejaba su humor de lado—. Tienes que buscar una, pues es probable que me muera pronto.

—Dices tonterías en ambos aspectos. Ni conseguiré esposa ni te morirás. A veces algunas enfermedades son largas, pero pueden curarse y tú lo harás.

—No lo sé. Estoy en los huesos, soy más un manjar para los sabuesos que para una dama, hermano —señaló sonriente.

—Deberíamos dejarte descansar, Owen. Si quieres bajar al jardín avisa a Lester, y yo te acompañaré. Considero que será bueno que camines por el jardín para que tus piernas no se debiliten.

—Llevo semanas sin levantarme, madre. Considero que he perdido no solo peso, sino también la habilidad de caminar pronto será la de respirar y después la vida.

—Basta de esas cosas. No puedes dejarnos como tu padre, ¿comprendes? Te amamos demasiado para perderte. Haz lo que debas para mejorarte. Charles y yo descansaremos ahora, queríamos saludarte primero antes de ir a la cama a recuperar fuerzas.

—Tú también trata de descansar, Owen. Nos veremos más tarde.

Su familia salió de la habitación y él se quedó en silencio. Su estómago apenas le dejaba moverse a causa de las molestias. Se destapó y trató de ponerse de pie. Con esfuerzo lo consiguió, pero no duró mucho. Cayó en la cama a causa de la debilidad por la falta de alimentos. Si no podía comer, no era posible alimentarse.

No sabía cuánto tiempo estuvo practicando ponerse de pie y dar unos pasos. Quería salir con su familia al jardín. Al menos quería llegar hasta ahí, ya que todos los bailes estaban suspendidos.

Deseaba sentirse normal, pero no lo conseguía. Había considerado dejar de tomar esos jarabes que le daba el médico, aparte de asquerosos no le habían dado ningún tipo de beneficio, pero su sirviente insistía y se lo daba en la boca.

Estaba fatigado por el esfuerzo de levantarse tantas veces y dar unos pasos, pero quería hacerlo por su madre, para no verla preocupada. Al menos no se preocupaba por nada, ya que su hermano era inteligente y podía encargarse de todo, aunque por un lado temía por la fortuna familiar en sus manos, puesto que Charles tenía algunos vicios como el juego, era un apostador empedernido.

Sonrió al darse cuenta de que tal vez podría dar algunos pasos fuera de la casa. No sabía si podría bajar las escaleras, pero sentía que esto que hacía era un avance. Él creyó que lo mejor era decirle a su madre con hechos que podía ir con ella al jardín. Cuando estaba a punto de abrir la puerta se detuvo al oír las voces de su madre, Charles y Lester.

—Pensamos que ya estaría muerto —lo reprendió la madrastra cruzando el brazo bajo el pecho con molestia.

—Milord ha vomitado mucho en estos días, es por lo que se ha salvado.

—Haz algo, aumenta la dosis de lo que le das. Queremos que se muera lo más pronto posible. Es insoportable este hedor a vómito por todos los pasillos de la casa —gruñó Charles.

—Le estoy dando dosis más grandes en todas sus comidas, pero milord tiene más vidas que un gato.

—Tenemos que hacer que se muera y pronto. La fortuna y el título serán de quien corresponda, de mi hijo. Estoy cansada de ser la madrastra abnegada y todo para conseguir la confianza de Owen. Es tedioso, necesitamos que para el fin de semana termine en una fosa, ¿te quedó claro, Lester?

—Por supuesto, milady, así lo haré.

Ellos continuaron su camino hacia la planta baja, mientras que Owen se quedaba ahí de pie, recostado en la puerta, tratando de entender lo que acababa de oír.

La mujer a la que había llamado madre toda su vida solo fingió amarlo. Veintiocho años de engaños y él no podía entender cómo no se había dado cuenta de que lo estaban envenenando. Sus síntomas no habían sido algo que casi lo mató a la primera. Eso hubiese sido sospechoso para los planes de su madrastra. Ella prefería hacerlo creíble con una larga y dolorosa enfermedad que le impedía ocuparse de lo más básico de su vida y sus negocios. Lo habían planeado todo.

Regresó a su cama y comenzó a pensar en qué hacer. Estaba atrapado, debilitado y en medio de personas que querían matarlo.

No podía creer que Lester, el sirviente que lo vio crecer estuviese confabulado con su madrastra.

Algo dentro del corazón de Owen se había roto para siempre. Ese cariño que me tenía a su madrastra, Rowena, había muerto para siempre. Odiar a su hermano era una tarea mucho más sencilla, puesto que era evidente que quería quedarse con todo, pero no dejaría el camino libre con facilidad. Ya sabía que no estaba enfermo, sino que era envenenado por quienes deberían cuidarlo. Él mismo tomaría los recaudos necesarios para solucionar el problema sin que el resto se diera cuenta. Su única oportunidad de salir de esa casa, recuperar sus fuerzas y regresar para aplastarlos era otro de sus sirvientes, uno al que le confiaba sus tesoros: sus caballos.

Tan solo al conocer la verdad de su falsa enfermedad, la energía parecía regresar a su cuerpo, pero debía fingir sentirse peor para que nadie sospechara que conocía todos los planes en su contra. Agitó la campana que estaba a su lado para que Lester se presentara. Después de un rato, apareció aquel y a Owen le dio repulsión verlo.

—¿Se le ofrece algo, milord?

—Sí. Quiero que Igor venga junto a mí. Deseo hacerle preguntas sobre mis caballos. Llevo tanto tiempo sin verlos.

—Sí, milord. Iré a por él.

Owen ofreció una sonrisa que no le llegaba a los ojos y desapareció cuando el sirviente se fue. Apretó su sábana con la poca fuerza que tenía.

Lester regresó al cabo de unos minutos con Igor, un sirviente corpulento y con aspecto salvaje, aunque sabía que aquel había sido educado hasta cierta edad en la que su familia cayó en desgracia, era un buen tipo.

—Déjanos solos —ordenó Owen a Lester.

—Sí, milord.

Igor esperó recibir órdenes. Casi no reconocía al hombre que estaba en aquella cama. Antes era un hombre alto y atlético, en ese instante estaba hecho añicos.

—Igor, asómate para ver que nadie esté en el pasillo y después acércate a mí —mandó.

Sin entender mucho el pedido, aquel hizo lo que su amo le pedía. Cerró la puerta con cuidado y se acercó a él como había solicitado.

—Quiero que me ayudes, Igor. Necesito a alguien de confianza. Prometo pagarte más que bien. —Él quitó una bolsa de debajo de la almohada—. Aquí hay dinero para arreglar tu futuro y para que no me traiciones como Lester.

—Milord, soy incapaz de traicionarlo, no tomaré el dinero. Mi lealtad es hacia usted que vio en mí algo que nadie más se animó a ver. Haré lo que sea por usted.

—De todas maneras, tendrás un mejor pasar con este dinero. Si quieres seguir trabajando para mí tendrás el lugar de Lester cuando salga de aquí, lo prometo.

—¿Qué tengo que hacer, milord?

—Quiero que me lleves todos los días a las caballerizas y me alimentes un poco. Me están envenenando aquí con las comidas que me dan. Necesito algo limpio para recuperar un poco de fuerza, aunque no puedo parecer saludable. Solo guarda unas migajas de lo tuyo, no más que eso. Quiero que crean que pronto moriré para que mi madrastra y mi hermano se queden con todo. Cuando llegue el momento quiero un caballo para huir del condado, buscar al letrado para revocar cualquier cosa con el nombre de Charles y regresar a por ellos, para aplastarlos como cucarachas.

—Cuente conmigo, milord. Es un compromiso. Le prometo cuidar de usted. Tengo un primo en Cheshire que trabaja en la propiedad de lord Cholmondeley. Ahí nadie lo encontrará. Es americano y se encarga de las mascotas exóticas de ese caballero tan excéntrico.

—Lo tomo. Cuando sea el momento haces una carta para que me reciba.

—Sí. Lo mejor es que no use su nombre para que ellos no puedan encontrarlo.

—Es una idea brillante. Esto se volverá una cacería de brujas, pero lo que ellos no saben es que el cazador terminará cazado...

Los dos se dieron una sonrisa cómplice. El plan para escapar de ese lugar estaba en marcha. Lo único que podía hacer era aguantar un poco.

Unas horas después, Lester lo bajó hasta la planta baja y colocó una silla en el jardín para acompañar a su madrastra.

—¿Té con galletas, querido? —indagó la mujer ofreciéndole una de las galletas.

Con desconfianza la observaba a ver si ella primero mordía alguna o tomaba el té. Si su madrastra no tocaba nada todo estaba envenenado.

Después de verla bebiendo y comiendo las galletas, él cogió lo que ella había bebido y comido. Por ningún motivo se le ocurriría otra cosa.

—La extrañaba tanto, madre —mintió para justificar su actuar.

—Oh, querido. Yo también te extrañaba mucho. Tu amigo, Johnny, te ha buscado, pero le dije que estabas aquí recuperándote.

Cuando él recordó a Johnny, el cielo pareció abrirse para él. Era el dueño de una taberna concurrida con un negocio de préstamos de fondo.

—Si me alcanza la vida iré a visitarlo pronto —dijo para seguir con la línea fatalista. Quería darles a esas personas lo que pretendían. Pronto se llevarían una gran sorpresa al saber que el muerto se fue de juerga y regresó para vengarse.

Con esa poca cantidad de té y la galleta se sintió aún más fuerte. Era como si de inmediato algo se despertara dentro de él. No pensaba rendirse ante nada.

Cuando decidió subir justificándose con un leve cansancio, se despidió y regresó a su habitación en brazos de Lester. Owen necesitaba hacer muchas cosas y para eso requería llegar al despacho. Cuando pudiese bajar solo las escaleras, ese sería el primer lugar que visitaría, mientras continuaría en lo mismo dándoles lo que deseaba a su familia de asesinos. Sería una lucha fingir darles lo que deseaban, pero por ver sus rostros miserables en el futuro sería capaz de cualquier cosa.

Ese día se dio cuenta de que podía contener en un cuerpo magullado a un alma vengativa.

Capítulo 3

Cheshire...

En Autum Hall todos estaban sorprendidos con la visita de lord Stanley, conocido por los demás solo como Derek.

Sin mucha burla por su llegada, Hannah solo se escondió como si le hubiesen dicho que en la casa había un fantasma. Había anunciado que estaba enferma para no coincidir con Derek, pues ya sabía cómo era. Tiraba el anzuelo para ver qué pez pescaba. Ella no estaba dispuesta a pasar por eso, porque quería casarse por amor. No deseaba ser asediada por atenciones no solicitadas, todos sabían para qué estaba ahí. Gozaba del afecto de Daniel, quizá en mayor medida que la misma Hannah. Eso lo hacía propenso a tener la bendición y un probable matrimonio.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su tranquilidad. Hannah se había estado divirtiendo con unas hojas en las que escribía sus pensamientos más oscuros. Guardó todo bajo la cama y se recostó fingiendo estar moribunda.

—Con permiso, milady —interrumpió Sarah que se acercó a ella para tocar su frente—. No tiene fiebre. Su cuñado vendrá a verla en un rato más. Quiere saber si llamar al médico o al carpintero para medir la madera para el ataúd. Son palabras textuales de lord Cholmondeley.

—Ni un minuto se me ocurriría pensar en que eso pudo salir de otra persona, tal vez de Edwin por ser parecido a él.

—Él cree que está fingiendo. No quisiera desearle mal, pero espero que, por su bien, esté enferma.

Sarah dejó unos vestidos de Hannah en el armario y después se retiró.

Era evidente que Daniel desconfiaba de todo lo que ella había dicho. Su repentina enfermedad coincidía con la aparición de Derek. Tendría que mentir con mucha convicción.

Media hora después, su cuñado tocó la puerta y entró. Miraba a Hannah en la cama, con el cabello esparcido sobre la almohada, como una belleza inmaculada. Él sabía que las hermanas Hess contaban con unas facciones angelicales y se veían frágiles a primera vista, solo Daniel y sus cuñados sabían que ese solo era el cebo para los incautos.

—Te imaginaba en peores condiciones, pero lo único que puedo decir es que no creo una palabra de lo que sale de tu boca, Hannah. Pensé que eras más seria que esto, pero estás al mismo nivel que Alethea y su tontería.

—No sé por qué me dices esas cosas, Daniel, me siento enferma. Creo que ni siquiera alcanzarás a buscar un buen

candidato para mí.

—Ajá. Supongamos que te creo y estás muriendo. Como algo para acelerar el proceso y evitar tu sufrimiento, le pediré a Derek que sea tu cuidador, estará encantado de darte la cena en la boca.

—¡Está bien, está bien! Me descubriste, ¿estás contento? —gruñó con sus brazos cruzándose bajo el pecho.

—No había necesidad de mentir. Te dije desde un principio que no te obligaría a casarte con alguien que no quieres. Aprendimos que un matrimonio arreglado no es la opción adecuada en algunos casos. Derek te hará reír, solo está de paso, irá de visita a casa de una tía.

—¿De todas maneras debo someterme a sus atenciones no solicitadas?

—Él te dará el temple de acero necesario para rechazar a otros iguales de los salones, no desperdicies esta parte de la educación gratuita. Esto es cortesía de la vida, Hannah. Ahora, milagrosamente irás al salón saltando como una liebre en la pradera y dirás que ya te sientes mejor, te ofrecerás para tocar el pianoforte y pasarás un momento increíble. Derek no te molestará demasiado estando nosotros aquí, le interesan más los caballos que las mujeres. Te das más importancia de lo que él podría darte.

Su cuñado se retiró después de decir eso. Siempre buscaba la forma de humillarla con estilo, lo último ya era demasiado.

Se arregló y salió de la habitación. Alethea pasó frente a su dormitorio y ni siquiera la miró. Aquella aún seguía enfadada por haber fallado su tiro hacia ella.

Dio un largo suspiro antes de llegar a la planta baja. Ahí vio a todos riendo y haciendo bromas. Las risas de los caballeros resonaban por cada rincón.

—Miren quién ha bajado para iluminarnos con su presencia —anunció la condesa viuda al ver a su hija.

El rostro sonrojado de Hannah no podía esconderse debajo de la alfombra por más que quisiera.

Derek se acercó para tomar la mano de ella y dejar un casto beso como saludo.

—Es un placer saludarla, milady. Tanto usted como su hermana, han decidido halagarnos con sus presencias.

Su hermana estaba en un rincón con los brazos cruzados bajo el pecho sin mirar a nadie.

—Para mí también es un gusto que nos visite. Le ofrezco una pieza como cortesía.

—Cómo podría rechazar el arte de sus manos... —habló Derek condescendiente.

Hannah fue a sentarse frente al pianoforte. Eso le serviría para aislarse de los demás y no convivir tanto. Esperaba que su madre no quisiera volver a avergonzarla de alguna manera, pues lo que dijo de entrada le resultaba desagradable.

Después de que ofreciera más que solo una pieza, le pidieron que descansara y se sentara para convivir un poco. Ella aceptó y le ofrecieron pan recién horneado y queso fresco con un poco de vino. Era un aperitivo mientras esperaban la cena.

—He pensado en muchos candidatos para tu cuñada, Daniel —comentó Derek.

—Eso suena interesante. Dime un par de ellos. Con los que he conocido no terminé muy convencido y más si será como lord Monroy.

Los demás se rieron. Parecía un chiste, pero al final terminó siendo una anécdota.

—No te preocupes, esta vez me estuve informando mejor, ya hasta me he metido cerca de sus camas para saber si duermen con alguien o si deberían celar de una almohada.

Las risas no dejaban de llegar entre los presentes. Hannah tampoco podía evitar reír un poco. Se sentía tranquila con lo que había dicho Daniel sobre que no la obligaría a casarse. Eso le daba cierta seguridad de que, por más que la gente diese ideas, ella sería la única en escoger a su futuro esposo.

En la cena las risas continuaron. Derek era una persona que se burlaba de todos y más de los ausentes. El señor Sinclair también se había unido a ellos y fue víctima de los chistes sobre letrados. Daniel tenía razón, Derek solo la hacía reír y durante toda la noche ni siquiera le había propuesto conversar en privado ni había insinuado nada con respecto a un interés legítimo.

Con el pasar de las horas le fue difícil no errar a las notas del pianoforte. Tenía su copa de vino sobre el instrumento y siempre estaba ahí Edwin llenando las copas vacías que veía. Nadie se salvaba de aquel que ponía atención a todo. Al parecer su ambiente de fiesta no se había ido con el matrimonio. A veces lo consideraba demasiado locuaz para estar en compañía de Daniel y Robert que eran más tranquilos o al menos lo parecían.

Cuando se dio cuenta de que el vino la tenía achispada, decidió despedirse y subir a su habitación. Al día siguiente debía buscar actividades para hacer. Si estaba demasiado aburrida alimentaría a los animales o algo similar, ya que sus clases con la institutriz y el preceptor ya habían terminado. Ellos estaban colocando todo su esfuerzo en el árbol más torcido de todos: Alethea.

Por la mañana, desayunaron todos juntos y salieron al jardín. Edwin llevaba un caballete y una silla, mientras que Penélope llevaba un lienzo en la mano.

Sarah extendió un mantel sobre el césped cerca del lugar más florido del jardín. Ahí se sentaron los tres esposos de las hermanas Hess en poses cómodas y que parecían naturales. La sonrisa en los rostros de todos los hacía verse joviales.

Sus cuñados habían aceptado de buen grado a Edwin, más bien, lo amaban. Era otro en el cual recostar el peso de sus decisiones al casarse con ellas. Hannah imaginaba a un cuarto hombre sentado con ellos, aunque su imaginación no era suficiente para darle un rostro, sabía que debía ser alguien que les agradara a ellos más de lo que le agradaría a ella. Era una situación risible, pero era consciente de su realidad, si quería paz, necesitaba un esposo que encajara con aquellos que ya estaban en la familia.

¿Cuáles deberían ser las virtudes que necesitaba Daniel para tratar a su futuro esposo como uno más del equipo de los mártires? Suponía que, debía ser alto, inteligente, con la lengua afilada como un cuchillo, agudo para adivinar los estados de ánimo, tener dinero, un título que lo respaldara y, sobre todo, que la amara. Consideraba que esto último para ella era lo más excluyente, si no la amaba no integraría el grupo. Sentía temor al pensar que no sería fácil encontrar a alguien. Eran requisitos poco realistas, aunque no imposibles. En un escenario ideal podría hacerlo, mas con los antecedentes familiares, suponía que debía echar muchas lágrimas

para lograr llegar al amor de su vida y esperaba que este no fuese pobre.

La noche anterior escuchó varios nombres que pronunció Derek, pero ninguno le llamó la atención, era como si todos le resultaran irrelevantes.

Mientras Derek hablaba con quienes se harían el retrato, Hannah pasó junto a ellos saludándolos con las palmas abiertas.

—¿No vienes con nosotras? —preguntó Mildred a su hermana.

—No, prefiero pasear un poco por la propiedad.

—Tus sobrinos quieren estar contigo, Hannah, no te cuesta nada dejarte golpear un poco —pronunció Frances, burlona.

—Lamento decepcionarlas, pero ahora mismo no me apetece. Iré a caminar un poco.

—Sabemos lo que ocurre contigo, te ha llegado la hora de preocuparte por el matrimonio —dijo Mildred, sonriente.

—No podemos decirte que no te preocupes, porque de todas formas lo harás. También hemos pasado por el momento difícil de escoger lo que creímos correcto.

—Siempre me preocupé por esto, desde que tengo uso de razón. Recuerdo que Daniel nos iba a echar de aquí porque no nos quería... En cierta manera, eso me hizo entender que un esposo no significa que todo debe ser por amor, también debo pensar en mi beneficio y en que nunca tendré que depender de alguien que no sea la persona con quien esté casada. Quiero escoger bien, alguien que encaje en la familia. Los estándares son demasiado altos. Penélope estuvo a la altura, pero no puedo evitar preguntarme si podré con la carga.

—Ten fe en que conocerás a la persona correcta muy pronto. Con los vestidos y las joyas adecuadas todo irá bien. —Frances quiso alentarla.

Mildred asintió y Hannah continuó su camino.

—Eso sonó demasiado frívolo, Frances —la reprendió Mildred.

—¿Y qué más podría haber dicho? No la llamaría incapaz, sería demasiado sincero de mi parte. Tú y yo sabemos que ella no tiene fuerza suficiente para enfrentarse a lo que hay afuera, es demasiado sensible.

—Es igual que nosotras ella también debe encontrar su propio camino. Ninguna lo tuvo fácil y espero que con ese carácter apacible que tiene pueda conseguir a alguien que sea lo que necesita para equilibrar sus emociones. Es fatalista porque lo ha aprendido de nuestra madre. No olvides que ella nos abandonó emocionalmente

cuando más la necesitamos durante el luto por nuestro padre. Esa misma actitud puedo verla en Hannah. Espero que logre sacar la derrota de su vocabulario y deje la vacilación de lado.

La joven ignoraba lo que sus hermanas hablaban sobre ella. No era un secreto que ellas la consideraran débil y sensible al colmo. Y aunque era cierto, también tenía un poco más de empatía por los demás y temor por lo desconocido. Quizá sus hermanas fuesen más valientes, pero no podía evitar lo que llevaba dentro, eso que la definía como es eslabón más inútil de la cadena. Alethea podría sobrevivir a cualquier cosa, ya que le sobraba testarudez y ánimo. Ella podía equivocarse, pero admitir un error sería como pedir que alguien la matara, vivir con la vergüenza no era algo sencillo para alguien tan dominante.

Llegó al refugio de los gansos y cogió una taza de hierro para coger unas semillas y arrojarlas para los animales, hacer eso le daba paz.

Capítulo 4

Owen llevaba en marcha su plan para escapar de la casa. No podía seguir aguantando mucho tiempo solo comiendo lo poco que podía y que le daba Igor.

—Hoy, hoy debe ser el día —pronunció Owen que bebía el agua como si nunca lo hubiese hecho antes. También cogió el pan y le dio varias mordidas hasta casi atragantarse. No era fácil estar sin comida. Todo lo que le llevaba Lester lo arrojaba por la ventana y lo que no se podía lo guardaba bajo la cama. Pese a que pasaba mucha hambre se sentía mejor de salud al dejar de comer los venenos que le daban sin saberlo.

—Considero que está muy débil para emprender un trayecto tan largo hasta Cheshire, milord.

—Si me quedo más tiempo moriré de inanición. Necesito engordar, comer algo decente, un buen plato de comida. Lo único que hago aquí es fingir agonía. Estoy a punto de devorar a cualquiera de estos caballos, hasta puedo volverme caníbal si sigo así, Igor. Es imperativo salir de aquí cuanto antes. Guarda pan, queso y agua. Si hace falta que compres algo tienes el dinero que te di si te da vergüenza sacarlo de la cocina.

—No se preocupe, milord. Consigo eso y lo coloco en el caballo.

—Sí. Necesito un arma para escapar por si Lester me pilla. No estoy en condiciones de una lucha cuerpo a cuerpo ni siquiera con alguien que me doble la edad.

—Puedo custodiarlo, milord.

—Lo sé y te agradecería que lo hicieras. Eso puede costarte el puesto cuando me vaya, pero al regresar sabes lo que tendrás...

—Entiendo, milord. Cuente conmigo, estoy dispuesto a todo para que pueda salvarse y regresar con fuerza. Hágalo con papeles, sáquelos de su vida para siempre.

—Haré que los maten o yo mismo me encargaré de hacerlo lenta y dolorosamente como ellos lo intentaron conmigo. Ojo por ojo y diente por diente.

Igor le sonrió y le dio unas palmadas a un caballo que estaba cerca, indicándose a Owen que ese era su escape perfecto.

Como todos los días lo llevaban haciendo, Igor devolvió a Owen después de alimentarlo, porque aquel debía continuar con su interpretación de moribundo, en el que estaba haciendo un papel espectacular, más que el de su madre y su hermano. Creían que solo ellos podían fingir, pero tenían una competencia muy fuerte.

Después de que Igor lo dejara ahí, fingió estar cansado y cerró los ojos. En verdad se aburría mucho, y para ahorrar energía dormía

mucho, pareciendo bastante enfermo en realidad.

—Querido, ¿por qué vas a las caballerizas todos los días? —indagó la condesa viuda que lo cogió de una mano.

—Son mis caballos, quiero estar con ellos antes de morir... —musitó fingiendo tener la voz cansada.

—Eso no ocurrirá, Owen. Mañana vendrá un letrado para que firmes algunos papeles de las tierras. Los negocios no esperan y tu hermano debe hacerse cargo.

—Comprendo, madre. Espero poder firmarlos. No sé si me darán las fuerzas en las manos.

—Por supuesto que sí podrás.

—¿Y Charles? No lo he visto desde ayer.

Su madrastra colocó un rostro más serio.

—Ha ido al pueblo. Ya sabes, es un poco juerguista.

—Madre, no creo que sea bueno que le firme un papel si no soluciona sus problemas con el juego.

—Ya no los tiene, no lo he dejado, solo va a beber y a...

—A lo que yo iba, aunque nunca fui vicioso por el juego.

—No hables mal de tu hermano. —La mujer se levantó de la cama en la que se había sentado para hablar con Owen.

La mirada de suficiencia que le dirigía su madrastra mezclada con petulancia hacía que recuperara cualquier resquicio de energía que flotaba por ahí. Estaba aferrándose a la vida y a una venganza que, si bien no había articulado, comenzaba a tomar forma con lentitud. Lo único que debía hacer era salir de esa prisión en la que estaba.

Cuando Rowena salió de la habitación buscó a Lester y le dio una bofetada.

—¿Por qué no está muerto? Hace demasiadas preguntas para un moribundo.

—Excúseme, milady. He hecho lo posible por acabarlo, pero milord no sucumbe.

—Dale más, ofrece todo lo que pueda, incluso el alcohol. Dudo que una copa la rechace si todo el tiempo dice que se va a morir.

—Sí, milady.

—Recuerda que si él no muere lo harás tú.

La condesa viuda pasó de largo, enfadada. Estaba ahí solo para enterrarlo y él aún no moría, pasaban los días y el acceso al dinero se acortaba gracias a las tonterías de Charles con el juego. Necesitaban más para mantener su nivel de vida para después casarlo con una mujer rica cuando fuese el portador del título. Su estrategia estaba montada y solo debía esperar que Owen desapareciera, debía cultivar su paciencia.

A la hora de la cena, Lester le llevó una sopa y una copa de whisky. Owen supuso que querían matarlo más rápido. Él fingió entusiasmo al ver eso.

—Casi no recuerdo el sabor de un buen whisky, Lester. ¿Recuerdas cómo nos gustaba a mi padre a mí? Para nosotros era como un ritual de comunicación. Desde que nací conoces el vínculo que él y yo teníamos. Jamás olvides que te ha confiado mi seguridad...

El conde juraba haber visto un vestigio de arrepentimiento en sus ojos, pero desapareció después de entregarle una sonrisa nerviosa.

—Iré a servirle a su madre, milord. Está preocupada por su hermano.

—Por supuesto. Intentaré acabar la cena con lentitud. Espero no vomitar.

Lester se retiró y Owen no perdió tiempo. Tiró una parte de la sopa por la ventana y la otra la dejó en el plato, también hizo lo mismo con el whisky y el agua. Le dolía tener que tirar una comida que se veía tan bien.

Para la hora de dormir él tenía su camisón puesto, porque no usaba otra cosa aparte de eso, pero Igor le había alcanzado ropa para colocarla debajo de su cama. Solo tenía que colocársela después de que Lester retirara la bandeja.

Cuando apareció Lester, Owen fingió estar dormido. Aquel simplemente cogió la bandeja medio vacía y apagó el fuego de su lámpara.

Unos minutos después, el conde oyó el sonido de una uña que golpeaba el cristal de su ventana. Con arrojo se levantó de la cama y vio ahí a Igor colgándose con esfuerzo visible. Abrió la ventana dejando que el fresco de la noche entrara.

—¿Está listo, milord? —indagó su sirviente.

—Debo vestirme. No quería que Lester me notara diferente.

—Solo lo esencial, milord. Un pantalón, una bota, la camisa y una capa. No queremos que alguien lo juzgue por su ropa.

—Sí, lo sé.

—He verificado y todos están en sus habitaciones. Un carruaje extraño trajo a su hermano hace una hora. Ese no despertará en días.

—Me lo imaginaba...

Igor se apresuró para vestir al conde. Para evitarle la fatiga lo llevó en brazos hasta el área de los sirvientes. Cada paso que daban era uno más cerca de la libertad. Apenas podían hacerlo, pues la única luz era la de la luna iluminando los rincones cerca de las ventanas. El área de los criados estaba alejada de cualquier abertura que pudiera proporcionar algo, solo les quedaba ir con cautela.

Para la suerte de Owen nadie los oyó y no fue necesario utilizar el arma, aunque no bajaron la guardia. Igor lo llevó hacia el caballo con prisa y lo depositó ahí.

—¿Está todo lo necesario? —preguntó Owen.

—Sí, milord. Tiene la comida, el agua, la carta y el dinero. Se llevará el arma por si aparecen algunos salteadores de camino. Cuídese, lo estaré esperando. Si me necesita no dude en enviarme una misiva, iré en su ayuda.

—Gracias, Igor. Te debo mi vida...

Owen azuzó al caballo y se perdieron rápidamente en la penumbra de la noche. Él aún no podía creer que había escapado de

las garras de la muerte solo por una insólita casualidad al escuchar una conversación ajena. Estaba ciego por el afecto hacia su familia. Para esas alturas ya no confiaba en nadie, si la mujer que lo había criado planeaba su propia muerte en compañía de sangre de su sangre, significaba que nadie era digno de confiar.

Pensaba que debía avanzar la mayor cantidad de millas posibles antes del amanecer por si su madrastra se percataba temprano de que se le había escapado la vaca del dinero.

Soñaba despierto con el momento de darle una cruda bofetada de realidad para que aprendiera a no abusar de la generosidad de alguien que no pertenece a su misma sangre. Pagaría caro por sus errores al igual que Charles.

Primero había comenzado con una larga cabalgata con prisa para después volverla más pausada. Solo se dio cuenta de que estaba muerto de cansancio cuando vio al sol asomarse en el horizonte. Se detuvo a la vera de un camino y ahí hizo descansar a su caballo. Necesitaba que este pastara y obtuviese un poco de líquido del rocío en las hojas.

Él mientras tanto buscaba lo que Igor le había puesto. Tenía varios panes envueltos en tela con un gran queso. Estuvo a punto de que las lágrimas se apoderaran de sus ojos. Tener esa cantidad de comida después de casi un año era una gran bendición. Owen aprendió a apreciar las pequeñas cosas de la vida, cosas que antes ni siquiera había notado, pero que una vez que se las arrebataron

representaban algo importante. La libertad y comer no deberían ser asuntos con lo que los demás tendrían que jugar.

Mientras el sol salía, él comía como si no existiera mañana. Llevaba demasiado tiempo reprimiendo el hambre. La ración que debía durar al menos tres días estaba a punto de ser acabado en una gracias a su descontrol. Cuando se dio cuenta de eso guardó aquello con presteza. Limpió sus ojos llorosos por el sueño y cogió las riendas de su caballo para que pudieran buscar un lugar más profundo en el bosquecillo al costado del camino, ahí descansaría un par de horas para después continuar el camino.

Un poco menos débil que antes pudo ponerse manos a la obra para juntar hojas y hacer una cama improvisada. Cuando logró lo que deseaba se acostó y se tapó con la capa. Durmió como no lo había hecho en mucho tiempo, en la tranquilidad que lo único que podría hacerle daño era alguna alimaña silvestre. Eso era mejor que dejarse matar por su familia.

No sabía cuántas horas había dormido, solo se despertó y miró a su alrededor. Cogió a su caballo para sacarlo de los matorrales y que pudieran continuar el camino a Cheshire.

Durante su camino se había cruzado con un par de carruajes, pero él solo cabalgaba con más ahínco al ver alguno. No quería que nadie pudiese dar referencias sobre él. Quería imaginar el rostro de su madrastra al saber que su muerto se había ido. Eso era impagable, era una lástima que no pudiese quedarse ahí. Lo

preocupante era, ¿con qué excusas lo harían ser buscado? Esperaba poder librarse rápidamente de ellos y que no intentaran hacer alguna tontería.

Para varias horas después de cabalgar, tanto él como su caballo se sentían más debilitados. Era desgastante ir sin perder el ritmo para estar lo más lejos posible de la gente que quería verlo sucumbir, pero si seguía de esa manera, su caballo y él terminarían dándoles el gusto.

Por la noche se quedaron cerca de un arroyo. Escuchaban el sonido del agua entre las rocas y eso fue bueno para el animal que debía llevarlo a su destino. Aunque no pesaba demasiado porque había perdido la mitad de su peso o quizá un poco más, el caballo necesitaba una buena hidratación al igual que él.

Se dio el lujo de observar las estrellas y de percibir lo que le ocurría como otra oportunidad de vivir. Eso no lo convertía en una mejor persona, sino en alguien peor, pues había amado a su hermano y a su madrastra, les daba todo y ellos escogieron la codicia, pero terminarían pagando el precio de su error.

Capítulo 5

Derbyshire...

Lester entró en la habitación del conde para llevarle el desayuno. Cuando llegó ahí vio que lo que parecía ser él estaba tapado hasta la cabeza.

Dejó la bandeja sobre el escritorio y se dispuso a abrir la ventana para que entrara la luz y para ventilar el lugar.

—Buen día, milord. ¿Cómo amaneció? —pronunció como saludo. Al no oír respuesta y no notar ningún movimiento, corrió hacia la habitación de la condesa viuda y golpeó con agitación.

La condesa abrió y lo miró con molestia. Ella todavía seguía en camisón.

—¿Qué quieres, Lester?

—Es milord...

—Es...

—Parece que sí, milady...

Los ojos de la mujer brillaron de emoción y una sonrisa triunfal se dibujó en su rostro de facciones aún jóvenes.

—Por fin lo hemos logrado. Charles estará feliz en cuanto despierte al saber que su hermano está muerto.

—Venga a la habitación, milady.

Los dos fueron hasta ahí y la condesa parecía una mosca sobre un festín. No podía dejar de emocionarse al ver que no había respiración debajo de la manta.

—Sería bueno que comenzaran a envolverlo con una sábana. También es necesario un ataúd. Le diré a mi doncella que busque mi ropa de luto.

—Sí, milady.

El ayuda de cámara del supuesto muerto fue a las caballerizas para buscar a gente fuerte para poder envolver al conde.

—Lord Stern ha fallecido —anunció Lester a los sirvientes.

Igor, que estaba entre ellos, frunció el ceño, ¿cómo podían saber que estaba muerto si no había cuerpo? El resto de los lacayos lamentaban la muerte de Owen y bajaban sus cabezas con sentidos movimientos de tristeza.

—Ayudaré con el cuerpo de milord —se ofreció Igor, quería ver todo lo necesario para contárselo al conde cuando este decidiera aparecer.

Otro sirviente más se ofreció y acompañaron a Lester al dormitorio de aquel. Ahí solo pudieron ver una elevación pequeña que emulaba un cuerpo. La condesa apareció en el sitio con su ropa negra y con un pañuelo con el tinte más dramático que podía.

—Hagámoslo —mandó Lester que sacó lentamente la sábana y vieron que ahí no había más que ropa rellena con más ropa.

Los presentes estaban atónitos, menos Igor que sabía lo que había pasado por la mente del conde al hacer eso. Aquel no había querido irse si darle un pequeño escarmiento a su madrastra.

—No hay cuerpo —dijo el otro sirviente que estaba tan sorprendido.

—¿En dónde está Owen? ¡Dónde! —exclamó histérica. No podía creer lo que estaba pasando.

—No puede ser posible. Milord no podía moverse sin ayuda —alegó Lester.

—Pues alguien lo ha ayudado a moverse de aquí. —La madrastra salió de la habitación dando un portazo.

Para Igor era difícil contener una carcajada monumental. Era tan evidente que lo deseaban muerto que ni siquiera se preocuparon por ver si en realidad había fallecido.

Rowena fue a la habitación de su hijo y lo despertó a golpes.

—¡Levántate, Charles! —gritó rabiosa.

—¡Ay, madre! —se quejó el joven, molesto por la interrupción de su sueño. Abrió los ojos y la vio vestida de negro—. ¿Por fin se murió?

—Aquí la única que morirá seré yo si no solucionamos este problema. Se nos ha escapado la gallina de los huevos de oro.

—No la entiendo.

—No me entiendes porque eres un verdadero inútil y bueno para nada. ¡Owen se escapó! No está muerto y tampoco va a firmar nada con el letrado, no podrás tener más acceso al dinero.

—Madre, se está preocupando demasiado. Si se escapó, ¿cree que irá muy lejos?

—Puede que no. Debemos buscarlo de todas maneras. El letrado tiene que certificar su defunción para que podamos apoderarnos de todo. Esto se convertirá en una cacería.

—¿Y si lo declaramos incapaz?

—Para eso necesitarían verlo, ¡y él ha desaparecido! ¿Por qué parí a un inepto como tú?

—Hasta hace poco me trataba como el hijo dorado.

—Pues me equivoqué de hijo. Debí vivir de las migajas que Owen me daba en lugar de pensar en que tú mereces más que él solo por llevar mi sangre.

—¡Y lo merezco!

—Merecerás algo cuando lo encuentres.

—No pudo haber ido lejos, está débil.

—Entonces sal a buscarlo y traerlo aquí. Mientras menos tiempo esté con el preparado se sentirá mejor y todo este tiempo lo habremos perdido.

Charles tuvo que abandonar la comodidad de su cama y después se preparó para salir en la búsqueda de su hermano.

En las caballerizas, un mozo le comentó al Charles que uno de los caballos no estaba, era uno de los favoritos del conde. Los ojos se dirigieron a Igor que ni siquiera se había inmutado.

—¿Cómo pudo llevarse un caballo?

—Debió hacerlo cuando dormíamos, milord —replicó Igor sin remordimiento.

—Pero no pudo hacerlo solo, él no se levantaba de la cama.

—No tengo idea, milord. Cuando venía aquí solo se sentaba y yo le mostraba los caballos.

—Maldición —masculló por lo bajo—. Hay que encontrarlo, está enfermo y necesita su medicina. Que todos ayuden a encontrarlo.

Todos los sirvientes, incluido Igor, se prepararon para cumplir órdenes. Estarían buscando nada, pues el conde ya debía estar muy lejos o al menos ya entrando al condado de Cheshire. Ahí estaría a salvo y recibiría ayuda.

***

Owen despertó antes del amanecer y buscó un poco de comida, porque se sentía hambriento y cansado. Comió todo lo que tenía. Esperaba estar cerca de donde debería, ya que si no lo estaba era probable que muriera de inanición en algún monte.

Continuó su viaje hasta que vio a unas doncellas caminando por la vera del camino y se detuvo para preguntar. No quería estar desorientado, por más que siguiera los movimientos del sol, no

quería que por cansancio o por el efecto del veneno que aún había en su cuerpo pudiese malinterpretar algo.

—Disculpen, señoritas. ¿Podrían decirme hacia dónde queda Autum Hall?

Las dos doncellas se miraron y una de ellas señaló hacia una dirección.

—Todavía le quedan muchas millas, señor. Tal vez llegue en unas tres o cuatro horas si azuza a su caballo.

—Gracias. Qué tengan un buen día…

El conde continuó su camino, pero con más cansancio del que pensaba. El camino frente a él comenzaba a duplicarse a medida que avanzaban. No quería quedar inconsciente en medio de la nada. Después de todo era cierto que no estaba en condiciones de hacer un viaje tan largo en tan poco tiempo. La exigencia para su cuerpo habría sido demasiada.

En un momento dado, cuando sentía que su mundo comenzaba a oscurecerse, ató su muñeca a las riendas del caballo para evitar caer. Alguien encontraría al equino y llegaría hasta él de alguna manera. Minutos después se desvaneció y pudo continuar un poco más sin que lo tirara el animal.

Fue arrastrado por un par de millas hasta que el caballo se detuvo en una laguna llena de gansos para beber agua.

***

Hannah observaba el cuarto día en el que Penélope seguía pintando el mismo retrato de los cuñados. En medio de su aburrimiento fue a las caballerizas a buscar un caballo para salir a cabalgar por la propiedad. En la casa nadie le hacía caso al igual que a Alethea. Todos estaban ocupados con sus vidas perfectas y no podían mancharse con las tonterías de dos mujeres solteras.

Notó que los sirvientes luchaban para contentar al caballo más bravo de las cuadras, aquella majestuosa bestia que le obsequió Robert por su cumpleaños a Daniel. Ella era buena montando, por lo que se acercó a ellos para proponer algo.

—Quisiera montar a Berilo —pronunció con determinación.

Los sirvientes la reverenciaron al notarla ahí.

—Milady, este caballo no está autorizado para que lo monte —dijo uno de los mozos.

—Quiero hacerlo. Lord Cholmondeley no se enterará. Además, soy su cuñada, tengo derecho.

Ellos querían desmayarse ahí mismo al oírla. Sabían lo caprichosas que eran las jóvenes de esa casa.

—Solo la dejaremos subir si el conde la autoriza expresamente...

La joven levantó la barbilla y se dirigió hacia donde estaba su cuñado.

—Sígame —le ordenó Hannah al mozo para que se asegurara con lo que Daniel diría. Estaba confiada en que le diría que sí debido a que estaba feliz disfrutando con sus amigos. Él era el más afortunado con su nueva adquisición: Edwin.

Al llegar junto a su cuñado, ella se colocó frente a él y su pose.

—¿Por qué contaminas mis ojos con tu presencia, Hannah? Sal de ahí —ordenó Daniel, burlón.

—Quiero pedirte permiso...

—Lo tienes para lo que gustes.

—¿También para montar a Berilo?

No solo Daniel la miró como si estuviese demente, también el resto.

—¿Quieres morir? —curioseó Edwin al entender el alcance de la tontería de su cuñada.

—¿Acaso solo los caballeros tienen derecho a montar o morir en el intento?

—Espero que esa no sea tu forma de justificar la estupidez que quieres cometer. El único que puede montar a ese caballo es Daniel —siguió Robert.

—Haremos algo, Hannah. Te doy dos opciones. La primera es hacer que nunca hemos oído nada de lo que has dicho y seguimos adelante y la segunda, subes a su lomo y es tu responsabilidad cómo quedes después.

—Daniel... —intercedió Mildred que mecía a su bebé.

—Mejor aún, Hannah, ¿qué te parece si lo montas por un minuto? Si lo haces te cedo a Berilo —propuso Daniel más ambicioso.

—Eso es más de lo que esperaba. Acepto el reto, prepárate para perder el caballo.

Ella regresó a las cuadras en compañía del sirviente, mientras todos miraban a Daniel como si hubiese hecho una tontería.

—¿Por qué me miran así? ¿Quién de ustedes cree que siquiera logrará treparse a su lomo? Vamos, Penélope, me dará tortícolis esta posición si no me muevo —ordenó el conde.

Una vez en las cuadras, los sirvientes temblaban y tragaban saliva de manera sonora al ver que Hannah se preparaba para subir al lomo de Berilo.

Antes de que ella pudiese apoyarse en la silla para subir, Berilo ya estaba corriendo por la propiedad con las manos de ella enredadas en las riendas. Era arrastrada por la hierba y su hermoso vestido estaba haciéndose trizas.

Los mozos corrían tras ella tratando de salvarla.

Ante el barullo, Daniel y los demás giraron la cabeza y vieron lo que esperaban.

—¿Lo sabías? —inquirió Edwin con una risa contenida, ya que su esposa lo miraba con reproche.

—Sí, era evidente. Nadie más que yo puedo montarlo.

—¿No vas a salvar a nuestra cuñada? —preguntó Robert, preocupado.

—Mmm... ¡Que alguien salve a mi caballo! —ordenó con fuerza para que los mozos escucharan—. Creo que de paso podremos

recoger algún brazo o pierna que Hannah deje atrás.

—¡Daniel! —espetó Frances que se levantó de su lugar para correr y salvar a su hermana.

Robert tuvo que ir tras ella y por solidaridad Edwin también tuvo que hacerlo.

—¿Qué ocurre? —indagó Alethea que salió al jardín en compañía de la institutriz y del preceptor.

—Nada. Hannah ha decidido arar la tierra con su cuerpo —replicó Daniel que seguía sin inmutarse.

Los ojos se posaron en todas las personas corriendo detrás de la mancha negra que iba hacia las praderas. Otros sirvientes cogieron a los demás caballos y fueron tras ellos para salvar a la joven.

Hannah logró soltarse de las riendas y se quedó en el suelo acostada, mirando al cielo. Su corazón desbocado solo le decía que estaba viva de milagro. No sentía dolor, pero estaba asustada.

—¡Hiciste una tontería! —la reprendió Frances colocando su rostro angelical en su visual.

—Lo sé... —aceptó temblorosa. Sollozó y su hermana la ayudó a sentarse.

—No puedo ver llorar a una dama —masculló Edwin—. Lo mejor es que cierre los ojos.

Robert le dio un codazo y se acercó en tono más condescendiente.

—¿Te duele algo aparte del orgullo?

Eso la hizo llorar aún más.

—¡Tonto, la alteras! —le reprochó Frances.

—Hay que llevarla a la casa. ¿Puedes caminar? —inquirió Edwin.

—Sí puedo hacerlo. —Ella se puso de pie y notó que su vestido lavanda se había transformado en verde y que su cabello bien arreglado estaba completamente lleno de hierba y tan enredado como un nido de pájaros—. Comenzó su caminata hacia la casa en medio de sus lágrimas, pero no lo hizo por largo rato, Edwin la tomó en brazos.

—No te preocupes, tengo experiencia cargando a tu hermana —la tranquilizó con un guiño.

Capítulo 6

Había movilizado a toda su casa por inconsciente. Sarah la bañó y arregló para que quedara presentable de nuevo. Una vez que sintió que estaba bien, bajó al salón. Ahí ella se dio cuenta de que se había convertido en el hazmerreír de la familia.

—¿Disfrutas mi humillación? —preguntó al ver la mirada divertida que le dedicaba su cuñado.

—No me gusta mentir, aunque tampoco es políticamente correcto decir que me dio gusto ver cómo tu orgullo era arrastrado por mi caballo. Nunca dudé de lo que él podía hacer y tampoco de lo tonta que eres.

—Pues sigue disfrutando. Será la última vez que me verás en esas condiciones. No eres un buen cuñado. ¿En dónde estaba tu forma de corrección?

—¿A alguna de ustedes le importaron mis preocupaciones? No. Han hecho conmigo lo mismo que mi caballo hizo contigo. No me culpes por haberte dado lo que querías. A todas les di lo que pidieron y, ¿qué obtuvieron? Problemas, problemas y más problemas. ¿Quién debía resolverlos? El tutor —expresó lord Cholmondeley con suficiencia.

—Tal vez tengas razón en esta ocasión. Lamento haber tomado tu caballo. Lo hice por aburrimiento.

—Esperemos que por aburrimiento no le des un brazo a uno de los caimanes o dejes que los gansos picoteen tus ojos —pronunció Edwin, burlón.

—Saldré a caminar —anunció Hannah, enfurruñada. No debió quedarse ahí. Estaba siendo arrastrada peor que con el caballo. Ellos eran crueles. Ya no solo tenía a Daniel dándole un trato malo, también estaban los otros dos cuñados que cumplían a cabalidad los requisitos para ser vasallos del diablo.

Avergonzada por lo que había pasado, fue caminando hacia la laguna. Alimentar gansos era lo más aventurero que podía hacer en esos tiempos. Evitaba mirar a los sirvientes. Sentía que sus miradas la juzgaban por lo que había hecho. Esperaba que su estupidez fuese olvidada pronto.

Al llegar al sitio vio a un caballo extraño bebiendo agua de la laguna y a los gansos gritando y girando en círculos en un lugar. Eso era muy extraño. Se acercó y vio ahí a un cuerpo raquítico que no se movía.

Ella juraba que aquel estaba muerto, pero cuando uno de los gansos lo picoteó en la entrepierna, aquel dio un respingo con un grito ensordecedor.

Al darse cuenta de que no estaba tratando con un cadáver no sabía qué hacer.

—¡Largo de aquí! —espetó Owen al ver a los gansos—. ¡No me comerán, aves del infierno!

Las aves parecían reírse de él con sus graznidos. Con duda se acercó a él para hablar.

—¿Se encuentra bien? —curioseó con la voz suave.

—¡Me han arrancado los genitales! ¿Cree que estoy bien? —respondió con rudeza, aunque sin mirar a quien le hablaba.

—Qué grosero es. Lárguese de esta propiedad. Adiós.

No estaba de humor para lidiar con tonterías ajenas, tenía suficiente con las propias.

Al darse cuenta de que descargó sus frustraciones en la persona equivocada, Owen se esforzó para sentarse pese a lo débil y herido que se sentía.

—Lo siento, señorita. Necesito ayuda... —pronunció con un suspiro profundo y cansado. La joven que le había dado la espalda se volteó para verlo y él se quedó congelado. Una mujer hermosa, de ojos azules como el cielo, cabello tan rubio como el sol, mejillas sonrojadas y labios rosados lo miraba. Quería que la tierra se abriera

bajo sus pies. En otros tiempos ya estaría girando alrededor de ella como un pavo agitando sus plumas. Era deslumbrante y lo único que deseaba era no verse tan inmundo ante ella.

Ella vio en los ojos del joven algo que llevaba mucho tiempo sin distinguir en alguien: aflicción. Hannah era una persona que, pese a sus locuras y su actitud absurda y egoísta, era empática con las necesidades y sufrimientos de los demás.

—Debería ser más educado. ¿Se encuentra bien?

—Lo lamento. Quisiera decirle que me encuentro muy bien, pero apenas puedo moverme. Podría continuar mi camino si me ayuda a subir a mi caballo.

Se acercó a él y con precaución lo observó con detenimiento. Era un hombre en los huesos, de cabellos rubios imitando a un extraño verduzco y sus ojos eran verdes con las pupilas pequeñas, como si estuviese mirando una lámpara fijamente. La barba cubría mucho de su rostro, no era un caballero bien afeitado, aunque reconocía que era atractivo a su manera.

—Trataré de acercarle el caballo. ¿Cómo se llama?

—¿El caballo o yo? —indagó Owen al verla ir hacia el animal.

Una sonrisa genuina escapó de ella.

—Del animal, pero si gusta puede decirme el suyo.

—Se llama Káiser. Yo tengo un nombre menos glamoroso que él, soy... —El conde pensó por un momento. No podía decirle a nadie su verdadero nombre o llegarían hasta él—. Bruce, ¿y usted?

—Lady Hannah Hess. ¿Se ha perdido por aquí?

—Tal vez, estoy buscando Autum Hall.

Cogió al caballo y lo acercó al hombre desconocido.

—¿Para qué?

—Es un asunto privado.

—Esta es la propiedad que busca. Vivo aquí y mi cuñado, lord Cholmondeley, es el dueño de todo lo que ve, incluso de los gansos. Ha tenido suerte de no acabar en el estanque de los caimanes o a estas alturas no solo carecería de sus genitales, sino también de una parte más extensa de su cuerpo.

Había llegado, estaba en ese lugar con eso ya se sentía a salvo. Cuando el caballo se acercó, Owen intentaba usar todas sus fuerzas para subir, pero no podía, estaba completamente debilitado.

Al ver que aquel hombre tan alto volvería a caer, ella se apresuró a sostenerlo. En ese instante, sus miradas se cruzaron y

algo se había desatado entre ellos sin querer.

—Lo ayudo, Bruce —dijo tratando de empujarlo a la silla de montar, pero aquel hombre volvió a desvanecerse, quedando todo su peso en sus hombros—. ¡Despierte!

Con todas sus fuerzas logró que la mitad de su cuerpo quedase sobre el caballo. De esa manera podría llevarlo a Autum Hall.

Sabía que recibiría críticas por parte de su familia, pero ese señor había ido por ayuda y no podía dejarlo así.

Respiró un poco antes de coger las riendas del caballo y caminar con él hacia la casa. No sabía qué le dirían sus familiares, pero tampoco importaba mucho. Estaba segura de que no le negarían ayuda a ese hombre que se veía un poco enfermo.

Cada cierto tiempo se volteaba para mirar si Bruce seguía ahí y no se había caído. En un momento dado notó que sus muñecas estaban raspadas por las riendas. Debió ser arrastrado por el caballo al igual que ella.

—En algo estamos iguales, Bruce —dijo para sí.

Desde la ventana de la biblioteca, Alethea distinguió que su hermana se acercaba con un caballo. Con malicia dejó de lado sus estudios y corrió al salón en donde Robert y Daniel jugaban al ajedrez.

Los ojos de Daniel recorrieron de pies a cabeza a la joven que estaba ahí.

—¿Qué quieres, Alethea? No es tu turno y tampoco lo será —habló Daniel después de verla.

—Hannah está trayendo algo a casa... —contó.

—Espero que no sea un animal muerto como lo que traes tú a esta casa. Estoy cansado de que acarreen cosas inútiles, es suficiente con que estén bajo este techo.

—Creo que Hannah es más ambiciosa que yo y va a disecar a un humano.

Daniel frunció el ceño sin entender lo que su cuñada menor quería decirle. Miró a Robert que se encogió de hombros restándole importancia.

—¿Por qué no miran por la ventana si no quieren creer lo que digo?

Cansado de los juegos de Alethea, Daniel se levantó y observó que Hannah se acercaba con un caballo y un cuerpo encima. Él se tapó los ojos y suspiró de manera sonora. ¿En qué se había metido esta vez?

La madre de las jóvenes se acercó a su yerno en la ventana y estaba tan sorprendida como él.

—¿De dónde ha sacado un caballo y a ese hombre? —inquirió la mujer, confundida.

—Pues es momento de averiguarlo.

Daniel tomó la delantera para salir por la puerta principal. Ahí vio que Hannah se detenía y lo miraba como si no hubiese hecho nada malo.

—¿Qué dije sobre robar y matar, Hannah? —cuestionó Daniel con los brazos cruzados y la punta de sus pies golpeando el suelo.

—Ni he robado y mucho menos matado. Los encontré en el estanque de los gansos, ellos se lo estaban a punto de comer y yo solo lo salvé. Creo que trae algo para ti porque dijo que buscaba Autum Hall antes de desmayarse.

—Parece que desenterraste ese cuerpo, Hannah. ¿De qué cementerio lo tomaste? —preguntó Edwin al ver la ropa del hombre llena de arena.

—¡Que no lo he matado ni robado! —se defendió.

Lord Cholmondeley avanzó y miró al hombre sin reconocer absolutamente nada de él.

—Este hombre está muerto, Hannah, y si por algún milagro llegase a estar con vida, tiene un pie del otro lado más que de este. Nunca he visto a alguien tan delgado —confesó—. Humbert...

Cuando el sirviente escuchó su nombre se acercó para colocarse a su servicio.

—Diga, milord.

—Registra el cuerpo —ordenó—. Debe tener algo ahí.

—¿Registrar el cuerpo? ¡Oye, está vivo! ¡Hay que ayudarlo! —masculló Hannah.

—Por supuesto que lo ayudaremos... Sarah, trae a unos mozos para que bañen a este hombre y lo alimenten. También háganle un lugar en el área de los sirvientes. Es evidente que es lacayo de alguien —ordenó el dueño de la casa—. Y tú, Hannah, ve adentro, al igual que todos los demás curiosos.

—Pero yo lo traje...

—No es de tu propiedad. Más tarde puedes preguntar si le dimos una habitación aquí o en una fosa en el jardín. A las rosas les gusta un buen abono —alegó Daniel con una sonrisa maliciosa antes de regresar a la casa junto a todos los demás.

Mientras tanto, Humbert encontró dos cosas fundamentales: una carta y una tarjeta que contenía el nombre de un aristócrata. Lord Cholmondeley sí que se le prestaría atención al asunto.

Entró a la casa y antes de que aquel se sentara para continuar su juego, Humbert lo interrumpió.

—Encontré esto, milord —indicó entregándole aquello en propia mano.

Levantó la mirada y la familia estaba expectante, en especial Hannah y Alethea, eran más curiosas por naturaleza que los demás. Abrió el papel y lo leyó.

Querido John.

Sé que no has tenido muchas noticias mías en mucho tiempo. Hace poco he sabido que trabajas para lord Cholmondeley, un hombre importante en Cheshire. Quería pedirte que recibas a lord Stern. Ha decidido escapar de su casa, pues aquí han intentado matarlo y necesita refugio. Nadie sabrá que está en otro condado, escondido con un sirviente de otro noble. Lleva dinero y una tarjeta de presentación. Te lo recompensará.

Cuida a mi amo por mí.

Atentamente.

Tu primo, Igor.

Al acabar la lectura, Daniel observó la tarjeta y apretó los labios. Sabía que ese hombre traería problemas a su casa de alguna u otra manera.

—Abriste un portal desconocido, Hannah —advirtió guardando el papel en su frac antes de pronunciar algo al oído de Humbert.

El sirviente asintió y se retiró.

—¿Qué quieres decir con eso? —interrogó Mildred con un mal presentimiento.

—Te lo explicaré después de quejarme sobre mis cuñadas que solo me traen problemas. ¿Cuándo será el día en que me ofrecerán soluciones?

Alethea creyó que conseguiría un fuerte regaño para su hermana, pero lo que consiguió fue una larga parafernalia sobre el buen comportamiento y lo malas que eran las hermanas Hess como parientes políticas. Era la queja que sabían de memoria.

Los mozos llevaron a Owen hacia las cuadras y ahí lo bañaron con agua fría. Él despertó al poco tiempo de sentir que estaba mojado. Muchas monedas cayeron al agua y los sirvientes no podían creer lo que veían.

—¡Tengan cuidado con él! —espetó Humbert que hizo a un lado a los otros—. Disculpe el trato.

—¿Y la joven? Tengo frío.

—¿Se refiere a lady Hannah? Ella está en la casa, no se preocupe, le conseguiremos ropa. Deje que los mozos lo bañen y vistan. ¿Le apetece algo de comer?

—Por favor, lo agradecería.

—Me pongo a ello, milord... Recojan las monedas y devuélvanla a su dueño.

Los ojos de Owen se abrieron con más fuerza. ¿Por qué ese hombre le había llamado por la cortesía? ¿Qué sabía él?

Capítulo 7

Una vez que los mozos terminaron de bañarlo, lo llevaron a la cocina. Owen estaba con las humildes prendas de un sirviente, pero no le molestaba, se sentía limpio. En la larga mesa en donde los sirvientes comían, la cocinera de la familia colocó faisán con patatas y un zumo de fruta, acompañado de un pan recién horneado y unas salchichas.

Se detuvo un momento antes de comer. Su mirada se oscureció pensando en todo lo que debía pasar para mantenerse vigente en su propia vida. Levantó la mirada hacia el sirviente de lord Cholmondeley y señaló el plato frente a él.

—Pruébelo —pidió. Aquel le había dicho milord, por lo que podía desconfiar de él.

—No puedo probar su comida, milord —se excusó el sirviente.

—No la comeré hasta que alguien la pruebe.

Humbert palideció y fue hacia el salón para buscar a Daniel. Sin esperar mucho se acercó y le susurró algo al oído.

—Dile a todos que dejen solo al hombre. Será tu responsabilidad que nadie escuche lo que tengo que hablar con él.

El sirviente asintió y se retiró raudamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Robert, curioso.

—Tengo un problema que resolver. Después del almuerzo, los hombres de la familia hablaremos de asuntos importantes.

Daniel fue hacia la cocina ante la atenta mirada de Hannah y los demás. Ella quería saber qué tenía de especial la persona a la que había recogido en el estanque. Quiso ir tras su cuñado, pero su madre la cogió de la muñeca.

—Te quedas aquí a coser con nosotras —ordenó—. Es un asunto de Daniel. Espero que no sea un problema grave el que has traído hasta nosotros.

Al llegar a la cocina, Daniel se sentó frente a Owen.

—¿Qué ocurre? —interrogó a la visita.

—No puedo comer su comida sin que alguien lo pruebe.

—¿Por qué? ¿Quién es usted? —indagó Daniel haciéndose el desentendido.

—Mi nombre es Bruce —mintió.

—Ajá. ¿Por qué viene junto a mi sirviente a pretender quedarse en mi propiedad? Si no me dice la verdad lo devolveré de donde ha salido —amenazó—. Puede escoger mentir o hablar con la verdad para tenderle la mano.

—Owen Stewart, conde de Stern —confesó al fin—. No quiero que nadie sepa de mí. Escapé de mi casa porque me estaban envenenando con la comida. Cuando su sirviente dijo milord, yo desconfié de que pudieran estar en conocimiento de mi huida de alguna manera.

—Sabemos quién es porque leí la carta que trajo consigo y la tarjeta de presentación. ¿Por qué lo envenenaban? ¿Cómo lo supo?

Owen cerró los ojos y casi se desvaneció, pero Daniel atajó su cabeza para que lo mirara. Cogió unas patatas, las metió en su boca, después mordió el faisán y por último le dio un buen trago al zumo.

—Ahora puede comerlos. No conozco a su familia, pero si me cuenta la situación y me convence, puedo acogerlo bajo mi techo con todo el riesgo que conlleva.

Con esfuerzo abrió los ojos y bebió el zumo con mucho ahínco.

A Daniel le sorprendía ver a alguien con tanta hambre que luchaba por mantenerse despierto. Lo miraba comer y le daba un poco de pena por su situación, pues ni el más hambriento de sus sirvientes había comido con esa necesidad.

—Necesita un médico —dijo Daniel, preocupado.

—Ellos se confabulaban con los médicos y boticarios para mantenerme enfermo durante un año. Mi madrastra y mi hermano menor han estado haciéndolo en pequeñas dosis. Un día afortunado pude levantarme de la cama porque deseaba pasar un tiempo con la persona a la que siempre vi como mi madre, pero al acercarme a la puerta oí sus planes con claridad. Con la ayuda de mi sirviente, Igor, pude librarme de eso, porque mi propio hombre de confianza, Lester, había estado confabulándose en mi contra para matarme. Mi madrastra quiere el título para mi hermano, Charles, y yo le estorbo. Antes era feliz en mi mundo de fiestas y un poco de excesos hasta que con lentitud perdí la salud por causa de ellos. —Después de hablar tanto, Owen cerró los ojos, aunque continuaba consciente.

—¿Su propio ayuda de cámara estaba involucrado? Observaré con más atención al mío desde hoy.

—Sí, no hay que confiar en nadie. De hecho, estoy confiando mis cosas a alguien que puede traicionarme. No quiero darles el gusto de morir y quedarse con todo.

—¿Qué necesita?

—Recuperar fuerzas e ir a Londres con el letrado, aunque supongo que como todos los demás debe estar involucrado.

—Tengo mi propio letrado, el señor Sinclair. No acostumbro a hablar bien de nadie, pero es honesto. Él puede asesorarlo, pero el médico es indispensable. Usted es un cadáver y lo sabe.

—Es como me dejaron. Estuvieron a punto de lograr su cometido.

—Puede confiar en mí. Soy un hombre cruel a veces, pero siempre honesto. Doy asco siéndolo, pero así es.

—Le pagaré por esto.

—Si algo tengo es dinero, no me interesa. ¿Podrá subir a las habitaciones de huéspedes?

—No, prefiero que no sepan sobre mí. Los sirvientes hablan. Solo diga que soy el lacayo de alguien importante y que me quedaré.

—Nadie creerá eso. Es cierto que los sirvientes hablan, pero los míos solo pueden murmurar entre ellos. Si algo íntimo sale de esta casa, saben que lo pagarán y no será con dinero. Se quedará en la habitación de mi sirviente, es la más cómoda de la casa. Castigaré a Humbert por si se le ocurre traicionarme algún día.

—¿Y milady?

—¿Hannah?

—Sí, ¿ella está bien? Hizo lo posible por traerme.

—No se preocupe por ella. Le encanta juntar basura como a su otra hermana, aunque esta vez recogió algo valioso.

—¿Y Káiser?

—Supongo que habla de su hermoso caballo. No se preocupe por él, está en mis cuadras junto a los míos. Tendrá un trato privilegiado, no se preocupe.

Lord Stern sonrió y asintió antes de volver a desvanecerse, esta vez sobre el plato de patatas vacío.

Daniel negó con la cabeza. Ese hombre necesitaba atención con urgencia.

Hannah tuvo paciencia para esperar que su cuñado regresara desde la cocina. Cuando lo vio se puso de pie y caminó hacia él.

—¿Cómo está Bruce? —preguntó con preocupación en su voz.

—Desmayado en la mesa de la cocina —contó sin titubear hasta que vio que esa noticia la hizo palidecer—, pero ya ha sido auxiliado por el servicio. Ese hombre necesita un médico y un letrado. Considero que el letrado es su prioridad. Mande a buscarlos a ambos, es cuestión de calmarse.

—¿Quién es el hombre? —indagó Mildred.

—Les diremos después. Es tiempo de que converse con las cabezas de familia. Recuerda que el gallo es el que manda en el gallinero.

Lord Cholmondeley hizo un gesto de cabeza para sus concuñados y estos lo siguieron. Las mujeres de la familia Hess se removieron incómodas en sus asientos. Daniel se había atrevido a llamarlas gallinas.

—Me resulta injusto que solo ellos sean los dueños de la verdad, mientras a nosotras nos dicen mentiras completas o verdades a medias —masculló Alethea insatisfecha con su papel dentro de la familia.

—Ellos saben lo que es mejor para nosotras —habló Mildred que estaba tejiendo.

—Opino lo mismo que Alethea. Además, ese hombre es mío, yo lo traje, entonces tengo derecho a saber lo que le ocurre —expresó Hannah, vehemente.

—Escucha, Hannah, no te encariñes con un criado que ya sabemos que tiene algún que otro gusano devorándolo. No creo que sobreviva. No quiero desalentarte, pero todos lo hemos visto y no está bien —dijo Penélope.

—No se morirá porque creo que todavía está lúcido.

—¿Qué parte de estar desmayado en la mesa de la cocina es difícil de comprender? —cuestionó Frances—. Creo que Daniel llamó a Robert y Edwin para que los dos cojan una pala y comiencen a cavar para tirar el cuerpo.

—¡No! —exclamó y se fue corriendo hacia el pasillo por el que habían ido sus cuñados. Cuando estaba llegando al lugar para escuchar a través de la puerta, vio a Diana y Sarah con los oídos pegados a la madera. Al verla, las dos se apresuraron a hacerle la seña de silencio y le indicaron que se recostara con ellas para escuchar.

—¿Ahora sí podemos saber quién es el hombre? —interpeló Robert.

—Sí. Es lord Stern…

—¿Lord Stern? ¿Estás seguro? —inquirió Edwin—. Yo lo he visto y este caballero dista mucho de lo que él era. Debo observarlo mejor.

—Tiene una explicación razonable. Su familia lo estaba envenenando por medio de la comida, por eso está en estas condiciones. Escapó antes de que terminaran con él.

—¿Qué clase de familiares tiene para hacerle algo semejante? —alegó Robert.

—Pues no todas las familias son maravillosas. He venido de una que para nada era encantadora —manifestó Daniel.

—¿Y qué sigue ahora?

—Debemos esconderlo y después ayudarlo a solucionar sus problemas para recuperar el control sobre sus bienes. Esa gente es codiciosa a morir. Deben estar convirtiendo su desaparición en una cacería de brujas, se les escapa el dinero entre los dedos.

—Es arriesgado, pero este lugar es perfecto para esconderlo, aunque, ¿crees que vivirá? —curioseó el marqués de Winchelsea.

—No lo sé, solo puedo decir que luchará hasta que su cuerpo sucumba ante la presión. La determinación estaba estampada en su mirada y la reconozco. Si tiene la ayuda correcta podrá sobrevivir y continuar con su vida. Por ahora quiere pasar desapercibido. De nosotros dependerá que nadie sepa quién es él.

Hannah y las doncellas se alejaron de la puerta. Consideraban que habían oído demasiado.

—Deben guardar silencio. No le digan a nadie, por favor. La vida de ese hombre está en nuestras manos por una indiscreción. Por favor, Sarah, Diana… —rogó Hannah que las cogió de ambas manos.

—Milady, nos encanta el cotilleo, pero jamás para matar a alguien. Le juramos por nuestras vidas que no diremos una sola palabra —afirmó Sarah y Diana asintió.

—Les agradezco su discreción. Tal vez Dios las recompense con un excelente chisme más adelante.

—Yo creo que será más pronto que tarde… —musitó Diana con picardía.

La mente de Hannah era un torbellino. En verdad Daniel tenía razón al decir que había conseguido un problema. Para la próxima debería tener más cuidado con lo que recogía del bosque.

Horas más tarde, el médico llegó y le dijeron que un sirviente estaba enfermo. No delatarían a ese hombre por ningún motivo. Atendió a lord Stern y después de dejarlo descansando salió de la habitación para hablar con Daniel en su despacho.

En el lugar, Daniel lo esperaba con mucho dinero en una bolsa.

—¿Qué tiene mi sirviente, doctor?

—Mala nutrición. Está muy delgado, intenté encontrarle un músculo, pero no he visto mucho. Su situación es riesgosa. Si en una semana no aumenta de peso, morirá.

—¿Solo tenemos que alimentarlo?

—En su condición es difícil recuperarse, necesita beber agua y comer todo lo que pueda en el menor tiempo. Tal vez su cuerpo comience a rechazar los alimentos y si eso ocurre lo mejor es que contrate a otro sirviente.

Daniel asintió y le pagó.

—Gracias por su servicio, doctor.

Mientras que Daniel se encargaba de la salud de lord Stern, Hannah estaba en la biblioteca desordenando todos los libros. Sabía que le tocaría sufrir si no era exacta con el orden, pero antes de hacer el desastre ella anotó cada cosa para no fallar al momento de regresar todo a su lugar.

Buscaba un libro de preparados magistrales que había visto ahí. Recordaba haberlo leído cuando era pequeña. Estaba segura de que ahí encontraría algo para salvar a ese hombre. Necesitaba hacerlo, por eso ella lo había encontrado en el estanque, eso debía tener un significado.

—¡Aquí está! —exclamó.

Durante la tarde y parte de la noche estuvo encerrada ahí buscando la receta perfecta. Debía hacerlo todo como decían las viejas recetas y para eso debía coger otro libro, el que hablaba sobre

las hierbas que debía encontrar y cómo reconocerlas. No quería ser ella la causante de la muerte del conde. Deseaba de todo corazón salvarlo porque estaba en sus manos poder hacerlo.

Capítulo 8

Hannah solo salió de la biblioteca para cenar y también para descansar un poco. Llevó con ella ambos libros para seguir marcando hojas. Tenía sus lazos metidos en cada uno de ellos para no perder las páginas. Al día siguiente saldría a buscar las hierbas que necesitaba para ayudar con la recuperación del hombre que estaba en un lugar que no le correspondía y todo porque debía lamerse las heridas para recuperarse y enfrentar de nuevo a las personas que querían acabar con él.

Tanto Hannah como Diana y Sarah guardarían silencio sobre lo que sabían de Bruce. Quería escuchar lo que Daniel tuviese que contar durante la cena.

Al llegar al comedor tomó su asiento. Cada vez le tocaba ir más lejos en su lugar de la mesa, mientras que sus cuñados casi se sentaban en el regazo de Daniel. Rodó los ojos al sentarse, y miró a su hermana Alethea que la observaba con un poco de reproche.

Una vez avanzada la cena, lord Cholmondeley carraspeó su garganta y se dirigió a los presentes.

—Sé que todos quieren saber quién es el hombre que Hannah recogió como si fuese un animal herido. Bien, es un sirviente de uno de mis amigos que ha traído una carta importante. Ha enfermado y cuando esté listo partirá.

El señor Sinclair parecía no saber nada de lo que ocurría, pues él creía que lo habían mandado llamar para una cena familiar, mas la realidad era que apenas todos se alejaran, las cosas cambiarían y el hombre que se hallaba descansando en la habitación de Humbert comenzaría a mostrar su poder.

—Entonces es cierto que Hannah solo ha recogido basura… —dijo Alethea con suficiencia.

—Tú no puedes juzgarla. Esta casa huele a cadáver por tu causa y la de tus experimentos —acusó Daniel.

—Podría jugar con otras cosas si me hubieses prestado atención para concentrarme menos en libros que hacen que quite tripas a las cosas y que diseque insectos.

—No soy tu padre, jovencita malcriada y si hubieses sido una hija mía ya estarías en algún convento católico en Francia.

—Por favor, no es momento para discutir las razones por las que siempre los pasillos huelen a cadáver. Este sirviente solo hará que huela peor. Lo importante es vigilar que se pueda enterrar el cuerpo antes de que desate su hedor —alegó Frances.

A Hannah le costaba comprender cómo pensaban sus hermanas.

—¿Dicen eso porque es un sirviente? ¿Si fuese un aristócrata todo sería diferente? —cuestionó Hannah.

—La vida de una persona con título es distinta, Hannah. A ti te valorarán mucho más de lo que podrían valorar la vida de Sarah o Diana o de cualquier otra señorita —replicó Penélope.

Estaba sorprendida y a la vez aturdida por la respuesta. Nadie parecía cuestionar nada.

—Entonces, si nuestra madre mañana vuelve a ser una señora, ¿su vida no valdrá nada? ¿Es eso lo que intentan decir? Todos somos iguales, no veo que los demás tengan diferencias físicas. Enfermamos y morimos como los sirvientes y a veces incluso peor.

—Nuestra madre es nuestra madre… —discutió Frances.

—Hipócrita… —masculló Hannah que cruzó sus brazos bajo el pecho.

—Defiéndeme, Robert —ordenó Frances a su esposo, pero él se escondió detrás de una copa de vino.

—No es momento de hacer un llamado a los pensamientos intrusivos para decir lo que pensamos del otro, Hannah. Era solo para aclarar. Tú, como lo recogiste y sientes más compasión que nadie, puedes verlo con regularidad, al menos que se muera, que es

una posibilidad, según lo que ha dicho el doctor sobre su condición —manifestó Daniel para calmar los ánimos caldeados.

—Pasaré a verlos mañana. Espero que esta noche piensen bien las cosas. Ah, madre, debería evaluar a sus hijas para saber si seguirán queriéndola una vez que se case con el señor Sinclair, y usted, señor Sinclair, tendrá unas hijastras nefastas. —Hannah siguió comiendo. No se levantaría de la mesa. Después de saber lo que había pasado lord Stern ella no podría desperdiciar la comida por más que se sacaran los ojos en la mesa.

Ella sabía que la hora de la cena no era demasiado tranquila. Edwin, que era nuevo en la casa, parecía disfrutar de cada enfrentamiento, sus ojos brillaban con emoción y participaba activamente para que la paz ni siquiera fuese mencionada como opción para que ninguno se quedara atorado con el jamón o las patatas. Robert había caído en un trance por amor a Frances y solo reía de todo lo que se decía siempre y cuando él no fuese víctima de insultos. Daniel los miraba a todos con el cansancio de alguien que sabía que su comida fluía mejor con el desastre que con la tranquilidad al juntar a toda la familia.

***

Owen sintió que una mano se colocaba sobre su brazo y lo movía con tranquilidad. Al abrir los ojos vio al conde de Cholmondeley en compañía de un hombre que claramente era un letrado por su porte.

—Lord Stern, él es el señor Sinclair, mi letrado, lo tiene a su disposición. Puede hacerle todas las preguntas que desee después de que coma la cena que le ha dejado mi sirviente… La probaré si quiere —comentó Daniel.

—Creo que de ahora en adelante tendré que contratar un sirviente que pruebe mi comida antes que yo —dijo Owen con una débil sonrisa.

Daniel hizo lo mismo que antes y después le pasó la bandeja para que no se levantara.

—Lord Cholmondeley me ha contado su historia, milord. ¿Usted cree que su administrador y su letrado puedan estar involucrados en este delito? —indagó el señor Sinclair con seriedad al ver que aquel comía con lentitud.

—Tal vez el letrado, no creo que el administrador tenga algo que ver, pues solo se rige por los poderes que se le entregan a mi hermano firmados por mí. Charles es un adicto al juego y un fanfarrón. No suelo ser tacaño, pero él vaciaría todo en un día si tuviese la oportunidad, por eso siempre estaba limitado con poderes que iban hasta cierto valor. Puedo estar moribundo, pero no ser un imbécil.

Lord Cholmondeley miraba con mejores ojos al refugiado en su casa. Él hubiese hecho lo mismo en su condición. Este hombre

comenzaba a agradarle.

Owen hablaba sobre lo que tenía pensado hacer, que era muy práctico y sencillo. Para él lo más importante era comenzar a recuperar el control de todo y el resto se solucionaría por añadidura. Su familia no sabía que lo que no mataba transformaba en monstruo y él estaba en la fase de convertirse en uno por lo que le habían hecho.

—Debe recuperar fuerzas para poder ir a Londres; sin embargo, podríamos comenzar el papeleo necesario e ir a la ciudad cuando usted mejore —propuso el señor Sinclair.

—Según el médico, no es tan optimista con mi condición, pero prometo salir de esta y pagar mis deudas con lord Cholmondeley.

—¿Qué deuda? La ayuda que le brindamos aquí es desinteresada. Si no le molesta, mi cuñada, Hannah, lo visitará con frecuencia, ella es una dama preocupada por los demás. En simples palabras es la rara de la familia, aunque talentosa. Si tiene suerte puede escucharla en el pianoforte. No le he dicho a nadie más que a los hombres de la familia que usted es el conde de Stern. Las damas y algunos sirvientes no saben quién es, solo creen que es un sirviente de un amigo.

—Me alegra saberlo, de esa manera mi identidad no saldrá de aquí y no podrán hallarme. No me gusta sentirme vulnerable con mi

familia cerca. No sé cómo he vivido ciego por tanto tiempo... —Owen bostezó.

El señor Sinclair y lord Cholmondeley se miraron. Sabían que ese hombre necesitaba descansar.

—Tenga una buena noche, lord Stern. Regresaré aquí mañana —anunció el señor Sinclair—. Seguiremos con sus ideas y conseguiremos lo que usted desea. Trate de descansar y recuperarse.

—Gracias.

—Buenas noches, lord Stern.

Los dos salieron de la habitación y, Owen, aunque no se había dormido aún, tenía los ojos cerrados. Su mente no parecía querer descansar de la misma manera que su cuerpo. Pensaba en lo que había pasado ese día durante la quietud de la noche, solo el sonido de los grillos y renacuajos era algo agradable. No debía preocuparse por los sobresaltos que producían los zapatos de Lester, su madrastra o Charles. Sentía paz al estar en casa de lord Cholmondeley. Si bien era un caballero particularmente extraño, no le resultaba excéntrico, al menos aún no como había dicho Igor. Consideraba que estaba mejor con el conde que con el sirviente, con aquel hubiese estado sobreviviendo con migajas, pues un patrón como el dueño de esa casa no andaba con rodeos.

También recordó a la joven que lo había salvado. Sin ella no hubiese sido tan afortunado. Le debía su vida y, cuando pudiese recuperarse, él buscaría la manera de retribuirle su esfuerzo.

A la mañana siguiente, el sirviente de lord Cholmondeley fue a llevarle el desayuno y encontró a Owen sentado en la cama. Todo el descanso y la comida del día anterior lo habían ayudado a recuperarse.

—Buen día, lord Stern. ¿Quiere que pruebe su desayuno? —preguntó Humbert que comenzaba a saber sobre las necesidades de ese hombre. Había llevado un plato y un vaso adicional para recurrir a las pruebas.

—Buen día, se lo agradecería.

—¿Cómo amaneció? Lo veo mejor que ayer.

—Me siento mucho mejor. ¿Y la joven que me ayudó?

—Ha salido temprano con una canasta en la mano. Supongo que irá a recoger algunas bayas silvestres.

—¿No es peligroso para una dama salir sola?

—Las damas de esta casa pueden cazar mejor que usted, milord. No se preocupe, porque no se preocupan por ellas mismas la

mayor parte del tiempo. Lord Cholmondeley le ha dado permiso exclusivo a milady para verlo cuando quiera.

—¿Cree que querrá usar el permiso con un sirviente? Lo dudo mucho.

—Milady es la que tiene un buen corazón, al menos es menos egoísta que las otras que están casadas y la menor que está soltera.

—¿Qué edad tiene?

—Ha cumplido dieciocho y está a punto de debutar. Lord Cholmondeley la llevará a Londres muy pronto, tal vez en un par de semanas. No querrá perder tiempo para presentarla. Ella es muy hermosa y confía en que conseguirá un buen esposo que cumpla con sus expectativas.

—¿Es muy quisquillosa con los candidatos?

—Oh, no, milord. El quisquilloso es lord Cholmondeley. Tiene que aprobar a alguien que le agrade a él, si solo le agrada a ella, es probable que no pase la prueba.

—Las cosas están complicadas para el futuro esposo de milady.

Humbert asintió y comenzó a dividir un poco de la comida para demostrarle al hombre que todo era confiable.

***

Hannah salió temprano en la mañana. De hecho, apenas había podido dormir pensando en que podría ser la persona indicada para mejorar la salud de lord Stern.

Consiguió todas las hierbas que decía la receta que debía tomar para recuperar fuerzas.

Al regresar a la casa para la hora del desayuno, Daniel la miró de pies a cabeza. Su vestido estaba sucio en el dobladillo y sus zapatos mojados por el rocío de la mañana. Su mirada de rechazo le hizo saber a Hannah que no le gustaba.

—Puedo...

—No, no puedes sentarte a la mesa porque estás impresentable. No acepto gente sucia en mi comedor —dijo Daniel sin inmutarse.

—Fui a buscar hierbas para preparar una infusión para Bruce.

—Querida, está saliendo de un envenenamiento y tú quieres acabar con lo que otros no pudieron.

—Está en el recetario de botánica.

—No me importa, sea lo que sea no le darás nada de beber a menos que tú lo bebas primero. Por tu seguridad tampoco bebas

experimentos extraños, ¿entiendes? Muerta no sirves. Ve a cambiarte.

Ella no se rendiría. Haría lo que fuese por hacer que ese hombre al que ayudó verdaderamente se salvara. Subió a su habitación y se cambió de ropa y zapatos.

Desayunó con su familia y después fue a la cocina y sin permiso de nadie comenzó a coger una olla y un cucharón para preparar la receta en el fogón.

—Milady, usted sabe cómo se pone lord Cholmondeley cuando alguna de ustedes entra a la cocina. Eso está prohibido. Por favor, sea obediente —pidió la cocinera asustada.

—No se preocupe, yo prepararé esto y me retiraré, nadie sabrá que estuve aquí.

Capítulo 9

Mientras que Hannah estaba tranquila en la cocina, Sarah había ido al despacho del conde para contarle lo que la joven hacía, pues todas las damas de la familia tenían prohibida la entrada a ese lugar, salvo Mildred cuando se enfadaba y quería preparar una mermelada de bayas. Eso ocurría pocas veces, porque al enfadarse uno de ellos, el otro se enfadaba de manera exponencial y trataban de no entrar en conflictos.

—Disculpe la interrupción, milord… —dijo Sarah que metió la cabeza en el despacho, dejando que una gran cantidad de humo saliera del sitio. Si no supiese cómo fumaban él y sus concuñados, hubiese pensado que la casa se estaba quemando.

Los ojos de Daniel, Robert y Edwin se fijaron en ella. Las sonrisas no se desvanecieron al verla.

—¿Qué quieres, Sarah? Uno no puede tener un poco de paz, si no es algún niño cayendo en un agujero de conejo, es una de mis cuñadas haciendo una tontería —preguntó Daniel, molesto por la interrupción.

—Es su cuñada, lady Hannah. Está desobedeciendo una de las órdenes.

—¿Cuál de todas? ¿No trepar las ventanas, no cazar solas, no respirar fuerte, tratar de no perder un brazo o una pierna, no recoger porquerías del bosque?

—No entrar a la cocina…

Al oír eso, inmediatamente Robert tapó sus oídos y le hizo un gesto a Edwin para que hiciera lo mismo.

—¿Qué pasa? —curioseó el marqués de Torton.

—Los cimientos comenzarán a moverse después de… —Robert no pudo terminar. El nombre de Hannah resonaba por cada rincón y Daniel solo tuvo que permanecer sentado.

El sonido del grito de Daniel había llegado a cada rincón de la residencia. Hannah dejó lo que estaba haciendo y corrió para buscar un refugio.

Los demás habitantes de la casa en lugar de salir a curiosear se escondieron como ratas.

—Con eso debió dejar la cocina —afirmó Daniel que continuaría en lo suyo.

—Sí, milord… —Sarah salió de ahí temblando. Sabía cómo se ponía cuando alguna de sus cuñadas hacía una tontería. No perdía el tiempo para corregirlas.

Al ir hacia la cocina, Sarah vio que la joven ya había desaparecido de ahí, aunque dejó su mezcla en el fuego, entonces ella decidió que la terminaría. Colocó su nariz para olfatearla y sintió que moriría. El olor era terrible.

Una vez que terminó de cocinarse aquello, fue a buscar a la joven por cada rincón. Debía estar escondida y no en su habitación, ella esperaría a que su cuñado se calmara para salir del agujero.

—¿Milady? —preguntó Sarah entrando a la biblioteca—. Su cuñado sigue en el despacho.

—¿No está buscándome para arrancarme los pelos?

—No. Le quería decir que terminé con su veneno.

Hannah salió de debajo del escritorio y se puso de pie.

—No es un veneno, es algo para que él mejore.

—Sí, lo mandará a mejor vida con eso.

—No es cierto. Es un libro de botánica muy confiable. He visto las recetas de mis remedios para la garganta, así que es cierto lo que está escrito ahí. Pon eso en una taza, iré a llevárselo.

—Cometerá un error, milady. Él no lo beberá.

—Por supuesto que sí lo hará.

La doncella hizo lo que aquella le había pedido, mientras Hannah se dirigía al área de los sirvientes para conversar con lord Stern. Ella debía fingir que no sabía quién era él y podría hacerlo con tal de que se sintiera seguro. No había un mejor lugar para él que Autum Hall.

Ella entró a la habitación de lord Stern y se sintió un poco nerviosa. Lo vio recostado en la cama, como si estuviese durmiendo. Pensó que lo mejor era irse, pero escuchó su voz.

—¿Es lady Hannah? —indagó abriendo los ojos.

—Sí, soy yo… —Ella lo observó y se sintió conforme al notar que estaba limpio y podía notarse un poco de su atractivo por más que estuviese tan flaco.

—Venga, por favor, quisiera agradecerle por su ayuda. Sin usted estaría muerto ahí, siendo devorado por los gansos.

—Los gansos no comen personas, tendrían comida para demasiado tiempo, pero usted…

—Lo sé, no soy suficiente carne para ellos.

Una sonrisa genuina se escapó de los labios de Hannah al oírlo.

—La tendrá más adelante, Bruce. ¿Cómo se siente?

—Mejor. Considero que el médico que vino ayer se equivocó al pensar que no lo lograré. En estos días he comido mejor que en semanas.

—Me alegra saber eso. Mi curiosidad me está matando. ¿Ha podido hablar con mi cuñado sobre lo que le trajo aquí?

—Sí. Le he traído una carta de un buen amigo. Es solo que he enfermado y me quedaré hasta sentirme listo para regresar a Londres.

—Desde ayer he estado buscando recetas nutritivas para usted y encontré una infusión que dice que le devolverá la vitalidad muy pronto.

Sarah entró a la habitación con la bandeja y la taza.

—¿Le molestaría que le pidiera que lo probara por mí? —inquirió. Por más que ella lo salvara, la desconfianza no desaparecía.

—Por supuesto. —Hannah cogió la taza y dio un sorbo. Intentó tragar la mezcla, pero no pudo—. Tíralo, Sarah. Es horrible. Debí hacerlo de otra manera. No lo tomará, Bruce. En verdad pensé que esas hierbas tendrían un mejor sabor. Me equivoqué. Esto no podría salvar a nadie.

—Agradezco su sinceridad.

—Lamento no poder ayudarlo más.

—Me ha ayudado como no tiene idea. Estaré eternamente agradecido con usted y su familia. Sé que es inapropiado que me visite, pero le agradezco la preocupación. —Owen la miraba con admiración y una extraña sensación de que ella era más especial de lo que parecía. Sus ojos azules eran iguales al cielo que podía otorgar paz hasta el más incrédulo. Su presencia era como la luz de esperanza en medio de la oscuridad que se acentuaba en su corazón.

—Para que no esté tan aburrido puedo venir a leerle algo. Tampoco tengo mucho que hacer y me aburro con facilidad. Daniel dice que el aburrimiento es el peor compañero para cualquiera, pues hace que pensemos en demasiadas tonterías y las llevemos a cabo con todo lo que eso conlleva.

—Me encantaría poder escuchar una lectura interesante. Solo pregúntele a lord Cholmondeley si le permitirá un poco de tiempo con un criado.

—Él me ha dicho que puedo venir, yo lo recogí y es como si usted me perteneciera.

La doncella que seguía ahí salió para dejarlos a solas.

—Puedo pasar esta tarde, después del almuerzo. También podría traer el té y acompañarlo...

—Eso sería un abuso de mi parte. Con una lectura estaríamos bien. Créame que no escucho una buena desde hace mucho tiempo.

—¿Sabe leer? —preguntó para seguirle el juego de que él era un sirviente.

—Sí, aunque dejé de hacerlo, usted sabe, el trabajo.

—Sí, entiendo. Si quiere puedo traerle libros cuando se sienta mejor.

—Lord Cholmondeley dijo que usted toca el pianoforte...

Ella se sonrojó al oírlo decir eso.

—Sí. Creo que el sonido llegará hasta aquí si lo hago. Puede que pronto pueda levantarse e ir hasta el salón, pero mientras tanto tocaré para usted.

Él le devolvió una sonrisa a la joven que tenía las mejillas sonrojadas. Él extendió su mano para tocarla. Pensó que ella se negaría, pues no correspondía que un sirviente se acercara, pero Hannah lo sorprendió cogiendo su extremidad. Sus manos tibias se tocaron y ambos sintieron cómo una chispa brotaba del interior. Era

una sensación extraña de que existía una correspondencia indescriptible entre dos personas que se acababan de conocer ese mismo día en circunstancias excepcionales.

—Nunca nadie se preocupó por mí con palabras tan verdaderas. He vivido rodeado de personas inescrupulosas y nunca me di cuenta. Usted y su familia me demuestran que la bondad existe y que las familias no necesitan ser perfectas para quererse...

—Lamento que tuviese una vida triste y espero que no regrese a ella jamás. Volveré más tarde con un libro. Si me oye con el pianoforte, sepa que la pieza es para usted.

—¿Y cómo saber quién ejecuta el pianoforte sin confundirla?

—Las demás son muy malas con eso. Es como si yo quisiera pintar un paisaje y sé que no soy buena, aunque hago dibujos.

—Me gustan los dibujos...

—Se los traeré más tarde. —Ella se soltó para salir. Después de cerrar la puerta, Hannah colocó la mano que él había tocado y la colocó contra su pecho, para después apretarla con la otra.

La sensación que él había dejado en su cuerpo y en su mente era de felicidad y paz. Saber que podía ayudarlo con lo que fuese que pudiera hacer la consolaba dentro de sus limitaciones.

Owen sabía que no podía ponerse a decir palabras inapropiadas para una dama tan agradable y empática. Su libertino enfermo estaba ahí pensando en las mil maneras de acercarla y robarle un beso, coquetear con ella y decirle todo lo inapropiado que se le ocurría para describir su perfección. Debía ser consciente de que no estaba en condiciones de seducir a nadie, salvo al que hacía los ataúdes. Estaba seguro de que alguien al verlo en esas condiciones ya lo estaría midiendo.

Lady Hannah Hess era una dama sin perjuicio alguno. Tan simple, educada y amable. Era humana, algo que su madrastra, no era. Su familia era monstruosa. Debía deshacerse de esa gente lo antes posible. Sus sentimientos por ellos habían muerto, ni siquiera se atrevía a sentir compasión por ellos. Eran escorias que merecían la muerte y eso era lo que haría, buscaría la manera de tomar la justicia como viniera, ya fuese propia o por la ley. Ni siquiera Lester se salvaría, lo traicionaba sin titubear, prefirió no decir nada a salvarlo y no le importaba el trato que pudieran haberle propuesto, una traición era solo eso. Nada podría justificarla.

Unas horas más tarde, oyó el pianoforte y Owen supo que esa pieza era para él. Humbert entró a la habitación con más comida que antes, incluyendo bayas silvestres en una compota.

—¿Lady Hannah está tocando? —preguntó Owen, sonriendo.

—Sí, milord. En el salón nadie puede creer que lo esté haciendo en este horario. Lord Cholmondeley está con los nervios de punta

después de lo que hizo hoy.

—Oí un grito que me despertó por un momento, pero no le di mucha importancia.

—Lord Cholmondeley tiene prohibido que sus cuñadas entren a la cocina. Milady estuvo preparando una infusión que no fue muy exitosa. Todas sabemos que el hecho de hervir hierbas extrañas no es algo que le dé gusto al paladar.

—Sí, me lo ha explicado. Primero pensé que quería envenenarme, pero vi que era bien intencionada.

—De buenas intenciones está lleno el infierno, milord. Lord Cholmondeley le advirtió que no se acercara con eso aquí, pero ella se pasó las instrucciones como si se tratara de una limpieza de oído.

—¿Ella es tan desobediente?

—No. Es la más obediente de todas, pero tiende a tener lapsus mentales con las órdenes. Lord Cholmondeley espera que con su belleza y su talento pueda atraer a buen candidato. Usted sabe, uno que encaje con ella y con él a la vez. Es algo difícil de lograr. Dos de ellas lo han logrado, veremos cómo les va a estas últimas dos.

—¿Qué se debe hacer para llevarse bien con milord? Es simple curiosidad —se justificó Owen con presteza.

—Es sencillo. Reírse de sus chistes malos, tener un alto grado de rigidez y misoginia, querer más a los caballos que a sus cuñadas, hablar mal de ellas, ser un libertino, tener dinero y título... Son muchas, milord. No podría citarlas todas, ni siquiera si me quedo sentado aquí un día entero.

—Si dos lo han logrado, no creo que sea imposible.

—Ciertamente es así. Solo que es gracioso pensar que estos caballeros se casan dos veces. Una con la dama y otra con él. Es como un pacto de compartir las peripecias. Considero que funciona bastante bien. Lord Cholmondeley ríe más y se siente menos inquieto desde que no está solo bajo el techo con tantas mujeres.

—Si esto fuese un burdel no estaría tan penitente con las damas.

—Pero el pobre lord Cholmondeley ha cambiado la paz de una residencia en Derbyshire para casarse con una de estas hermanas. El amor hace estragos en la vida de un hombre solitario...

Esa última frase que dijo el sirviente de esa casa lo dejó pensando. Nunca había hablado de la palabra amor, pero si alguien como lord Cholmondeley pudo caer bajo el embrujo de eso con una de las hermanas de esta casa, él no tenía muchas esperanzas de salir ileso y más aún sabiendo que ella le agradaba más de lo que quería admitir.

Capítulo 10

—Tocas bien, pero ¿te parece que esta hora es apropiada para eso? —preguntó Daniel que se recostó en el pianoforte.

—No estoy tocando esto para ti, es para Bruce. Él está convaleciente.

—No le has dado importancia a ninguno de nuestros criados en estos años y te decantas por uno que ni siquiera es de esta casa.

—¿Celoso?

—Más bien escandalizado. Ten altos tus estándares, Hannah.

—No me casaré con ningún criado, solo estoy siendo solidaria.

—Casi lo matas con tu mezcla de diosa y pantera.

—No se lo di de beber, primero lo probé yo. No me ha pasado nada, pero ciertamente ese brebaje era intomable. —Ella continuaba tocando el pianoforte y poco le importaban las críticas de su cuñado que estaba deseoso por echarse una siesta, pues las niñeras habían llevado a los niños a sus habitaciones para que los demás pudiesen despejarse.

Daniel se alejó con un bostezo y subió las escaleras. Esa era la señal más esperada para la dispersión. Algunos fueron a las habitaciones, mientras otros como Edwin fueron hacia las caballerizas. Penélope prefería dormir un poco, pues su vientre era más grande que lo habitual en los embarazos que había visto en sus otras hermanas. Su suegra le había dicho que estaba segura de que tenía dos bebés en el vientre, aunque no podrían saberlo hasta que llegar al día del parto que estaba cerca de ocurrir.

Después de que todos se fueran ella también dejó el pianoforte. No era una criatura monstruosa que despertaría a niños de una siesta solo para que la quemaran viva con tanta vitalidad que tenían.

Fue a la biblioteca y comenzó a coger varios libros que parecían interesantes. Los escogía por el título para luego sorprenderse con las palabras que se encontraban en el interior. Esperaba que lord Stern disfrutara de un buen descanso y para poder leerle un buen libro. Quería verlo mejor y entusiasmado.

Todavía no podía olvidar que había tocado su mano y eso la hacía sentirse extraña. Algo en su pecho se revolvía, incómodo. No sabía qué sentimientos acarreaba por él, pero le daba miedo de decepcionarse y que solo la impulsara una terrible lástima. Con el sufrimiento que llevaba en sus hombros, lo peor que podrían hacerle era sentir eso por él.

Llevaba poco menos de un día sabiendo de aquel caballero, pero en su mente existía una intensidad para cuidarlo, resguardar su

vida como algo valioso, porque lo era. La vida de los demás era algo que no podía relegar a algo menor.

Con al menos una pila de libros, salió del lugar esperando no encontrar ningún obstáculo.

Ante la atenta mirada de los sirvientes, Hannah pasó de largo la cocina y fue al área de la servidumbre en donde se encontraba lord Stern. Abrió la puerta con cuidado y entró. Lo vio durmiendo, entonces no quiso molestarlo, por lo que decidió bajar los libros junto a la mesita de la cama, lo malo era que tropezó con una bota y aquellas lecturas de tapa dura cayeron como ladrillos sobre el cuerpo esquelético del hombre.

—¡Condenación! —exclamó Owen saltando de la cama, mirando a ambos lados para darse cuenta de que ahí solo había una joven con los ojos asustados y con un montón de libros tirados en la cama y en el suelo.

—¡Lo siento! —expresó intentando tocarlo al ver que él se tomaba de la cabeza.

Owen se sentó en el borde de la cama y comenzó a sobarse para que el dolor pasara. Sintió que los brazos de ella se abrazaban a él dándole una sensación cálida de cuidado y afecto.

—Es un despertar extraño, pero a su lado hasta lo más raro puede ser un sueño —musitó adolorido.

—Lo lamento tanto. No quería interrumpir su siesta. Por favor, recuéstese otra vez. —Hannah lo soltó y comenzó a recoger los libros para que pudiese volver a descansar—. A veces soy tan torpe. Ayer por la mañana me arrastró Berilo, el caballo de Daniel. Estaba empeñada en montarlo, pero creo que el animal me puso en mi lugar de una manera poco amable.

—Eso no parece sonar muy inteligente de su parte.

—Lo reconozco. No soy la criatura más lúcida de la familia. Todos tienen una oveja negra y una gallina metiche. Ya sabe con cuál identificarme.

Él rio pese al dolor. No se moriría por el ataque de un par de libros.

Ella acomodó la cama para él y Owen se acostó otra vez.

—¿Cree que podrá seguir durmiendo o preferirá que le lea algo?

—La lectura está bien para mí.

—Escoja el color de tapa que le gustaría que lea.

—La de color marrón.

—Interesante elección: «La llama de la imprudencia». ¿Cree en las coincidencias?

—Comienzo a creer en ellas. Desde que llegué aquí, muchas cosas que antes eran desconocidas, comencé a conocerlas y ahora a entenderlas. —Los ojos de Owen comenzaban a mostrar esa picardía que antes lo caracterizaba. Por supuesto que estaba intentando coquetear con la joven, aunque de una manera menos audaz. Estaba en malas condiciones para sentirse un hombre codiciado, al menos por una mujer, pues los buitres y gusanos ya tenían listos sus tenedores cada vez que recaía.

La sonrisa de Hannah indicaba que estaba siendo perdonada por ese hombre al que lastimosamente hirió. Era una verdadera tonta. Comenzó con su lectura, mientras él alternaba sus ojos entre la ventana y ella. De vez en cuando lo veía cerrar los ojos y al rato forzarse a abrirlos por respeto a la lectura. Era muy educado. El conde aguantó una hora antes de quedarse dormido por la suavidad de la voz de Hannah, que para él suponían caricias que daban consuelo.

Antes de cerrar el libro, Hannah se quitó el listón de su cabello para usarlo como separador. Dejó el libro junto a la cama y salió. Se sentía feliz por haber estado con él parte de la tarde. Esperaba que pronto se repusiera y pudiese salir al campo a sentarse junto a ella sobre un mantel para comer pudin.

La casa estaba silenciosa, ni siquiera Alethea estaba gritando en los pasillos quejándose de lo miserable que era su vida porque nadie quería jugar con ella y que nadie la entendía. A veces, ese discurso le parecía aburrido y repetitivo, aunque no era algo que no fuese cierto. Ellas dos tuvieron que crecer de otra manera, por más que la misma Hannah solo se llevara un año de diferencia con Penélope. La habían relegado a ser como la menor y a la menor como algo inferior. Era una situación complicada.

Con el pasar de los años buscaron el afecto de un padre en Daniel, pero él no estaba interesado en cumplir el rol y se convirtió en un torturador silencioso que las observaba, esperando ver en qué se equivocaban para burlarse o castigarlas por el comportamiento infantil. ¡Eran niñas! Por supuesto que el comportamiento infantil estaba a la orden del día, pero su cuñado se empeñaba en tratarlas como pequeñas damas que pertenecían a su ejército de obediencia y buen comportamiento.

Salió al jardín y vio a Edwin regresar de su paseo en uno de los caballos de la propiedad. Se acercó a Hannah y colocó sus manos hacia atrás para hablarle.

—¿Aburrida?

—Mucho —respondió Hannah con una media sonrisa.

—Podríamos tirar con el arco —propuso Edwin.

—¡Lo había olvidado! ¡Por supuesto, los arcos! Prepárate para sufrir una humillación.

Edwin sonrió y fue hasta la casa para pedir que los sirvientes colocaran el blanco y les entregaran el arco y las flechas.

El marqués de Torton colocó el blanco en su lugar y después se sentó en la hierba a esperar que su cuñada hiciera el primer tiro.

—El lugar más seguro está detrás de ti —alegó Edwin, burlón.

—Sabía cazar antes de que tú pudieses bajarte el pantalón, cuñado. Desde pequeña puedo agarrar liebres con los dientes —replicó buscando el ángulo perfecto.

—Esas no son palabras dignas para conquistar a nadie. De esa manera no lograrás llegar al corazón de un caballero.

—El hombre que se interese en mí, primero deberá conocer lo malo y después lo bueno, así se evita sorpresas, ¿o no?

—Es un riesgo. Puede ser imprudente si lo que queremos es que te cases y dejes otra habitación vacía.

—¿Habitación vacía? Si eso funcionara, tú no tendrías habitación y tampoco Robert. Viven más aquí que en sus casas, es como si no fuesen felices en sus matrimonios.

—¡Tú me has estado espiando! —la acusó Edwin.

—¿Para qué querría espiarte? Créeme, estoy aburrida, pero tampoco es para perder mi tiempo de esa manera. No tienes un solo secreto ni nada que pueda hacer que te sientas orgulloso de seguir con vida. De la misma manera que Robert solo gastas aire.

—El único defecto de Penélope son sus hermanas, el resto es perfecto. No pensé que pudiésemos coincidir tanto, Hannah. En una frase has dicho lo que he pensado de mi cuñada, de Coraline. Ahora me doy cuenta de que es una santa, una mártir que ha tenido que soportar mis estupideces. Frente a ustedes ella no es nada.

—No tenemos depredadores, Edwin... —Ella soltó la flecha y le dio en el medio al blanco—. Mejora eso si puedes, no mueras en el intento.

—Primero me ponen a jugar ajedrez con una tramposa que debe ser pariente de Vlad, el empalador, y luego yo mismo me meto en la humillación por falta de aprendizaje. No es justo. Tengo más habilidades que ustedes.

—Pero no eres más inteligente, al menos no lo has demostrado aún. Tal vez sea porque aún eres nuevo en la familia y te falta entender algunas mañas necesarias para tu supervivencia con nosotras.

—¿Le harás pasar esto a tu esposo?

—Supongo que también se aburrirá de un paseo en su costoso caballo y querrá probar sus habilidades con las que intentaba humillarme y terminará enterrado.

—Antes pensaba que quien se casara con uno de ustedes sería afortunado, pero ahora solo pienso que sería víctima. Le haré señales para que huya lo más pronto posible al lugar más lejano de Inglaterra.

—Responde con la verdad. ¿Crees que conseguiré un esposo?

—¿Quieres la verdad disfrazada o la más cruda?

—La cruda.

—No. Tendrás que comprar uno. Ahora puedo decir la versión disfrazada.

—Hazlo.

—Si quieres un esposo solo no hables mucho. ¿Puedes?

—Eso sería engañarlo.

—Tal vez sea más parecido a la omisión compasiva. Una vez que esté dentro de la familia no podrá salir, estará atrapado creyendo

que vivirá su mejor vida con una dama hermosa, pero lo que ignora es que todo eso tiene un precio que se llama dignidad masculina.

—¿Todo eso es desde un punto de vista sin amor? ¿Cómo es algo con amor?

—¿Acaso hablé de algo sin ese sentimiento? Lo que obliga a un caballero a guardar sus verdaderas ideas donde no traspasa es el sol es por causa de eso.

—¡Estoy preguntando que qué se siente estar enamorado! Oye, tú eres la flamante y reciente adquisición familiar, alguien que no ha vivido demasiado entre nosotros para que su amor muera.

—Solo el amor más fuerte puede sobrevivir bajo este techo. Te diré una cosa, me enamoré de Penélope tan solo al verla y supe que era la mujer que necesitaba a mi lado.

—Eso era porque no las conocías.

—Exactamente, pero no me arrepiento. Ella era más de lo que esperaba en la vida.

—¿Y qué pasa si yo no siento ese flechazo instantáneo? ¿Estaré destinada a ser una solterona?

—¡Oh, no! ¡Que ni Dios ni el Diablo permitan algo así! —exclamó apresurado. Por nada del mundo quería lidiar con esa joven

en el futuro visitando su casa sola.

—Qué conveniente.

—Quise decir que no pienses de esa manera. Podrás casarte. No todas las relaciones empiezan con un primer vistazo. A veces las acciones hacen que nazca de otra manera o tal vez muchos obstáculos. Tienes un par de historias aquí para ponerte a hurgar. No todo es fácil. En algunos casos hay que luchar, caer y levantarse más fuerte.

Capítulo 11

Edwin no pudo tener la misma puntería que Hannah, por lo que en un futuro no debía convertirse en el blanco de sus ojos, porque corría el riesgo de que le diera en la frente.

Todos se levantaron para la hora del té. El sonido de las risas, gritos y llanto de los niños se hacía oír por cada rincón. Hannah no se había dado cuenta de la falta que hacía el ruido para que ella pudiera retornar a una normalidad extraña.

El té fue servido para todos en el jardín. La tarde era maravillosa y ninguno de ellos quería perderse el horizonte y la tranquilidad que les daba estar juntos en familia.

Hannah cogió su taza, dio un sorbo y se quedó pensando en Owen. La cercanía, su mirada y su voz hacían que ella deseara volver a buscarlo. Parecía una tonta por estar pensando en alguien como él. Tenía problemas no solo de salud, sino también familiares. No debería siquiera considerar que eso que sentía era algo distinto a la lástima por un ser humano. Lo encontró siendo picoteado de manera indigna en sus partes. Era evidente que no estaba en su mejor momento. Sin embargo, no podía evitarlo, algo de lord Stern le resultaba atractivo y encantador, tal vez no fuese su cara, pero sí lo era su ánimo, entre tantas desgracias aquel tenía el tiempo y la paciencia para sonreírle a una extraña.

—Diana me ha contado que el invitado en la habitación de Humbert ha pegado el grito al cielo esta tarde —comentó Mildred cogiendo un scon para untarlo con la mermelada más deliciosa de la región: el que se elaboraba en esa casa—. ¿Tuviste algo que ver, Hannah?

—Hannah comienza a parecerse a Frances que perseguía a alguien sin dinero, aunque en este caso no creemos que tenga suerte como ella la tuvo al casarse con un marqués —dijo Alethea, burlona.

—No le hagas caso, Hannah. A lo mejor termina siendo un noble en apuros —insinuó Robert.

—No le metas ideas en la cabeza. Aquí nos gustan las tonterías —se burló Alethea.

—Llevé un par de libros y leí unas hojas de uno de ellos. Me sentía aburrida y me imagino que él aún más.

—Lo que faltaba, que le dieras tantas concesiones a un sirviente que ni siquiera es nuestro —se quejó Alethea.

—Alethea... —pronunció Daniel en tono amenazante.

—¿Por qué nadie la reprende por lo que hace? ¡Siempre soy yo el problema!

—Sí, el problema eres tú —afirmó Penélope que no quería continuar con las tonterías de su hermana menor.

—Perdiste, Alethea, no tienes el apoyo de nadie en este jardín. Lo mejor que puedes hacer es mantener el hocico cerrado —farfulló Hannah.

—No es forma de que las damas se traten entre sí, salvo que sea con otra mujer que está intentando robar el prometido de una de ustedes —habló Edwin sorbiendo su té.

—¡Todos alientan su locura y su arrogancia! ¡Ya quiero irme de esta casa! —exclamó Alethea que se levantó de su silla, cogió su taza y unos scones antes de irse.

—Oye, Alethea... —la llamó Daniel. Su cuñada se dio la vuelta para mirarla—. No hay límites para abandonar la propiedad. Eres libre de hacerlo. Serás un peso menos para nosotros.

Alethea corrió hacia la casa y desapareció de la vista de ellos.

—Eso fue cruel e insensible —lo reprendió Hannah.

—Solo le di lo que quería. ¿Deseaba lástima? La tiene. ¿Deseaba una salida? ¡También la tiene! ¿Por qué negarle sus deseos? Le doy exactamente lo que pide, ya que no se conforma con lo que le toca, y tú, Hannah, deberías estar feliz con lo que te toca. Tus vestidos han llegado.

La joven abrió los ojos con sorpresa.

—¡En qué buen momento han llegado! —Tanto ella como los demás olvidaron el incidente con Alethea para concentrarse en lo que venía.

La joven dejó todo lo que estaba comiendo y fue hacia el salón, pero ahí no había nada, después subió las escaleras para llegar a su habitación. Una vez ahí, vio una gran cantidad de cajas.

Con la emoción a flor de piel corrió para abrir cada una de ellas. Cada tela era mejor que la anterior. Sus ojos se llenaron de lágrimas al sentir de cerca lo que sería poder debutar en un salón.

Cogió uno de ellos y lloró. La espera y las ansias de ver a cada hermana con lo suyo contribuyeron a que ese momento fuese demasiado especial.

Las cosas comenzaban a tener un significado distinto. Estaba a punto de buscar el amor en los salones, aunque al pensar en eso, recordó a lord Stern. Lo imaginaba a él recibiéndola en un salón, los dos bailando pegados, observándose a los ojos. Un suspiro de anhelo escapó de su boca.

Lo que tenía frente a ella era la consecución de años de estudio con la señorita Carlington y el señor Kepler. No podía decir que le faltaba educación, consideraba que la tenía en exceso y también

sentía que el preceptor se estaba desperdiciando bajo el techo de la familia, porque ellas habían sido más tremendas de lo que él esperaba, y como no podía tomar las mismas medidas que con los varones, consideraba que la mayor parte de las cosas que hacía eran inútiles, aunque aprendió a ser dura, por eso soportaban la falta de sutileza de Daniel.

Sus hermanas la alcanzaron después para observar todo. Compartían ese momento con ella, menos Alethea. Aquella solo asomó el rostro y pasó de largo. Debía admitir que la relación entre ellas estaba deteriorada por múltiples conflictos en un corto lapso.

Las joyas también estaban ahí, solo que sobre su tocador. Cuando vio el juego de diamantes, perlas y zafiros, se puso tan feliz al sentirse en armonía con lo que tenían sus hermanas. Ellas habían recibido lo mismo años atrás. Daniel sabía que, si hacía diferencias entre ellas, estaría muerto. Solo el día de cumpleaños de cada una era excepcional, él podía escoger lo que deseaba para ellas.

***

Cuando Owen despertó ya no había nadie en la habitación, solo quedaban los libros que la joven le había llevado para que compartieran un momento juntos.

Al parecer un sirviente había dejado encendida una lámpara, pues toda la habitación estaba en penumbras, la noche había llegado a la propiedad.

Owen se sentía más fuerte, con ánimos para dar unos pasos. Quería ser optimista respecto a las comidas que le daban. Eran buenas raciones para engordarlo lo más pronto posible.

La puerta se abrió y ahí estaba Humbert, el sirviente de lord Cholmondeley con la clásica bandeja de comida.

—Se ha saltado el té, milord, pero no ha podido hacerlo con la cena —musitó Humbert en tono amable—. ¿Se siente mejor?

—Mucho mejor. Creo que tengo fuerzas para caminar largo trecho.

—No gaste sus fuerzas. Podrá levantarse una vez que suba más de peso. A veces pienso que si está levantado puede romperse un hueso por cómo se lo percibe.

—Esto es en lo que me convirtieron en poco tiempo. Un año entero creyendo que estaba en agonía por una enfermedad desconocida, siendo que solo tenía parásitos: mi madrastra y medio hermano.

—En ocasiones, las familias no son fiables. Es una pena que usted tuviese que saberlo de la peor manera posible.

—Sí, es cierto. ¿Y lady Hannah?

—Ella ha recibido hoy una sorpresa especial. Lord Cholmondeley le anunció que habían llegado sus vestidos para la temporada. Está muy emocionada. No ha querido salir de su habitación a causa de la felicidad.

—Para una dama debe ser importante la presentación. Es la vitrina en donde todo el mundo la verá para escogerla como esposa...

Esas palabras, de repente, calaban profundamente, por más que antes ni siquiera hubiese podido decir algo así por desinterés hacia damas solteras. Sus circunstancias no eran las mismas, él no tenía ni atractivo, ni riqueza y menos salud para presumir. No era deseable ni para sí mismo. Hannah era una joven bella, deseable, inteligente, amable y una fuerte candidata a esposa por los antecedentes familiares de estabilidad matrimonial.

Sentía más ganas que antes de recuperarse. No solo quería una oportunidad de vida, sino que deseaba más cosas que antes ni se le habrían ocurrido. Solo Dios sabía el cambio radical que había experimentado bajo el yugo de su familia. Sin darse cuenta habían mermado su vida hasta reducirlo a solo un espectador moribundo de cómo todo se desvanecía a su alrededor, de cómo le robaban la vida y los sueños que nunca supo que tenía. Quería venganza.

En medio de sus pensamientos vengativos aparecía Hannah como una luz en la oscuridad, queriendo persuadirlo de que podría dejar las cosas así, pero si ella en realidad supiese lo que ocurría,

jamás pensaría de esa manera. Suponía que haría algo y no sería amable.

Si algo había entendido en el poco tiempo que llevaba en esa casa, era que a estas mujeres era mejor no perderles el ritmo, porque podrían arrepentirse. La venganza era el camino a la justicia. Él tomaría eso y lo convertiría en su lema de vida. Jamás podría ser feliz si esas personas que lo dañaron continuaban tan campantes.

La comida de la casa de lord Cholmondeley era excelente. Quería engordar lo más rápido posible y volver a esa forma atlética de antes y dejar de ser solo huesos. Deseaba sentirse atractivo como en los viejos tiempos y que Hannah lo viera, pues en ninguna dimensión paralela ellos podrían estar juntos si él seguía pareciendo una ramita de árbol.

Mientras cenaba pudo ver la sombra de una persona frente a la puerta, pensó que era lady Hannah, pero se sorprendió al ver quién entraba a la habitación. Era una joven tan bella como Hannah solo que su rostro era más parecido al de una niña.

—Usted es el sirviente de quien sabe quién —escupió con molestia.

—Sí, milady —admitió Owen, pues su mentira no estaba tan bien elaborada para colocarle nombres a su supuesto patrón.

—Entonces le queda claro cuál es y será su lugar siempre.

—No sé por qué me dice esas cosas, milady.

—Rechace cualquier acercamiento de mi hermana, Hannah. Usted puede echar a perder mi vida si en un momento de locura decide que quiere un mugriento sirviente como su esposo. No quiero que eso me afecte. Aléjese o yo lo alejaré antes de que se aproveche de ella. Queda advertido.

Owen notó la rigidez en los ojos de la joven y también en su forma de mirarlo. Ella no parecía tan agradable como la otra, era una fiera que lo atacaba sin razón alguna.

—Milady, su hermana solo es amable porque me encontró. Disculpe si eso la incomoda.

—No me importan sus disculpas, solo manténgase en su lugar y procure irse de aquí lo más rápido posible.

—Sí, milady.

Alethea salió tan rápido como había llegado al lugar, dejando a Owen con más preguntas que respuestas en la cabeza. Ahí estaba la verdadera esencia de una familia de clase alta. Sabía que en esa casa la pobreza parecía ser un mito que desconocían. Lamentaba tener que tragarse su orgullo para replicar y ponerla en su sitio. No estaba con ventaja suficiente para inflar el pecho y ponerse a pelear.

Al día siguiente, en la hora del desayuno, Hannah entró a su habitación con una gran sonrisa.

—Buen día, Bruce. ¿Cómo amaneció? Tiene un mejor semblante esta mañana —dijo Hannah como saludo antes de coger una silla y colocarla junto a su cama.

—Buen día, milady. Quisiera decir que amanecí muy bien, pero anoche tuve una visita. Era tan bella como usted, pero muy maliciosa.

—Si es el gato de las caballerizas, puede disculparla. Le gusta dormir en las camas.

—No, milady. —Él rio al negarlo—. Ha sido una de sus hermanas. Me dijo que me quedara en mi lugar y que no intentara nada para hundir su futuro.

Eso fue como un golpe en el estómago para Hannah. Tragó saliva y comenzó a sentir que algo subía por su cuerpo hasta su cabeza.

—Debió ser Alethea. Hemos tenido conflictos por envidia. Admito que soy culpable de parte de su comportamiento. Le he presumido mis cosas y que será mi turno de debutar.

—No es su culpa. No tiene razones para esconderse. El rico no esconde sus riquezas porque exista gente pobre, no es su asunto.

Alejarnos tendrá que ocurrir, milady. Usted es amable y bondadosa. Prometo pagarle por su tiempo cuando tenga la oportunidad.

Capítulo 12

—No necesito que me pague nada, solo que se reponga. Mientras desayuna puedo continuar con la lectura...

Hannah tenía que tranquilizarse o terminaría corriendo hacia su hermana para darle una bofetada que la volvería superdotada.

—Quiero salir —dijo Owen sorprendiendo a Hannah que colocó su listón entre las hojas antes de cerrarlo.

—¿Necesita que lo ayude?

—Podré solo. Con todo lo que he comido en estos días siento que tengo más fuerzas.

Ella lo vio intentando incorporarse y sonrió al notar que sí podía hacerlo. Era más alto de lo que creía y también más delgado. La ropa bailaba en su cuerpo, pero era lo que podía usar.

El conde de Stern sentía que por fin recuperaba un poco de independencia al estar de pie.

—Iré a preparar un mantel en el jardín para que pueda sentarse ahí a mi lado. Podríamos seguir leyendo o también puedo jugar a las cartas...

—Jugar a las cartas estaría bien... —Él dio unos pasos sin marearse. Era todo un logro que lo ponía feliz.

—¿Está seguro de no querer que lo acompañe?

—Sí, podré salir y preguntaré hacia dónde ir.

La joven asintió y salió con prisa.

—Sarah, lleva un mantel y cartas en el jardín. Estaré ahí con tú ya sabes quien... —ordenó y pasó de largo.

Sarah no pudo detenerla, solo la vio irse.

Cuando Hannah llegó al comedor y vio ahí a Alethea jugando sola al ajedrez, tiró todas sus piezas al suelo.

—¿Por qué fuiste a amenazar a un hombre convaleciente, Alethea? ¿Qué te ha hecho?

Sin perder el tiempo, Alethea empujó a Hannah hasta tirarla al suelo.

—Porque no ves lo inconveniente de tu comportamiento. Es un sirviente y tú estás detrás de él como un perrito faldero. Lo encontraste en la propiedad, pero no es tuyo, ni tienes derecho sobre él y mucho menos obligaciones. En todo caso le pertenece a Daniel.

—¡Es un hombre enfermo! ¡Lo que dices no justifica acusarlo de intentar truncar tu futuro! —Hannah se levantó y la miró con furia.

Daniel, que estaba cerca, vio que las hermanas comenzaban a crisparse de una manera absurda. No las detuvo, solo se quedó cerca a mirar. Le encantaba el desastre y ellas ya estaban arrastrando un problema desde antes. Alethea no podía contener su envidia y Hannah era una provocadora pasiva expresando su felicidad. En verdad no le debía nada a su hermana, pero en esa casa no podían entender eso.

—Pues prefiero que se muera antes de que nos condene a ambas a la tontería. Es un sirviente, ¿por qué lo defiendes tanto?

—Por decencia humana.

—No evitarás que siga insistiendo con que se vaya de aquí. Haré lo que sea necesario para que tu estupidez no me alcance.

—Ves cosas en donde no hay, Alethea. Eres tan frívola y egoísta que no entiendes el sentir de otras personas.

—Me iré antes de que pierda los estribos contigo, Hannah.

—Alethea... —la llamó Daniel antes de que se escabullera.

—No es conmigo con quien deberías hablar, Daniel. Convence a esta tonta de alejarse de un sirviente.

—Yo di permiso para que Hannah lo visitara cuántas veces quisiera —confesó.

—Entonces tú solapas lo que hace. Ella no debería proporcionarle libros a un criado, ¿qué viene después? ¿Amor y matrimonio? ¡Miseria!

—Ven conmigo, Alethea. Hannah, vete a hacer lo que quieras —ordenó Daniel.

Alethea se enfurruñó y fue detrás de Daniel.

Lord Cholmondeley dejó pasar a su cuñada pequeña a su despacho y le señaló una silla. Aquella tomó asiento con ambas manos cruzadas bajo el pecho.

—¿Cuál es el conflicto? ¿Te molesta un sirviente? —cuestionó Daniel.

—Es evidente que no pareces conocer la debilidad de algunas damas hacia los sirvientes y la burguesía. ¿Qué puede verle a un esqueleto andante? Ni siquiera tiene dinero. Me perjudicará. ¿Quién querrá emparentar con la cuñada de un lacayo?

—Bien, este momento debía llegar alguna vez, pero necesito discreción. Esa palabra que no sabes que existe y que deberías incorporar a tu vocabulario.

—No hay forma de que me convenzas de nada. ¿Acaso me dirás que también dejaste de ser interesado?

—Me conoces y sabes que si ayudo a alguien no es por el simple hecho de ser amable. Ese hombre es mi protegido y no quiero que nadie sepa sobre él.

—¿Qué tiene de especial un hombre que huele a cadáver? Desde que él está tenemos más buitres volando sobre la propiedad, lo huelen, lo esperan. ¿No es mejor darles lo que buscan?

—Sobre los buitres tienes razón, pero no son los que vuelan sobre la casa, eran los que estaban matando a lord Stern.

—¿Lord Stern?

—El tipo que está en la habitación de Humbert buscando refugio es el conde de Stern. Está huyendo de su familia que lo estaba matando. El pobre vino a buscar paz y salvación y no que lo increparan de manera irresponsable. No quiere que su nombre salga de aquí y se reparta, haciendo que ellos vuelvan a atacarlo en su momento más vulnerable.

—Un conde, pero si dijiste que era un sirviente.

—Es para que no se hable de él, Alethea. Así como a ti, a muchos otros no le importa la vida de un sirviente. Es la mejor forma de despistar. Haz silencio. Le debes una disculpa a ese hombre.

—Ay, no. Odio pedir disculpas. ¿Me avergonzarás de esa manera?

—Sí. No lo hagas frente a Hannah, ella aún no sabe quién es él.

—¿Sabes lo que estás propiciando?

—Absolutamente. Si se casa con Hannah estará seguro. Además, fomento algo que ella quiere. Me conviene, así esta búsqueda de esposo no se alarga y todos quedamos felices y contentos. Cuando él se recupere, aunque hay una posibilidad de que muera, creo que todo será más sencillo.

—¿Y si ella se ilusiona y él no la aprecia?

—A veces no es tan malo echar un par de lágrimas para fortalecer el espíritu. Aún hay otros peces en el mar, no es el único, pero me agrada, y tú sabes que cuando algo me gusta, lo tengo.

Sabía que debía tragarse sus palabras. Sería horrible tener que pedir disculpas por haber sido clasista. Sabía que ella lo era, al igual que el resto de su familia, que se daban baños de pureza con sus

actos. Daniel era el más impuro de todos. A él no le importaba Hannah, sino conseguir otro hombre para su colección de amigos íntimos.

***

Sarah había cumplido con el pedido de Hannah. Ella ya estaba esperando a lord Stern, pero aquel aún no había logrado llegar hasta ahí. Mientras ella mezclaba las cartas con habilidad.

Lo vio caminar desde el área de los sirvientes. Iba lento y un poco encorvado, pero lo estaba logrando. La sonrisa que ella le entregaba podía partir su cara en dos. Se sentía extrañamente orgullosa de lo que estaba haciendo.

Se levantó para ayudarlo a llegar, pero Owen le hizo un gesto con la mano para que no lo hiciera. Él quería hacerlo por sí mismo.

—Está progresando rápido, Bruce —lo felicitó.

—Veo que es hábil con las cartas.

—Tal vez repartiéndolas, pero en el juego soy una calamidad.

Él se sentó junto a ella con lentitud.

—La propiedad es hermosa, milady. Qué afortunada es al tener una familia tan perfecta.

—Estamos lejos de ser perfectos. Nos toleramos entre todos con virtudes y defectos.

—Eso es mejor que nada. La vida para todos no es igual. Otros lo sufren más y no es culpa de los afortunados.

Pudo notar la tristeza en los ojos de Owen. Tomó su mano sin considerar que eso pudiese ser inapropiado.

—Creo que tiene buenos sentimientos... —dijo Hannah.

Él no quería decir que en realidad nunca los tuvo y que recién hacía poco tiempo supo lo que en realidad pasaba en sus narices y en su propia casa.

—Usted hace que las cosas se vean diferentes, milady.

—No soy una persona perfecta. Peleo todos los días con mis hermanas, al menos con la que vino a decirle tantas cosas. Se las he reclamado y mi cuñado tomará medidas. Espero que la reprenda con fuerza. No creo que consiga una disculpa para usted, pero con que la tengan bajo control es algo que puede beneficiarlo.

—No hacía falta que la delatara. Considero que, dentro de su equivocación, solo quería algo bueno para ella y usted. Ciegamente, esta cercanía entre ambos es inapropiada, milady.

—Ni usted ni yo malinterpretamos esta situación. Soy atenta con usted como lo sería con cualquier otra persona en su condición y usted agradece eso con cortesía. Los dos sabemos el significado de cada cosa.

—Concuerdo con usted...

Pese a lo que Owen había dicho, eso estaba lejos de ocurrir y la mala interpretación estaba a la orden del día.

Pasaron varios días en Cheshire y Owen comenzaba a presentar una salud que mejoraba con el pasar del tiempo. Comenzaba a notarse menos pálido y más rozagante. Además, su cuerpo comenzaba a mostrar signos de una subida de peso. Eso lo ponía contento. Su rutina era simple. Se despertaba a desayunar e iba a hacerlo con los sirvientes. Aquellos eran amables y compasivos. Tenían buena comida y no criticaban su relación con el dueño de casa ni con Hannah.

El señor Sinclair tenía listos muchos papeles que revocaban los poderes que le había dado a su hermano tiempo atrás. Había llegado el momento de tomar acción en su contra.

Su relación con Hannah era lo único que lo mantenía en esa casa por más tiempo del necesario. Se sentía casi recuperado en su totalidad, pero fingía cansancio para que ella siguiera interesada en él. Se daba cuenta de lo valiosa que era esa joven y no quería despedirse de ella. Comenzaba a adorar las cortas caminatas con

ella por el jardín, mientras conversaban sobre libros que le leía. Nunca lo hubiese imaginado antes y si alguien le hubiese insinuado que estaría cerca de un libro sin duda le hubiese dicho que estaba delirante y que eso no ocurriría ni en siete vidas.

Los golpes de la vida habían cambiado al sinvergüenza que era por un caballero que apreciaba las cosas más simples como vivir un día más y compartirlo con alguien como ella.

—Aquí está... —habló Daniel que encontró a Owen en la cocina —. Venga conmigo.

Owen se levantó de su silla y siguió a Daniel hasta su despacho. Ahí estaba el señor Sinclair con una sonrisa.

—Señor Sinclair... —pronunció Owen dándole la mano al hombre.

—Milord, lo veo mucho mejor y espero que se sienta de maravilla con lo que tengo que decirle.

—¿Es algo bueno?

—Muy bueno. Iremos a Londres para poner en orden sus asuntos. Su letrado no podrá seguir llevando nada que le pertenezca. El poder que tenía su hermano desaparecerá de un plumazo. Después podrá buscar una persona de su confianza para darle lo que recupere.

—Esa persona es usted, señor Sinclair. No sabe cuánto le agradezco por todo, seré generoso cuando llegue el momento...

—Ahora deberíamos hablar de Londres... —interrumpió Daniel que se sentó en su lugar y le indicó al resto que tomaran asiento.

—Lord Cholmondeley tiene razón, milord. Debemos ir ahí.

Eso no le sentó tan bien a Owen. Dejar a Hannah no era lo que quería ni esperaba.

—Comprendo... —susurró.

—No tiene que preocuparse por Hannah. Ella sobrevivirá, lo sufrirá al principio, pero tanto usted como mi cuñada saben que hay posibilidades de encuentro en la ciudad. Pronto los alcanzaremos en Londres.

—¿Usted piensa casarla con alguien, lord Cholmondeley? —cuestionó Owen que tenía el corazón en un puño.

—No obligaré a ninguna de ellas. Escogerán a sus esposos. Solo deben respetar los estándares mínimos que acepto para concuñado. Si le da curiosidad, usted cumple con todos. Me gustaría tenerlo de nuevo aquí, en mejores condiciones y con más carne para rellenar esa piel. No quiero darle la razón a Alethea, pero desde que llegó aquí los buitres han estado más activos.

Owen rio ante lo que dijo Daniel.

—Estaría encantado de regresar a por ella y si Dios me da fuerza y me permite concluir mis objetivos, regresaré después de tomar venganza. Necesito enfocarme en eso.

Capítulo 13

Hannah aún no sabía lo que pasaría después de la reunión entre el señor Sinclair, Daniel y lord Stern. Suponía que informarían de cualquier cosa relacionada con la familia de él y las acciones que tomarían.

Su hermana, Alethea se mantenía distante, pero ya no la insultaba. Se miraban de lejos sin mayor inconveniente, eran como un pacto de paz. En todos esos años no habían pasado al ámbito de la violencia física, pero en el último encuentro, algo no estaba bien con Alethea. La notaba triste, enfadada y más solitaria que nunca. Suponía que saber que ella pronto se iría le hacía daño, aunque no era culpable de eso. Su hermana también tendría su propio momento.

Ella vio a lord Stern saliendo en compañía de su cuñado y el señor Sinclair. Él fue hacia la cocina, mientras que el resto se dirigió al salón.

—¿Todo bien con Bruce? —preguntó Hannah, acercándose a Daniel.

—Sí. Tendrá que partir mañana con el señor Sinclair...

Esa noticia la había dejado patidifusa. No podía concebir que alguien que todavía estaba débil tuviese que emprender un viaje tan

largo.

—Pero si él sigue convaleciente, él no puede irse —afirmó Hannah, preocupada.

—Irá en el carruaje y tendrá comida. No te preocupes. Sabemos que lo cuidas mucho. Es tu pequeño proyecto de caridad.

—¿Proyecto de caridad? ¡No es un proyecto de caridad! Qué tonterías eres capaz de decir para jactarte de que sabes todo sobre todos.

—Lo recogiste y lo tienes como una mascota, Hannah. No eres capaz de negar algo así.

—Por supuesto que lo niego.

—Lo alimentas y lo cuidas, eso es una mascota. Admítelo.

—Milord, lo único que logrará es que milady escupa espuma por la boca —advirtió el señor Sinclair.

—Iré a verlo...

—Ve a cuidar de tu mascota. —Daniel siguió metiendo el dedo en la llaga para incomodar a Hannah.

—Eres un tonto. Dile que ese hombre es un conde y no una mascota, y cuéntale todos tus planes con él. Confiesa que ya tienes lleno el lugar del próximo concuñado —farfulló Alethea que había oído el intercambio de palabras con Hannah—. La engañas y te burlas sin remedio.

—¿No disfrutas que me burle de ella? Pensé que te gustaría verla sufrir.

—Lo que haces es engañar a alguien y hacerla tener de su ausencia. ¿No ves que está preocupada?

—No vengas aquí con la cara de hermana preocupada, eres una víbora que es capaz de envenenar a todos a su alrededor.

Ellos siguieron hundiéndose en una discusión con el señor Sinclair como mediador, mientras que Hannah, con el corazón en el pecho, iba a la habitación en la que se hospedaba Owen.

No tocó la puerta, solo entró y lo vio ahí en la cama, sentado con ambas manos unidas, como si estuviese sopesando algo.

—¿Es cierto que se irá a Londres? —preguntó con la respiración pesada.

—Milady... Sí, debo regresar a continuar con lo que tengo que hacer.

Ella no sabía cómo decir lo que pensaba ni lo que sentía. Dio unos pasos hacia él, pero no pudo hablar.

Owen la miraba esperando que dijera algo, pero por su mirada tan transparente, esa que había aprendido a leer en los días que llevaban conviviendo, pudo notar su tristeza y decepción.

—Usted también irá pronto a Londres. Es lo que dijo su cuñado...

En el interior de Hannah se gestaba una gran tormenta. Estaban a punto de separarse y no quería guardar nada en su interior.

—Sí, iré pronto a Londres y ahí espero conocer a lord Stern... —alegó dando una pista de que ella sabía todo.

Lord Stern guardó silencio y bajó la mirada.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Desde que utilicé ciertas habilidades cuando nadie quiere decir nada: escuché detrás de la puerta. Lo supe desde el primer día cuando Daniel solo quiso compartir sus hallazgos con su círculo más íntimo que no incluye a ninguna dama por prejuicios referentes al cotilleo desenfrenado. Sé que no quería que nadie lo supiera, guardé silencio y lo traté como se presentó.

Él se levantó y caminó hacia ella. Colocó ambas manos en los brazos de Hannah y los acarició.

—No quiero irme, pero necesito hacerlo. Debo hacer justicia por lo que me estaban haciendo. No puedo quedarme con los brazos cruzados. Son personas malas y yo no soy mejor que ellos. Solo me di cuenta de que tengo un poco de sentimientos a causa de usted y su cuidado, de lo contrario, seguiría siendo tan apartado de esto como antes. No me siento orgulloso de muchas cosas que hice años atrás, pero era lo que conocía y me hacía feliz. Solo ahora me doy cuenta de que, comparado con la vida a su lado, no conocía la verdadera felicidad.

Los ojos de Owen se cruzaron con los de Hannah y en un momento más sus labios se acercaron a rozar los de ella con calma, aunque con un hambre voraz que ambos querían saciar. Se unieron en aquel instante ideal en el que convergían las tensiones repentinas en sus interacciones y la atracción al fin mostraba su rostro. Para ninguno de los dos había sido fácil fingir cuando sabían que comenzaban a tener sentimientos el uno por el otro.

Cuando sus labios se alejaron, él colocó su frente contra la de ella.

—¿Qué pasará con usted en Londres? —curioseó Hannah que respiraba con agitación después de recibir su primer beso.

—Me concentraré en la justicia, milady...

—¿Y nosotros?

—Pensaré en un «nosotros» cuando la sombra que tengo encima se vaya.

—¿Cuánto tiempo será eso?

—Espero que sea poco. No puedo mentirle, tampoco pedirle que me espere. Cuando volvamos a encontrarnos en Londres podremos saber con certeza lo que pasará. Necesito recuperar mi vida, mi salud y mi cordura para poder continuar con mi vida.

A Hannah le daba miedo no estar en los planes de Owen para continuar en su vida. Al analizar sus palabras se daba cuenta de que un futuro con ella no era tan importante como obtener justicia por lo que había pasado. Comprendía sus sentimientos y su pesar, pero la joven quería ser parte de la próxima vida que él tendría.

El día en que lord Stern debía partir estaba tan nublado como el corazón de Hannah. Antes de que él se fuera, fue hasta la habitación en la que estaba recogiendo solo una prenda. No tenía nada, aunque sí llevaba las monedas que había traído consigo.

—Espero que sea un adiós temporal, lord Stern... —pronunció recostada en el marco de la puerta.

Él le entregó una sonrisa que no llegaba a sus ojos. También estaba triste por esa despedida, pero todo era con un fin.

—Su cuñado dijo que es probable que la vea en Londres. Si nuestros caminos están destinados a cruzarse volveremos a vernos, milady.

—¿Está dejando una decisión en manos del destino?

—Sí. El destino me trajo a usted. Si quiere que nos volvamos a ver buscará la manera de encontrarnos.

—El destino no actúa solo por hacerlo, hay que buscar algo. No vino aquí buscando amor, sino refugio, pero me encontró por casualidad, no por su destino.

—Entonces que la casualidad nos vuelva a juntar, milady. Sé que comprende lo que debo hacer ahora y me apoya. Créame que usted me importa y no quiero herir sus sentimientos por algo que es comprensible.

—Comprendo. Tiene una sed de justicia que espero que una vez que la beba se sienta satisfecho y no busque algo que tal vez le hará daño y le causará más pérdidas que ganancias. —Ella extendió su mano como despedida—. Espero que le vaya bien.

—No es la forma en la que una dama y un caballero deberían despedirse —pronunció sin corresponder a su mano extendida. Él

hizo una inclinación de cabeza y vio que ella comprendió lo que quería decirle. La vio corresponder con una venia. Cuando estaba a punto de irse, Owen fue hasta ella y la cogió entre sus brazos para dejarle un beso distinto al que compartieron antes. Quería que este le quemara los labios para dejar su huella en ellos, para que nadie los tocara jamás.

Hannah correspondió con avidez a su acercamiento. No quería apartarse, pues sentía que esta despedida era definitiva. Lo veía decidido a algo y ella no estaba incluida en sus planes, al menos aún no.

Se aferró a él no solo con su boca, sino también con sus manos cogiendo la camisa de aquel para que no se le escapara. Estaba al borde de romperse. Su felicidad se estaba yendo y ella no podía hacer nada más que aferrarse y disfrutar de esos instantes que solo Dios sabía si pudiesen volver a ocurrir.

—Prometa que no me olvidará, lord Stern —rogó sin soltarlo.

—Lo prometo. Estará siempre presente en mis pensamientos...

El incómodo carraspeo de Humbert los interrumpió y Hannah se alejó abruptamente de Owen.

—Milord, el carruaje del señor Sinclair está a punto de partir. Lord Cholmondeley desea saber si le hace falta dinero.

—No me hace falta nada, Humbert. Cuide a milady —pidió saliendo de la habitación.

Ella lo siguió y lo vio subir al carruaje. Sus miradas volvieron a cruzarse y él levantó su mano para despedirlo.

Daniel se acercó a ella y sonrió.

—Debemos volver a la vida normal, Hannah.

—La normalidad se me hará extraña sin él. ¿Cuándo iremos a Londres?

—¿Por qué quieres saber eso?

—Quiero estar cerca de lord Stern...

Lo que ella dijo había llamado la atención de Daniel. Él no le había dicho nada.

—¿Cómo...?

—¿Cómo lo sé? Pues esconderte en tu despacho no te asegura privacidad. Los oí hablando de él. Sabes que la mitad de las conversaciones son escuchadas a través de las puertas. Tal vez en tu propiedad de Derbyshire las cosas son distintas, aquí no.

—Entonces estuviste fingiendo no saber todo este tiempo. Esperaba que algunas de ustedes me adelantasen en algo, pero no imaginé que esa persona serías tú.

—Cualquiera también lo habría sospechado, pues no hiciste muchos esfuerzos por alejarme de un supuesto sirviente. Si él lo hubiese sido en realidad, no me hubieses dejado verlo más allá de una milla.

—Me has tomado desprevenido, Hannah. Esta vez ganaste.

—¿Cuándo iremos a Londres?

—En unas semanas. Ten paciencia.

—¿Puedes hacer algo para que él tenga la justicia más rápido?

—La verdad no lo sé. Solo sospecho que no será fácil obtener lo que desea. Lo primero es recuperar todo lo que me pertenece y que su hermano se encuentra administrando. No sabía bajo qué mentiras su familia movía los hilos.

—Él me besó. ¿Crees que se casará conmigo?

Daniel se tensó al oír lo que ella había dicho. Aquel hombre la había besado bajo su propio techo, pero él era culpable de eso, por darle tanta libertad a esa dama que se aprovechó de un moribundo.

—¿Por qué dejaste que lo hiciera? Pájaro que come, vuela, Hannah.

—Porque... No lo sé. Responde lo que te he preguntado.

—Tengo esperanza de que lo haga, pero no sé en cuánto tiempo. Su justicia no es como la de los hombres, él busca venganza. Eso puede llevar demasiado. Hay venganzas que no solo acaban con los demás, sino con uno mismo. Si él no quiere casarse contigo, créeme, hay muchos otros peces en este gran mar que es la sociedad.

—El problema es lo que nosotras deseamos. No todos en el mar son lo que deseamos.

—Iremos a Londres y tú escogerás, esperar por él o buscar tu propio camino. Sabes que tus oportunidades disminuyen cada año con cada rostro nuevo en la temporada. Si lord Stern quiere casarse contigo, hará lo posible, pero si no tiene tiempo por sus compromisos con el diablo, tú tendrás que escoger si quieres un esposo que te tenga en primer lugar.

Las palabras de su cuñado en lugar de alentarla la desalentaron de una manera que ella no podía describir, solo sabía que tenía una ínfima posibilidad de casarse por amor. Entendía que no podía cerrarse con la idea de lord Stern, pero ¿qué podía hacer? Su corazón parecía estar ocupado con un inquilino que no pensaba

pagar una renta decente. ¿Le convenía tener esperanzas o abrir su mente a otros caballeros?

Capítulo 14

El camino a Londres fue largo y tedioso para las energías de lord Stern. Lamentaba haber dejado la cómoda habitación de un criado, peor más aún sus lamentos se debían a dejar a Hannah. Sus ojos tan amables y tristes lo despidieron con un sabor amargo para él, porque Owen suponía que debía encargarse de sus asuntos sin ningún retraso ni distracción.

—¿Cuál será su movimiento en Londres, milord? —preguntó el señor Sinclair al verlo distraído con el paisaje.

—Ir al club en donde se encuentra mi buen amigo Johnny. Él me ayudará haciendo que me quede resguardado ahí.

—¿Está seguro de no querer quedarse en casa de lord Cholmondeley como lo haré yo?

—Sí. No quiero que esta gente tome represalias contra algún miembro de la familia de él, en especial a lady Hannah. Quiero mantenerla alejada de este conflicto.

—Creo que a ella no le será fácil mantenerse lejos una vez que venga a la ciudad.

—Lo sé, pero por su seguridad, si ella no puede poner una distancia temporal entre nosotros, tendré que hacerlo yo. No quiero

darle a Charles y a Rowena una forma de manipularme o de hacerme daño al saber sobre el cariño que le tengo. Prefiero que todo quede en silencio hasta que resuelva mis asuntos, son personas peligrosas. Lord Cholmondeley y su familia me han ayudado tanto que jamás podré dejar de agradecer por tanto.

—Si usted hubiese visto al lord Cholmondeley de hace un par de años atrás antes de unirse a su esposa, él mismo lo hubiese devuelto con su madrastra. Gracias a Dios esa familia hizo un milagro con él.

—Lo agradezco, ya que me vi beneficiado con su cambio. Estaré eternamente agradecido. Como compensación me casaré con lady Hannah apenas pueda. Entre nosotros existe algo que no sé si será capaz de extinguirse por los conflictos y tribulaciones que vendrán.

—Espero que no le lleve mucho tiempo obtener justicia. Lo que han querido hacer con usted fue horrible. Salió de ahí a tiempo.

—Por una afortunada coincidencia para mí y desafortunada para ellos. Los amaba, eran las personas más importantes para mí. Podría ser una paria para toda la sociedad, ser un sinvergüenza y tener todos los defectos del mundo, pero eran lo más importante para mí. Esa mujer era la única madre a la que conocía. Pensar en que estuvo fingiendo toda la vida solo hace que mi corazón se endurezca. ¿Hasta dónde puede llegar la ambición? ¿El dinero es más importante que alguien que te ama sin condiciones como un niño al que criaste? La traición es dura y desoladora, mas haré que

se arrepientan y paguen por todo. Primero iré a por mi sirviente, Lester, y después acabaré con mi madrastra y mi hermano, lentamente.

—Debe cuidarse al enfrentarse a ellos. Ya sabe que no vacilarán para matarlo.

—Ellos no saben lo que yo sé. Puedo fingir que me perdí por semanas y que unos gitanos o cualquier otra persona me curó. Tener a los amigos cerca es beneficioso, pero a los enemigos aún más, aunque no volveré a comer lo mismo que ellos nunca más. De hecho, tendré un sirviente que me asegure que todo lo que como es seguro.

—Hasta que ellos mueran deberá tener a ese sirviente.

—No creo que tarden mucho en morir...

Él le entregó una sonrisa un tanto cínica al señor Sinclair.

El letrado sospechaba que las cosas no pintaban bien para el conde de Stern y no porque tuviese algo en su contra, sino que su rencor crecía a medida que se acercaba a su poder. Tener salud y dinero le aseguraba que nadie podría removerlo de su cargo nunca más. Lo siguiente sería asegurar la línea de sucesión con un heredero o con la muerte de su hermano. Juraba que preferiría que cualquier lacayo ocupara su título antes de que lo hiciera la persona que quiso matarlo.

En medio del camino se quedaron en una posada. Ahí les dieron una habitación y comida. Como era de esperarse, lord Stern pidió que la persona que le llevaba la comida la probara. El sirviente del lugar obedeció y después se retiró, entonces Owen pudo comer tranquilo. El temor que sentía de volver a ser envenenado lo perseguía y tenía razones válidas para desconfiar hasta de las personas más amables. Sentía menos miedo de un arma que de los alimentos que pudiesen ser puestos frente a él.

Al día siguiente continuaron su camino a Londres. Una vez que llegaron a la ciudad, el señor Sinclair llevo a Owen hasta la guarida de Johnny, un hombre de escasa reputación que regentaba un club de mala muerte. Era un buen amigo de sus días de juerga, de esos fieles que podrían matar si él tan solo sugería algo similar.

El señor Sinclair miraba con malos ojos el lugar en el que dejaría al conde.

—Por favor, milord, venga conmigo a casa de lord Cholmondeley. Este no es un lugar digno para usted.

—He pasado más tiempo aquí que en mi casa. Este es mi hogar. No se preocupe por mí.

—Vendré a buscarlo mañana. Por favor, milord, cuídese.

—Lo haré, señor Sinclair.

Owen lo despidió y golpeó la puerta. No creía que muchas personas estuviesen despiertas a esa hora, pero esperaría lo necesario.

Una joven le abrió y lo miró como si no lo conociera.

—Soy lord Stern, Kelly. No soy un animal extraño.

—¡No puede ser, lord Stern! ¿Qué le ha pasado?

—¿Me dejas pasar para explicarte?

—¡Por supuesto! —Ella se hizo a un lado y le indicó que se sentase en una de las sillas que aún estuviese de pie. Kelly estaba limpiando el lugar—. ¿Por qué está tan delgado?

—Es algo difícil de explicar. Querían matarme con lo que me daban de comer.

Ella se tapó la boca con una mano para evitar que una maldición escapara de sus labios.

—Johnny sospechaba alguna cosa, milord. Cada vez que iba a su casa, su madre o su hermano, le decían que usted estaba reposando en una casa en un condado, pero nunca dijeron dónde.

—Me querían aislado. No lo sabía. Llevaba un año empeorando mi salud. Mi propia familia fue paciente para matarme, pero ahora necesito a Johnny para mi venganza.

—Iré a despertarlo. Estará feliz de verlo aquí de nuevo.

El conde también estaba contento al regresar a ese lugar que solo le traía buenos recuerdos y lo ayudaba a sentirse fortalecido con una nueva energía, aunque en su pecho sintiera la angustia por la ausencia de Hannah. Debía pensar en el futuro.

—¡Maldito seas, Owen! —exclamó Johnny, un hombre corpulento y de aspecto rudo. Aparentaba mayor de lo que tenía en edad, pero era a causa de su forma de vida.

Lord Adrian Williams, conocido en el bajo mundo como «Johnny», era hijo menor del fallecido duque de Belrose y hermano del actual portador del título. Vivía la vida como deseada y no se entrometía en el mundo social al que no quería entrar porque no necesitaba nada de ese lugar ni de esas personas, era rico por herencia y por algunos de sus negocios peculiares como ese club.

—¡Tú eres más maldito! ¡Debiste salvarme de esa mujer! —expresó Owen que abrazó a su amigo.

—Supongo que cuando dices «esa mujer» te refieres a la bruja de tu madrastra.

—Absolutamente. Fui ciego toda una vida. Intentó matarme en complicidad de Charles. Lester ha sido el encargado de ejecutar la orden.

—¿Lester? ¿Tu sirviente?

—Ese hombre no tiene dios, sirve a Rowena.

—Malnacido... No puedo creerlo. Necesito saber cómo te han dejado en este estado. ¡Kelly, tráele algo de comer a Owen! Algo que comería un batallón hambriento.

—Sí, Johnny —acató la mujer.

—¿Cómo sobreviviste?

—Es una larga historia. Mi otro sirviente, Igor, me ayudó a huir y me dijo que fuese a Cheshire para quedarme con su primo que trabajaba para lord Cholmondeley. En lugar de ir con su primo, la cuñada del mismo conde me encontró siendo picoteado por gansos estando inconsciente. Me acogieron y cuidaron de mí con esmero.

—Espero que no te pusieras salvaje con tu salvadora —insinuó Johnny con una sonrisa ladina en el rostro.

—Milady es tan hermosa que hasta me ha dado vergüenza aventurarme en estas condiciones a besarla, pero lo hice antes de venir a Londres. Debo revocar todo lo que sea de mi hermano,

incluso su herencia. No le dejaré nada, deseo que ruegue por su vida y su dinero para al menos mitigar mi rencor.

—Cuenta conmigo, Owen. Puedo encargarme de Lester. Tengo gente que te solucionará este problema en una semana.

—Quiero que lo traigan ante mí y que ahí mismo lo acaben. No tengo tiempo para la justicia del hombre, quiero venganza y la conseguiré, aunque me desgaste.

—Tómalo como un hecho. —Johnny sonrió.

—También quiero a Igor aquí. Él tendrá lo que le prometí. Premiaré su fidelidad.

—Tengo trabajo que hacer para ti. Me alegra verte. Ahora mi tarea es volver a llenar esa ropa que te queda grande, después podrás hacer más cosas con la cuñada de lord Cholmondeley.

—Por el momento quedará alejada de la escena, porque me preocupa que mi familia pueda agarrarla como punto de ataque. Prefiero estar solo en este enfrentamiento. No quiero que sepan de ella y mucho menos que me ayudó a sobrevivir y que para mí es importante.

—Pues si está en Cheshire no existirá problema.

—Vendrá a debutar. Debe buscar un esposo.

—Si existe algo verdadero te esperará, ¿o no? Así hablan los románticos sobre esto, pero a veces la necesidad puede más que la espera. Es una debutante, no esperes que no quede impresionada con algún joven un poco más corpulento que tú.

—La idea es recuperarme. No sé si ella se sacrificará por mí, de hecho, no lo espero, aunque si llego a resolver mis asuntos a tiempo podré tenerla conmigo. Este juego tratará de ser pacientes. Debo ser más inteligente que los jugadores que están en el mismo juego. Las argucias deben comenzar pronto.

—Cuenta conmigo para todo. Estoy a tu disposición. Juntos como sinvergüenzas que somos.

Kelly regresó después de una hora con algo sencillo que había preparado con cecina, huevos y algunas salchichas. Eso acompañado con una copa de vino. Para poca sorpresa de quienes lo recibieron, Owen pidió que los demás probaran la comida. Kelly no se ofendió. Entendía lo que él había tenido que pasar para sobrevivir. Ponerse dramática solo lo haría desconfiar de las personas que lo querían ayudar de verdad.

De cierta manera, mientras Owen comía, pudo darse cuenta de la preocupación en los ojos de Johnny. Su clásico tono burlón y su picardía estaban ausentes mientras escuchaba con atención los detalles de ese año tan horrible en el que había permanecido postrado. Apenas estaba recobrando el movimiento de su cuerpo.

Sus piernas comenzaban a responder con más agilidad, pero comparando con el hombre que fue, le faltaba mucho para volver a ese caballero atractivo, firme y atlético.

Mientras que él conversaba con Johnny, Kelly preparaba una habitación para que él pudiese quedarse en la comodidad del club. Le servirían lo mejor y, además, comenzarían a cumplir los planes de venganza de Owen. Lo primero era llevar a Lester y a Igor.

Owen descansó en la habitación preparada y recuperó fuerzas para poder enfrentar a su otro rival, alguien que no sabía si estaba o no involucrado con los planes de Rowena. El letrado, el señor Taylor, fue amigo de su padre y probablemente de su madrastra, por lo que presumía que pudiese estar involucrado en algo poco ético solo por el hecho de estar relacionados desde antes de que él tuviese conciencia.

Al día siguiente, Kelly le había puesto mucha más ración de comida con la excusa de que debía subir de peso pronto para que no se le escapara una dama.

Él le había dado una sonrisa antes de disfrutar de un ambiente familiar y tranquilo en el que podía confiarse un poco más.

El señor Sinclair golpeó la puerta cerca de las once de la mañana para que pudieran ir a hacer las diligencias correspondientes, como su representante, tomaría la rienda de la conversación antes de coger el asunto personal y familiar ante el

letrado. Estaba a poco de recuperar mucho de lo que su familia quiso robar.

Capítulo 15

Johnny insistió en acompañar a Owen y al señor Sinclair a casa del letrado. Esperaban poder hacer más presión los tres juntos, ya que él podría mostrarle un arma si no cooperaba. Quería negociar de alguna manera.

Cuando llegaron a la residencia del hombre, fue el señor Sinclair quien tomó la dirección de la situación. El señor Taylor lo recibió y al ver que no estaba solo frunció el ceño. Notó que junto a él estaba lord Stern, hijo de su fallecido amigo.

—Buen día, ¿en qué puedo servirles? —preguntó el señor Taylor con la voz tranquila. A sus sesenta años no parecía que algo pudiera afectarlo—. Lord Stern, llevo tiempo sin verlo. ¿Todavía sigue enfermo?

—Sobre eso quería hablarle. Quiero que me entregue todos los documentos que tenga que acrediten mi titularidad y mi herencia. Suficiente ha sido con que me Rowena y Charles me envenenaran para quedarse con mis bienes.

El señor Taylor palideció ante la acusación.

—He llevado las cosas de su padre toda la vida, no entiendo esta desconfianza...

—Disculpe, señor Taylor, pero como representante de lord Stern, le explico lo siguiente. Creemos que usted ha estado ayudando a lady Stern a realizar poderes irregulares para hacerlo firmar con la premisa de que lord Charles se encargara del dinero —intervino el señor Sinclair.

—¡Eso es un absurdo! No he hecho ningún poder a favor de su hermano. La condesa viuda solo ha solicitado algunas modificaciones propias de su pensión. Si le han hecho firmar algo, no ha sido redactado por mí. Puede ver todos los papeles que tengo y ninguno indica ningún poder a favor de su hermano.

—Esto significa algo peor, son prácticas de mala fe en la que otro letrado está involucrado —dijo el señor Sinclair.

—¿No ha visto lo que firmó, lord Stern? —cuestionó el señor Taylor.

—No puedo decir que ha sido redactado por usted, señor Taylor, pero he firmado por varias guineas en favor de mi hermano. Sé cuánto es el monto, por lo que espero que podamos descontarlo de su herencia.

—¿La herencia de su hermano? De eso queda muy poco. Lady Stern ha ido entregándole partes importantes.

En ese momento, Owen comprendió que el dinero de su hermano estaba acabándose y que querían apoderarse del suyo.

—Su hermano tiene pleno uso del dinero, milord, y lo sabe. No podía negarme a entregarle su parte legalmente.

—Ahora no tengo con qué presionarlo, pero ese no será un impedimento para que tome medidas en su contra. De todas formas, señor Taylor, el señor Sinclair quedará encargado de todo hasta resolver mis problemas con mi madrastra y Charles. Lo que me han hecho no tiene nombre. Si he desconfiado de usted, lo lamento, pero como sé que usted no solo fue amigo de mi padre, tiene una relación de amistad con Rowena, lo que pone en peligro mi patrimonio. No quiero que pase la incomodidad de tener que cortar relaciones por causas legales.

—Es comprensible que perdiera la confianza en mí y que el primero en ser juzgado sea yo. Se hará lo que usted disponga con exactitud.

Con eso, el señor Sinclair y Owen procedieron al retiro de los documentos, así el mismo señor Taylor estaría protegido de la mala amistad de Rowena. Él se encargaría de su pensión y de lo que quedaba de la herencia de Charles, reteniendo la anualidad que le destinaba por ser su hermano. Esa cortesía se acabaría para siempre. Los cortaría en todos los aspectos y los torturaría hasta que se arrastraran hasta acabar con ellos.

***

En Cheshire, la vida para Hannah era diferente. Todo lo que antes la hacía feliz en ese momento le resultaba monótono. Su cuaderno con las rayas de presidiaria volvió a estar vigente, pero en esta oportunidad para recordarle que ella no iba a buscar a cualquier hombre, sino a uno en particular. No le interesaba conocer a nadie aparte de Owen. Por más que Daniel dijera que no cerrara su mente a otras opciones, ella estaba reacia a hacerle caso. Si no seguía a su corazón, sabía que terminaría dentro de un matrimonio que odiaría.

Todos esos vestidos nuevos dentro de su armario solo hacían que sintiera que, pese a que su ida a Londres estaba cerca, parecía más lejos. Las joyas parecían armar un círculo como si hicieran un ritual para que se apresurara a ir a Londres. Hannah quería mostrarle su atuendo a Owen y que él la apreciara. Deseaba que ese afecto que habían cultivado se tradujera en palabras románticas, cargadas de halagos como esas que recibían sus hermanas por parte de sus esposos por más que estuviesen redondas como cerdos. Quería vivir la experiencia completa del amor, no solo un matrimonio en el que tuviese que dar a luz para que un hombre llene las expectativas de un título.

Los días parecían eternos sin darle esperanza de que, de repente, un día, Daniel dijera que partirían, que cogiese lo necesario para ello. En verdad soñaba con ese instante.

Quería volver a ver a Owen por más que recién llevase una semana lejos de ella. Extrañaba su compañía y aún más el encanto de sus besos. Por fin había experimentado lo mismo que sus

hermanas en ese aspecto. Estaba segura de que, al solo probar sus labios, su espíritu se había comprometido para siempre con él. No habría otro caballero que pudiese conquistarla, no lo quería porque ella tenía corazón ocupado por ese hombre roto que, a su entender, no busca justicia, quiere venganza, una que quizá endurezca su corazón y me impida ver lo hermosa que era la vida y le dejara pasar oportunidades que jamás regresarían. Ella no quería ser la oportunidad perdida, sino la aprovechada.

—Milady, lord Cholmondeley pide que toque en el salón —anunció Sarah que entró a la biblioteca en donde Hannah se había metido después de cenar.

—Está bien. No tengo nada mejor que hacer. Al menos me sentiré útil.

—Entiendo que extrañe a lord Stern, pero debería pensar en que pronto irá a Londres a conocer tantos candidatos que este hombre quedará como un pequeño palo en su vida. Estoy segura de que existe más carne en esa ciudad.

Hannah no pudo evitar esbozar una sonrisa de diversión ante la tontería de Sarah. Al menos alguien procuraba sacarla del letargo.

La joven fue al salón en el que estaban sus familiares, claramente divirtiéndose sin ella. De cierta manera, Hannah sentía que no era la mejor compañía para los demás. Estaba demasiado inmersa en su soledad para pensar en otra cosa. Sin que nadie

dijera nada, ella se sentó frente al pianoforte y comenzó a amenizar el ambiente.

Después de unos minutos de tocar como una autómata, Daniel se acercó y se recostó en el pianoforte.

—No hagas tonterías, Hannah. Esta familia a veces toma las cosas muy literal. La tristeza puede llegar a ser mortal —dijo Daniel.

—No sé a qué te refieres —contestó ella sin mirarlo.

—A que no puedes dejar que te afecte demasiado lo que haga lord Stern. No quiero que intentes jugar a probar qué se siente morir. Siempre estás tan aburrida que, lastimosamente, se me ha ocurrido que en algún momento podrías aburrirte de la peor forma.

—¿Te preocupas por mí?

—No. A mí me da igual. Me preocupa Mildred y, en su defecto, mi suegra.

—Ah, era mucho pedir un poco de tu preocupación. Lo más probable es que una abeja se preocupe más por mí que tú.

—Tal vez, pero ese sería el problema de la abeja. En tres semanas partimos a Londres. Sarah irá con nosotros. Ya el año pasado tuvo su experiencia reveladora con Penélope, esta vez queremos caras nuevas.

Daniel se fue sin decir nada más, pero dejando a Hannah con la esperanza llameando en su pecho. No sabía en qué lugar encontrar a lord Stern, mas estar en la misma ciudad era un consuelo verdadero. Solo debía tener paciencia para ir.

Diana, al saber que no iría a Londres, se puso a saltar en un pie. No tendría que arriesgar su trabajo por otra cría malcriada que metía hombres a la casa, mas en este caso el mismo cuñado propiciaba las tonterías de sus cuñadas convirtiéndolas en exponenciales.

Lo primero que hizo Daniel con Hannah después de anunciarle que irían a Londres pronto era que se pusiera a practicar, pues debía explotar su talento musical inscribiéndola en las veladas musicales. Ese sería el mejor escenario para una presentación. Ella terminaría encantando a muchas personas y le daría ventaja. Utilizaría su talento y su belleza para captar candidatos aptos. No quería pensar que ella no podría atraer a lord Stern, pero sabía que él estaría demasiado ocupado lidiando con sus problemas para darle una buena atención a Hannah.

Con el pasar de las semanas, el buen ánimo de Hannah regresó y todos lo notaban. La ilusión de vestir nuevas prendas y de usar joyas se notaba en sus ojos. Sabían que se debía a que algo tramaba, al menos sus hermanas no sabían sobre el secreto del conde y que a eso se debía todo. Sospechaban que ella se había enamorado de un sirviente, pero eso estaba lejos de ser así.

***

Londres...

Owen llevaba dos semanas viviendo en el club de Johnny y se sentía mejor que nunca. Comenzó a ganar peso y se afeitó el rostro. Por fin comenzaba a reconocerse frente al espejo. Este era el verdadero lord Stern, aunque sus ojos demostraban una determinación que antes no existía. Parecían vacíos, carentes de emoción, aunque era previsible después de todo lo acontecido.

—Tengo noticias para ti —habló Johnny, sonriente que interrumpió la lectura de Owen. Aquel había recuperado el gusto por aquello después de su convivencia con Hannah.

—¿Qué noticia?

—Mi sirviente debe estar llegando a Derbyshire. Comenzaremos con lo primero que será traer aquí a tus sirvientes.

—Excelente, quiero ver la cara de Lester cuando me vea ahora.

—Has cambiado. Boxear te ha ayudado mucho, también creo que la compañía de una mujer te haría mucho bien... Como en los viejos tiempos.

—Rechazaré tu oferta. No estoy interesado en tener aventuras ni deslices. Estoy concentrado en algo importante.

—Te estás resguardando para alguien, es tan simple... Escucha, el hecho de que tus sirvientes sean llamados por ti, alertará a tu madrastra y a tu hermano. Me ofrezco para vigilarlos en sociedad. Mi madre estará muy feliz al verme salir de mi cueva.

—¿Tienes ropa?

—Por supuesto que sí. Sigo siendo un caballero después de todo. Solo porque me gusta ser un poco liberal no me quita que tenga buen gusto al vestir.

—Tú serás mis ojos con todo lo que haga lady Hannah cuando esté en los salones, de hecho, quiero que la espíes y no porque desconfíe de ella, sino desconfío de los demás. Tiene una belleza cegadora. Espero que no se te ocurra mirarla más de la cuenta.

—Mujer ajena, mujer prohibida, amigo mío. Hasta los sinvergüenzas tenemos códigos de conducta.

—Ella estará segura si tú estás cerca... Eso me alienta a continuar.

En Derbyshire, uno de los enviados de Johnny llegó a la propiedad en uno de los carruajes que le pertenecían a él. Golpeó la puerta esperando una respuesta.

Dentro de la residencia, Rowena se encontraba haciendo un bordado para distraer su mente de todo lo que ocurría. Owen seguía con paradero desconocido, mientras que Charles trepaba las paredes al tener que frenar sus vicios con el juego.

Lester fue hacia la puerta y la abrió.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó al otro sirviente.

—Tengo un mensaje del señor Johnny para Lester.

El sirviente se quedó atónito al ver que aquel le extendía un papel para que lo leyera. Al abrirlo comenzó a leer.

Lester,

Tengo noticias de lord Stern. ¿Puedes venir a Londres? Trae contigo a un sirviente fuerte, Igor.

Johnny.

Tragó saliva al darse cuenta de que lord Stern tal vez pudo haberse salvado.

—Debo llevarlo a usted y al otro sirviente a Londres —dijo el hombre.

—Aguarde un momento.

Los pasos temblorosos de Lester lo hicieron ir hasta el salón. Su palidez era tanta que, al verlo, la condesa notó que algo no estaba bien.

—¿Qué pasa, Lester? —cuestionó la mujer.

—Es el señor Johnny. Pregunta si puedo ir a Londres porque tiene noticias de lord Stern.

Para ese momento la palidez había tomado el rostro de ambos. ¿Qué sabía Johnny que ellos ignoraban?

Capítulo 16

—Entonces puede que esté con el tal Johnny. ¡Condenación! Debemos retornarlo con nosotros.

—No pide por usted, milady, sino por Igor y por mí.

—¿Igor? Ese mozo tan... —La mujer se sonrojó al recordar al sirviente de su hijastro al que solía observar más de lo necesario.

—Sí, milady. Debo ir a conocer sus necesidades...

—Tu prioridad debe ser mantenerme informado. Quiero que Owen vuelva bajo nuestro control. Tendré que tomar otras medidas, ya que el veneno no funcionó.

—Sí, milady.

Lester hizo pasar al sirviente de Johnny hasta la cocina para que esperara a que Igor y él se prepararan para acompañarlo.

Cuando Igor fue avisado de tal cosa, desconfió y llevó consigo un arma. No confiaba en Lester y tampoco sabía si debía pecar de considerado con el hombre que había ido a buscarlos. Todo podría ser una treta para matarlo, tal vez encontraron a lord Stern y querían eliminar cabos sueltos. Para su buena fortuna era fuerte y ágil.

Después de una hora se prepararon para partir. Subieron al carruaje y emprendieron el camino de regreso a Londres. Los tres se miraban como si cada uno supiese algo distinto sobre la situación. Ninguno hablaba. El silencio era tan denso que podían oírse los latidos del corazón de cada uno.

Aquel fue el viaje más incómodo para aquellos tres sirvientes que tenían los ojos como lagartijas mirándose, aunque no movían ni la boca ni el cuerpo. Mientras los otros dos sucumbieron al cansancio, Igor no lo hizo. Tenía los ojos abiertos, su instinto de supervivencia no lo dejaba confiarse de nadie.

Cuando llegaron a Londres y se detuvieron frente al club, ninguno de ellos bajó. Era de noche y todo el ambiente parecía demasiado festivo. Solo el cochero lo hizo y fue hasta dentro del sitio. Regresó solo después de unos minutos.

—El señor Johnny quiere que vayamos a las afueras de Londres —contó aquel.

—Está bien, andando —repuso el otro sirviente de Johnny. Al parecer el encargo se realizaría pronto.

La desconfianza de Igor se acrecentaba y más al ver que el sirviente que estaba frente a él acariciaba la parte trasera de su espalda, lo que le hacía pensar que tenía un arma. Él también comenzaba a hacer lo mismo, mientras Lester no parecía sospechar

nada. Su rostro de lagarto impasible no le dejaba ver el peligro latente, solo un ojo entrenado se daría cuenta de eso.

Owen y Johnny fueron hasta el sitio del encuentro a caballo. Lord Stern no podía ocultar su emoción al enfrentar a su sirviente. Sería el primero en conocer su ira. Ambos, de pie, con lámparas en sus manos, aguardaban lo inevitable. Al ver que un carruaje iluminado se acercaba, los dos comenzaron a saborear la victoria. Al detenerse frente a ellos, la puerta se abrió y bajaron los sirvientes de ambos.

—Lester, Igor —pronunció Owen en fono firme.

—Es un gusto verlo mejor, lord Stern —dijo Lester, sonriente.

Esa expresión llenó de asco a Owen. Era malo mintiendo y más cuando él sabía lo que estuvo haciendo con maldad y alevosía.

—Lord Stern... —saludó Igor que no bajaba la guardia ante nada.

—Los mandé traer hasta aquí porque uno de ustedes me ha traicionado y pagará las consecuencias... —Owen mantenía expectante el ambiente, pero miró a Igor—. Gracias por salvarme, Igor. Sin ti estaría muerto. Ven a mi lado —pidió mostrándole el lugar.

En ese instante, al ver que Igor levantaba la barbilla y lo miraba con desprecio, Lester entendió quién fue el encargado de ayudarlo a huir.

—Estoy a su servicio, milord.

—Cuéntame, ¿qué han estado haciendo en mi ausencia? ¿Les ha sacudido mi desaparición?

Johnny se mantenía en silencio, pero solo porque esperaba hacer una entrada dramática.

—Me hubiese gustado que estuviese para ver las caras de su sirviente y de sus parientes, milord. Ni siquiera se dignaron a confirmar que había fallecido. Lady Stern se había puesto su ropa de luto... Fue risible, ridículo y mezquino. Sus rostros fueron impagables al darse cuenta de que no estaba ahí.

El ayuda de cámara de Owen comenzaba a temblar. Suponía que nada bueno le esperaba después de oír lo que Igor había dicho. Aquel supo fingir muy bien que no sabía nada del paradero de lord Stern.

—Me hubiese gustado verlo, pero estaba demasiado ocupado intentando salvar mi vida de mi sirviente y de mi familia... —Owen le dio una patada en la entrepierna a Lester y después un golpe de puño en el rostro—. ¡Te di mi confianza y me pagas así, envenenándome! ¡Maldito seas!

Su amigo, Johnny, le tocó el hombro para que no se exaltara.

—Si ya no quieres verlo podemos proceder —propuso Johnny.

—Hazlo. No tengo nada más que decirle, salvo que espero que le sea más fiel al diablo de lo que me ha sido a mí...

—Milord, por favor, perdóneme, fue su madrastra quien me ordenó aquello. ¡Clemencia, lord Stern!

—En mi vida no hay lugar para la clemencia, al menos ya no. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Johnny.

—Me agradaba, Lester, pero supongo que le gustarás más a los peces del Támesis... —declaró Johnny con una sonrisa maliciosa.

—¡No, por favor! ¡Milord, señor Johnny!

Los dedos de Johnny tronaron y el sirviente que había buscado a Lester y a Igor sacó su arma y la colocó detrás de la cabeza de aquel que estaba en el suelo, llorando. Sin mediar palabras disparó, dejando inerte el cuerpo. Después lo cogió para llevarlo y arrojarlo al Támesis.

Igor observó a Owen que no tenía una expresión que demostrara sensibilidad o afecto hacia Lester. Aquel hombre que estaba a su lado solo buscaba venganza y no le importaba el precio.

—Lo merecía —dijo para sí—. La traición tiene un precio y es la muerte. Veremos qué le depara a la mente maestra y al inútil de mi hermano. Igor, gracias.

La mano de Owen se colocó en el hombro de aquel y por un momento Igor pudo ver a su amo, aquel hombre bueno y divertido al que su familia quiso exterminar.

—Él buscó su destino y escogió el lado equivocado. Debió hablar con usted.

—Nunca me fue fiel, porque si lo hubiese sido, jamás hubiese caído. Ahora tiene lo que merece, aunque no los peces, pues comerán basura —alegó Owen.

—¿John ha podido ayudarlo?

—Esa es una larga historia, Igor. El que me acogió fue el conde de Cholmondeley. Me dio todas las herramientas para llegar hasta aquí. Estaré en deuda eternamente con ese hombre y su familia que me han dado comida y cuidado. He sido afortunado y todo gracias a ti. Hice bien en poner mi confianza en tu persona.

—Para mí usted, que me ha dado una oportunidad, es quien siempre tendrá mi lealtad, lord Stern.

—Qué conmovedor. Lo mejor es irnos para que nadie nos vea en una situación sospechosa —interrumpió Johnny para que se fueran—. Mañana te compraremos ropa, Igor. Hay un puesto vacante que ocupar.

Los tres caminaron hacia el otro carruaje de Johnny y se retiraron raudamente del lugar. Lo mejor era que nadie los viese por si acaso. Todo ese lugar quedaría limpio para mañana, como si un traicionero no hubiese muerto.

De vuelta en el club, buscaron una habitación para Igor. Owen no se sentía listo para regresar a su casa, aunque suponía que pronto tendría que hacerlo para enfrentar a su madrastra. Él seguía teniendo el control de su propio dinero y, pronto, el administrador pararía cualquier pedido de salida de dinero. Pronto estarían rogando para que los mantuviera. Si Owen quería que ellos ladraran, lo harían.

Después de que cenaran los tres juntos, Owen contó a Igor las peripecias que tuvo que pasar para llegar hasta Autum Hall y ahí poder estar a salvo de la maldad de Rowena, mientras que su sirviente le contaba lo que había ocurrido una vez que se percataron de que había desaparecido. Tanto Owen como Johnny no pudieron evitar reír a carcajadas ante lo que contaba aquel, era algo tan hilarante y daba vergüenza ajena tan solo al imaginar la escena. Ver a Rowena de negro, descubrir al muñeco de roca y toda la persecución para encontrarlo, algo que no había dado resultado para Charles. Eran una familia que, más que dar risa, daba vergüenza.

Desde que Owen estaba en el club, por fin podía compartir sus viejos hábitos como beber whisky y fumar un poco, solo había dejado a las mujeres, ya que su mente estaba ocupada contando los días para ver a Hannah, aunque fuese desde lejos o al menos saber de ella por otros.

***

Dos semanas después...

El carruaje que llevaba a Hannah, Daniel y su madre había partido rumbo a Londres. En el coche que Edwin les prestó iban Sarah y Humbert.

Hannah no podía ocultar la emoción por lo que le esperaba. Su sonrisa partía su cara en dos. La emoción de participar de las fiestas y de tener la posibilidad de ver a lord Stern acaparaban toda su atención. Su ilusión era conocerlo más en otro escenario distinto a la desgracia, tal como se conocerían la mayoría de las personas de la clase social de ellos. Deseaba la paz de un poco de frivolidad de la aristocracia. Esa experiencia de una danza con una conversación trivial se le hacía atractiva y deliciosa. Comprendía lo que él estaba atravesando, pero su enamoramiento no le dejaba ser tan empática y se volvía egoísta al pensar en que solo quería conseguir su atención, sus besos y su amor.

La condesa viuda miraba que su hija llevaba un par de libros, que ella creía que eran los que le había estado leyendo al hombre que estuvo en Autum Hall.

—En la casa de Daniel hay muchos libros, Hannah —dijo la mujer para llamar la atención de su hija.

—Lo sé, pero quería estos. Son especiales.

—Sí, sabemos que tienen recuerdos de lord Stern —refirió Daniel—. No te hagas muchas ilusiones. Quiero que conozcas a otros caballeros, con más carne si es posible. No queremos que en un día de cacería tengamos que luchar contra el viento para mantenerlo en la tierra.

—Considero que debe estar más saludable si han pasado semanas desde la última vez que lo vi. Haré lo que me pidas para complacerte, Daniel, pero sabes que mi interés está puesto en él.

—Comprendo que tú estés interesada en él, pero tal vez no está interesado en ti de la misma manera. Es un hombre con problemas, ¿entiendes? No estamos hablando de simples inconvenientes o de cuñadas metiches. Hablamos de un crimen...

—Soy consciente y me arriesgaré.

—Daniel tiene razón. A lo que te arriesgas es a sufrir —alegó su madre.

—Un matrimonio conveniente no me dará lo que espero y ahora uno por amor tampoco me dará lo mismo según ustedes. ¿Qué me espera? ¿Casarme con un perro para que me quiera y sea fiel? No puedo vivir así. Al parecer me equivocaré de todas maneras.

—En eso te doy la razón, Hannah. Lo que puedes hacer es evaluar lo que encuentres. No te cierres a otros candidatos. Recuerda que si lord Stern te ama vendrá a buscarte, si ama más su venganza o la justicia, ya sabrás qué puesto ocuparás por siempre en su vida.

Las palabras de Daniel no buscaban hacerle daño, pero sí hacerle entender que se diera su valor para no esperar a alguien para la que nunca será prioridad.

Cuando llegaron a Londres, el señor Sinclair los recibió, pues él, después de ayudar a lord Stern prefirió quedarse a esperar a la condesa viuda y su familia. Le vendría bien un ambiente diferente en las fiestas londinenses.

Hannah vio al señor Sinclair y se acercó a él para saludarlo, aunque tenía un objetivo escondido.

—Buen día, señor Sinclair... —saludó con una sonrisa.

—Buen día, milady. Espero que el viaje no fuese tan pesado para ustedes...

—No lo fue. ¿Sabe algo de lord Stern?

El letrado miró a Daniel que lo saludó con una inclinación de cabeza y después se dispuso a responder.

—Está mucho mejor. Ha tomado el control sobre todo su dinero.

—¿Eso significa que ha obtenido justicia y está libre? ¿En dónde vive? Quiero ir a verlo.

Capítulo 17

—No exactamente, milady. Lord Stern está muy ocupado para atenderla.

Esas palabras del señor Sinclair la hicieron palidecer.

—¿Está ocupado? ¿Cómo va a estar ocupado? Dígame, ¿en dónde vive? —insistió, está vez con el corazón latiendo con fuerza.

—Seré sincero. Él quiere mantener distancia con usted, porque no quiere que se vea involucrada en este asunto que no le compete. Es peligroso y por su bienestar, opino igual que milord.

Eso no era lo que estaba esperando al llegar a la ciudad. Tal vez hubiese deseado algo como un recibimiento amable, unas palabras sencillas que hablaran de distancia y sentimientos, pero se había encontrado con un muro imposible de saltar.

—No creo en eso. Me hará el favor, señor Sinclair, y le dirá a ese malagradecido que se presente en esta propiedad. Nadie hace esta humillación a una dama de la familia Hess. Parezco tierna, pero no lo soy. —Ella alzó la barbilla y continuó su camino hacia la habitación que le indicaría Sarah.

El hombre la miró mientras se retiraba y lord Cholmondeley se acercó a él.

—¿Está metido hasta el cuello en la venganza? —indagó fingiendo desinterés.

—Completamente, lord Cholmondeley. Ha recuperado todos sus privilegios y en compañía de un matón está pensando en hacer cosas poco ortodoxas.

—Es comprensible, yo también lo haría, aunque bien puedo fingir de matón sin conseguir a nadie. Ahora, le pido que cumpla con el pedido de Hannah. Ella tiene razón. Además, necesito que se decepcione de una vez o que lo espere si él le dice que lo haga.

—Es muy arriesgado que lo espere, lord Cholmondeley. El mismo lord Stern me ha dicho que prefiere tener a milady lejos por su seguridad. Teme que en algún momento su madrastra o su hermano sepan que tiene una debilidad y la usen para hacerle daño.

—Tiene razón, pero de todas maneras quiero que se presente y hable con ella. No me enfadaré si no quiere nada. Nunca ha existido un acuerdo entre nosotros para que quisiera casarse con ella.

Aquel hombre asintió. Accedería a hablar con lord Stern para conseguir que este visitara a Hannah y pudieran hablar sobre el futuro, si estarían juntos o no. Había mucho que pensar sobre esa situación, pues el futuro de una joven está a en manos de un caballero que tenía el poder para dejarla soltera o darle una familia.

Acostada en la cama, Hannah recordaba con frustración las palabras del señor Sinclair. Ella no bajaría los brazos sin luchar por lo que creía que era amor. Lo había sentido. Miraba a ese hombre como sus hermanas miraban a sus esposos, lo que significaba que existía un sentimiento grande y noble en su corazón. Ni siquiera podía pensar en que no fuese correspondida. Los momentos que vivieron en Autum Hall fueron reveladores, existía una promesa implícita de regresar y ser felices, pero le daba miedo que quien quisiera eso solo fuese ella.

Durmió durante todo el día hasta que solo la despertaron para cenar. El cansancio por el viaje era brutal. Mientras ella descansó como un bebé, su cuñado había estado haciendo un trabajo de hormiga para conseguir invitaciones. Lord Cholmondeley regresaba con otra cuñada más por casar. Sabía que, de cierta manera, las mejores familias estarían interesadas en emparentar con ellos, pues la familia se extendía no solo en fama, sino también en poder. Los hombres que se adicionaron le daban aún más valor y todos querían una tajada de la bendición. Conseguir a una hermana Hess parecía convertirse en el próximo deporte de la sociedad londinense.

Al día siguiente, las invitaciones no se hicieron esperar. De hecho, Daniel había contestado una que era para una velada musical, lo que le aseguraba mostrar su talento para que las abejas se acercaran a la miel.

Pese a que esperaba que lord Stern, de cierta forma, recapacitara y la buscara, le entusiasmaba saber que sería

protagonista en una temporada social. Eso le daba cierto estatus familiar que podría presumir en el futuro. También, si ella lograba dejar una buena impresión, el camino que Alethea tendría no sería tan difícil de recorrer.

—Prepárate para esta noche, tendrás una velada musical —comunicó Daniel que la vio caminando por el pasillo—. Es la mejor forma de presentarte. Ya estás en boca de la ciudad. Algunos sirvientes de casas importantes han deseado saber a qué velada acudirás. He dado la orden a los sirvientes que indiquen todo lo que pidan de información. Alguien debe ser el afortunado.

—Espero que lord Stern vaya a esa velada musical para verlo, es el único afortunado al que quiero.

—Abre tu mente. Ni siquiera sabes si aceptará tu condición de venir aquí a presentarse ante ti. Puedes sufrir mucho.

—Considero que sufro más al no tener certeza de algo. No sé si puedo aguantar una decepción, pero lo intentaré. Si muero, no le des mi cuerpo a Alethea.

—Ella no debería recoger ningún cuerpo, ni de aves ni reptiles y mucho menos de humanos. Debes mentalizarte. Puede que no te guste lo que encuentres aquí.

—¿Sabes más de lo que yo sé?

—Siempre. Mientras tú vas, yo regreso por cuarta vez.

—¿Por qué mejor no eres sincero conmigo?

—Pienso que lo mejor es que los demás te destrocen y no yo. En ocasiones, se guarda silencio no solo por malicia, sino también por un poco de compasión.

—No necesito compasión, necesito la verdad. Si sabes algo, quiero saberlo.

—Sé lo mismo que tú, pero con un poco más de amplitud. No me corresponde darte explicaciones, espera a lord Stern, si el señor Sinclair logra traerlo, tendrás la mitad de la respuesta.

Ella suspiró y fue a sentarse al salón. Sentía que algo no estaba bien. Pocas veces Daniel daba tantas pistas de algo. Él no acostumbraba a hacerlo, pues le gustaba expresarse de manera sarcástica para que tuviesen que pensar un poco en todo lo mal que habían hecho a lo largo de sus vidas para ser tratadas de esa forma, pero en esta oportunidad, él dio más información de la necesaria. Quizá quisiera evitar su sufrimiento, pero no podía hacerlo, ya que estaba sufriendo por no saber lo que ocurría en realidad.

El señor Sinclair se presentó en el club de Johnny, en donde pidió hablar con lord Stern. Aquel lo recibió con el rostro más saludable y un porte de seguridad que hacía que cualquiera lo notara.

—Es un placer verlo, señor Sinclair, ¿alguna novedad de mis parientes? ¿Sabe si en mi residencia han preguntado por el inútil de Lester?

—Pues su anterior letrado no ha dicho mucho aún. Ellos no se han comunicado, pero no he venido a hablarle de su familia, sino de que lady Hannah se encuentra en Londres.

El corazón de Owen dio un vuelco. Desde la muerte de Lester había olvidado que tenía un órgano que, aparte de mantenerlo con vida, le decía lo feliz que le hacía saber que Hannah estuviese en la ciudad.

—Me alegro de que venga a gozar de las bondades de la ciudad...

—No se alegre mucho, milord, porque lo primero que ha hecho es preguntar por usted. Le dije, en resumen, que usted prefería no verla, pero ella no lo quiso comprender y ha tomado eso como un desafío. Lo ha llamado desagradecido, exige que se presente en la residencia de lord Cholmondeley para que pueda dejarle claro lo que yo le he dicho. Ha sido una situación complicada, milord. Es una dama difícil de tratar cuando algo se le mete en la cabeza. La conozco desde que nació.

Esas palabras lo sorprendían, pues no esperaba algo similar. Consideraba que lady Hannah era una persona más maleable y

sumisa, aunque al parecer la realidad era distinta.

—Ya que Rowena y Charles no han dado señales de vida, iré a verla hoy.

—No le dé esperanzas si no está dispuesto a correr riesgos.

—Lo sé, soy consciente de que esto puede ser difícil, pero deseo verla por más que, quizá, no le dé una buena noticia. Le debo al menos la cortesía de aparecer, porque ella me ha salvado la vida.

De esa manera trataba de justificar su ida a casa de lord Cholmondeley. Por supuesto que esa no era la única verdad, era cierto que estaría eternamente agradecido con esa familia, pero la verdad era que deseaba escuchar su voz, verla y oler su perfume tan encantador.

Cuando cayó la noche, Owen fue hasta la residencia de lord Cholmondeley en un carruaje sin blasón. Era evidente que había planes de salir de fiesta, porque el carruaje del conde estaba preparado fuera de la residencia. Eso acortaría su visita y le parecía perfecto para no extenderse y terminar haciendo tonterías.

Golpeó la puerta y le abrió Humbert, el ayuda de cámara del conde.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó Humbert al abrir.

—¿No me reconoces? Me cuidabas bien en Autum Hall... —pronunció dándole al hombre confundido una pista de quién era.

Los ojos del sirviente quedaron como platos. No podía creer que aquel hombre que, comenzaba a tener un aspecto atlético y muy arreglado sin aquella barba desaliñada, fuese lord Stern.

—¡Lord Stern! —exclamó haciéndose a un lado para que entrara. No podía dejar de observarlo con interés e incredulidad—. No parece el hombre que llegó a Autum Hall.

—Pues esta es mi verdadera cara. Todavía me falta ganar más peso, pero estoy mucho mejor que antes.

—Ni me atrevo a dudar de eso. Considero que todos estarán encantados de saber que está muy bien.

Lord Stern sonrió y fue hacia el centro del salón. Observaba la casa lujosa que tenía frente a él, pero con la diferencia de que eso se sentía como un verdadero hogar, así como había sido la suya antes de enterarse de todo.

El sonido de unos pasos hizo que Owen observara hacia la parte alta de la escalera. Ahí vio a Hannah, que bajaba ataviada con un favorecedor vestido en color marfil con un listón dorado debajo del pecho y unos guantes blancos de algodón que llegaban hasta sus codos. Las joyas eran tan exquisitas como ella, preciosos diamantes discretos y elegantes. Todo en ella estaba en una perfecta armonía.

El contraste entre su ropa, accesorios, cabello y sus ojos era algo soñado. Se acercó al pie de la escalera esperando ser visto.

Hannah bajaba con una expresión de ansiedad, porque sería su primera vez en un salón y eso la desorientaba, más aún cuando le tocaba ejecutar el pianoforte en una velada musical. Esperaba no acobardarse. Cuando levantó la vista vio a un caballero de aspecto arreglado y confiado. En sus ojos tenía la picardía brillando como una lámpara encendida. En un primer vistazo solo había podido notar que era alguien con un atractivo imponente.

—¿Quién es usted? —cuestionó sin ahondar más en su visión.

—¿Unas pocas semanas han hecho que me olvidara? El señor Sinclair dijo que debía venir aquí o sería considerado un desagradecido.

Al oír esas palabras, el corazón de Hannah se retorció. Esa voz, esos ojos, das cabello solo podían pertenecerle a lord Stern. Quería correr hacia sus brazos y que él decidiera besarla como antes, pero se contuvo. Se acercó con duda y sigilo.

—No podría haberlo reconocido si no me hablaba. Se afeitó y puedo decir que le queda bien...

Él no esperó a que ella extendiera la mano, la estiró para poder dejar un beso ahí.

—Milady, es usted la mujer más hermosa de Inglaterra. ¿Será su primera vez en un salón?

—Sí, milord. Será una velada musical. Hay mucha expectativa respecto a la otra cuñada de lord Cholmondeley. Penélope fue un éxito en la temporada anterior y ha pescado un marqués. Se espera mucho de mí —dijo ella abriendo el paraguas antes de tiempo. Sabía que lo que había dicho el señor Sinclair no era falso y tampoco las advertencias de Daniel, por eso Hannah decidió que el juego estaría en función a lo que propusiera el primero en hablar.

Lo que había dicho la joven le dio una punzada de rabia, pero la escondió rápido y bien.

—Espero que le vaya bien. En Autum Hall tuve la oportunidad de oírla, aunque fuese de lejos.

—Sí, lo será. Ahora que estamos en Londres, disculpe mi atrevimiento... ¿Ha solucionado sus asuntos?

—Estoy en ello...

—¿Qué hay de cierto con eso que dijo sobre mantenerme alejada? No creo una sola palabra...

Por un instante Owen cerró los ojos con fuerza para poder explicarse. Le dolía lo que terminaría diciendo.

—Pues es momento de comenzar a creer, milady.

Capítulo 18

—¿Entonces es cierto que no me tendrá en cuenta? —preguntó con la decepción colándose entre sus palabras.

Él carraspeó su garganta.

—No es eso. Ahora tengo cosas más importantes que atender. Quisiera pedirle que me esperara, pero eso sería egoísta de mi parte. No puedo cortar sus alas ni sus oportunidades de un esposo.

—En verdad creí que entre nosotros... —Ella no pudo terminar. Su corazón frágil había recibido un golpe duro. No podía decirle que creía que podía existir amor—. Entiendo que su buena actitud solo ha sido una manera de agradecer que lo salvara. No tengo razones para pensar más allá de eso. Me alegra saber que está ocupado. Esta noche me divertiré con el pianoforte, tal vez conozca a un buen hombre, uno que tenga como prioridad asegurar su descendencia.

Owen se dio cuenta por la mirada afilada de Hannah que él no había utilizado las palabras correctas para referirse a lo que realmente quería decir.

—Si es eso lo que desea es libre de hacerlo. Puedo decirle que será exitosa, pues su talento y belleza juegan a su favor para cautivar a cualquier caballero.

—Sí, utilizaré todos mis artilugios. Fue un placer verlo y saber que está muy bien. Que disfrute de la justicia. —Ella lo dejó ahí y siguió su camino.

No sabía si ella le había facilitado el camino para que se concentrara en lo importante o le había estampado el rechazo en la cara como un pastelazo.

—Oh, lord Stern, se ve bien —saludó lord Cholmondeley que tenía un montón de cartas en la mano.

—Al menos usted me ha reconocido, lord Cholmondeley. Su sirviente y su cuñada casi me ignoran...

—¿Ha visto a Hannah?

—No está muy feliz de verme... —confesó desviando su mirada hacia cualquier otro lugar.

—¿No está feliz de verlo o le dijo algo que no le gustó? Ella tenía muchas expectativas, lord Stern, y no son exactamente con las veladas o los caballeros que, usted y sabemos, comenzarán su ataque. Sabemos lo que vale y que puede perder por algo que quizá no le dé la satisfacción que busca.

—He tomado venganza de mi sirviente y me ha dado satisfacción. Creo que algo se enfrió dentro de mí.

—Quisiera preguntar si ha sido compasivo con su sirviente o no...

—Solo puedo decirle que le encanta pescar en el Támesis y lo hace con sus propias manos. Tal vez mi madrastra y Charles tengan la misma suerte.

—No pierda su vida con esta venganza. Sé que la necesita, pero sabe cuáles son los límites entre la justicia y el crimen. No crea que no empatizo con su dolor, pero también necesita entender que cada acción tiene una consecuencia. Lo que pudo haberle dicho a Hannah cambia su forma de verlo. Ahora no me queda más que esperar a que ella tome el mejor camino y, al parecer, usted no quiere estar en él.

—No es que no quiera. Esto es una guerra que solo puede tener un vencedor y no puedo poner en riesgo la vida de alguien que solo me ha ayudado. Es una dama, no podría defenderse de una arpía como Rowena si esta llegase a abordarla. ¿Imagina lo que puede hacerle al saber que me enamoré de ella? Mi dolor será más grande si la matan que verla casada con alguien que la tiene como merece.

—Ese es un punto a su favor. No creo que alguien sea más merecedor de Hannah que usted. De hecho, lo considero demasiado para alguien como ella.

—No, ella es demasiado para mí que no merezco mucho. Si Dios está de mi lado, no tendré que pelear con nadie por tenerla, porque

sé que será mía.

—Sabe que necesita un heredero, tarde o temprano. Hannah puede dárselo si se decide a priorizar lo que importa. No pierda la oportunidad de tener un buen futuro con una mujer que aprecia y que le corresponde.

—No me haga sentir culpable por tomar recaudos, lord Cholmondeley. Ser vulnerable no está entre mis opciones y su cuñada lo es.

—Ella sabe manejar un arma mejor que usted, se lo puedo asegurar. Debería proponerle matrimonio y enfrentar esto juntos. ¿No le parece que la venganza más dulce podría ser demostrarle a su madrastra y a su hermano lo lejos que quedarán de una herencia al casarse y tener un hijo? Eso corroerá sus almas, es cuestión de que lo considere como una opción. Puede enfrentar esto como desea, pero quedarse sin la mujer que le gusta. Recuerde que cualquiera puede llenar una cama, pero solo una el corazón.

Las palabras de lord Cholmondeley lo habían dejado pensando en el futuro y comenzaba a tener dudas. Pensaba tomar un tiempo para considerar lo que este le había comentado. Por una parte, sabía lo importante que era su venganza, pero no quería dejar pasar la oportunidad para encontrar la felicidad. ¿De qué le servía vivir si la persona adecuada se casaba con otro y él debía conformarse con alguna mujer que le simplemente soportara?

Había tenido una revelación y ese hombre tenía razón y no podía quedarse con esa espina clavada en el corazón. La venganza era importante, pero Hannah lo era aún más. Lo que debía hacer era vigilar que ella siguiera soltera y apresurar su venganza.

Owen regresó al club de Johnny y lo vio en una mesa jugando cartas. Tenía una copa de whisky en una mano, un cigarro en la boca y un par de cartas sin valor alguno.

—No, con esas cartas no conseguirás más que perder tu local si estás haciendo apuestas, Johnny —dijo Owen para llamar su atención.

—Hombre de poca fe. Los imperios no se construyen siempre con las cartas ganadoras, requiere de esfuerzo y mucha prueba y error. —Johnny cogió una nueva carta del mazo—. ¡Maldición y condenación! ¡Maldito hijo de ...!

—¿Más error que otra cosa?

Johnny arrojó sus cartas y después también tiró algunas monedas sobre la mesa.

—Me vencieron hoy, pero no lo harán mañana. Estoy desconcentrado —masculló cogiendo su whisky para después ir hacia otra mesa libre para sentarse con Owen. Una vez sentados, Johnny alzó una ceja.

—¿Qué se te ha metido en la cabeza ahora? Esta noche no podemos matar a nadie, mi sicario está descansando.

—Para tu tranquilidad solo te pediré un pequeño sacrificio...

—Ahí vamos. ¿Me divertiré?

—Tal vez lo hagas. Quiero que te asegures de que lady Hannah siga soltera en cada velada. Sé que tú te ingeniarás para saber quién es ella.

—Espera, ve despacio. ¿Quieres que la siga?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para asegurarme de que seguirá soltera por mucho tiempo más.

—Ajá. En otras palabras, quieres que sabotee a una dama por capricho.

—Sabía que eras demasiado inteligente. Ahora no solo he recuperado el control de todo y me siento mejor, sino que también las argucias han regresado a mí. No puedo dejar que ella se escape.

—Eso se soluciona yendo junto al cuñado para pedirle su mano, así aseguras que sea tuya. No hay método más eficaz que el compromiso.

—Lo sé, pero eso sería hacer público esto y enviar a mi madrastra hasta ella. Temo lo que pueda hacerle si no la cuido. A mí casi me mata, ¿qué no haría con una mujer frágil como milady? Eso me impide acercarme, pero tú puedes hacerlo, solo no la mires con otros ojos, es mía...

—Está bien. Me sacrificaré por ti para ver a mi hermano y a mi madre. El paria aparecerá en los salones sin ser invitado...

—Tienes influencia y puedes conseguir cualquier invitación que quieras, conmigo no funciona que te hagas la víctima, amigo.

—Lo haré porque prometí ayudarte. Prometo que mientras esté en un salón, ella no se comprometerá con nadie.

Owen asintió sabiendo que su amigo no le fallaría. Confiaba en Johnny a plenitud porque era fiel a sus propias creencias y cuando uno no se metía donde no lo llamaban, las cosas siempre salían bien.

***

Después del encuentro con Owen, Hannah fue a refugiarse lejos de él. Ese enfrentamiento dejó claro que él no quería tenerla cerca.

Podría darle mil excusas para que no se juntaran, pero ninguna le convencía. Ella no era ninguna niña inútil a la que cualquiera pudiese manipular. Si algo había hecho bien Daniel era criarlas con dureza, lo que hizo que proactivamente ellas tuviesen piel de caimán, no cualquier cosa podría hacerles daño. Si lord Stern no quería que estuviese en su vida, pues le haría saber con exactitud lo que estaba perdiendo.

Se recuperó del momento agrio que había vivido con Owen una hora antes de salir de su casa. Daniel la vio con la barbilla alzada y supo que algo había cambiado en ella.

—Vi a lord Stern, está muy cambiado —comentó caminando a su lado.

—Tanto que ya lo hemos ayudado y nos da sus agradecimientos con desinterés.

—¿Qué esperabas? Es algo que puede ocurrir. Ayudar a alguien no te asegura ni siquiera el agradecimiento. Lo haces porque nace de ti y no por alguna razón.

—Es cierto. Lo ayudamos de manera desinteresada, pero yo esperaba algo más que solo un gracias de su parte. Lo imaginaba buscándome aquí para decirme que los besos que me dio no fueron solo agradecimiento, sino que eran por amor.

—No menciones esas cosas que pasaron frente a mis narices. Es un desagradecido al aprovecharse de una dama bajo mi techo. Eso es imperdonable.

—No tan imperdonable como haberlo hecho solo por diversión para después alejarme con excusas que ni su caballo más tonto compraría. Tenías razón en que no es el único pez en el mar. Espero que hoy me presentes a cuánto pantalón decente exista en esa velada musical. Prometo conocerlos a todos. Alguno de ellos puede ser tu próximo concuñado.

—¿Puedo escogerlo por ti?

—No, porque quien dormirá con él seré yo y no tú.

—Ese es un excelente punto que no había tomado en cuenta antes, aunque de preferencia debes saber que en algún punto debe agradarme para integrarse correctamente a los otros.

—Sí, por supuesto que sé cómo te gustan los caballeros. Lo tendré en cuenta.

Sabían que su cuñada se estaba burlando de él, pero prefería verla determinada que rendida. Haría exactamente lo que ella había mencionado.

Todos los que estaban en la casa fueron a la velada musical. El señor Sinclair se sentó junto a la condesa viuda y Daniel al otro lado

de la dama, aunque no podía quedarse quieto por mucho tiempo. La gente sentía curiosidad por la nueva debutante. Padres de hombres importantes se acercaban deseando conocer a Hannah, hermana de la anterior sensación de la temporada. Los demás padres de otras mujeres que también debutarían no estaban contentos con la atención que recibía el tutor de la joven, ya que este estaba haciendo un gran trabajo para vender a su cuñada no solo con su talento y belleza, sino también con las familias que se habían derivado de su gestión. El éxito y la riqueza de las hermanas Hess.

Mientras tanto, Hannah esperaba su turno en compañía de jóvenes que ni siquiera la miraban con agrado. La observaban y murmuraban cosas como que ella ni siquiera era de la ciudad y dudaban de su preparación para ser una dama adecuada para cualquier noble. Nadie le hablaba, solo la anfitriona que estaba más interesada en ofrecerle a su hijo que a ubicarla en su lugar. Era cierto que su belleza estaba haciendo parte del trabajo, pero su talento debía hacerse presente. Era una lástima que la única persona que a ella le importaba no estaba interesada en ella.

Ella estaba de pie en la extensa fila de diez damas. Era la novena, pues era una de las recién llegadas a la ciudad y la décima era una cuestión de fe, al menos eso pensaba al verla temblando. Su confianza era nula en sus propias habilidades.

Después de la aparición de la primera dama presentada en el escenario, un silencio se extendió por el lugar y se debía a la presencia de Johnny, a ese hombre llevaban sin verlo al menos seis

años, muchas cosas se decían sobre él y ninguna era buena, desde que se casó y mató a su esposa, que tenía un hijo bastardo, que tenía aventuras con mujeres casadas y que era el dueño de un club nocturno de dudosa reputación.

Capítulo 19

Pese a ser el centro de las miradas, Johnny tomó asiento en el fondo. En aquel lugar vio a su reputada familia, pero se mantenía alejado, ya que no había ido a hacer relaciones sociales, sino a cuidar los intereses de Owen. Los chismes a su alrededor no se hacían esperar. Él no pensaba responderle a nadie si se acercaban, no debía dar explicaciones a la gente por su comportamiento ni desmentiría todo lo que se decía sobre su persona. No necesitaba de la sociedad para salir adelante, era rico y poderoso a su manera.

Una vez que pasó la impresión de que vieran ahí a Johnny, pudieron volver a centrarse en lo importante: los desbarajustes. Algunas de las jóvenes eran un verdadero dolor de cabeza. Al parecer, no era una buena idea buscar esposa en una velada musical. Cuando llegó el turno de Hannah, la anfitriona la presentó y, Johnny, que había estado dormitando a causa de las damas desafinadas, hizo que sus cinco sentidos se pusieran alerta. Estaba ahí por esa mujer y debía cumplir su cometido.

Al verla supo que por algo Owen estaba desesperado para que ella no tuviese algún otro caballero que la cortejase. Sus miedos eran justificados. Era bella y frágil, con un aire de solemnidad e inteligencia. Además, por lo que entendía, lady Hannah Hess debía tener una dote que cualquier quebrado o codicioso quería embolsarse.

Hannah sabía que nadie esperaba nada de ella después de varios espectáculos vergonzosos antes del suyo. Su público no parecía feliz de verla, pero debía lograr el milagro de no matar a nadie. Respiró profundo, dio vuelta la partitura y comenzó con su número musical.

Para la buena fortuna de los asistentes, Hannah fue un bálsamo para sus oídos lastimados. Se sentían afortunados al no tener que sufrir más.

Cuando acabó su pieza, los aplausos sinceros no se hicieron esperar. No eran de consolación, sino que eran de admiración. Ella agradeció con un gesto a todos. Miró a Daniel que asentía con la cabeza y aplaudía a la par que el resto y después lo vio ser interrumpido por una estampida de personas que esperaban conversar con él y solo Dios sabía sobre qué. Por un segundo buscó a lord Stern en la sala, pero no lo vio, no estaba ahí para morirse al ver su éxito y lo lamentaba profundamente. No solo él podría ser vengativo, también ella.

Al acabar todos los números, ella fue junto a su familia para que pudieran conversar sobre la noche. Su madre no paraba de quejarse de lo inútiles que eran las otras y a la vez halagarla por hacer quedar bien a la familia y dejar un precedente para Alethea, aunque esta última no había dedicado mucho esfuerzo a ser buena con algún instrumento o con el arte. Prefería las disecciones y cosas más horrorosas, pero no la culpaba, era el ambiente hostil de la casa lo que la había llevado a ser así.

—Tengo demasiados caballeros que quieren conocerte, Hannah. ¿Quieres empezar con alguno en particular? —indagó Daniel, sonriente.

—No conozco a nadie, en este momento comenzaré a mirar a mi alrededor.

Sus ojos buscaban a varios caballeros y muchos de ellos resultaban ser agradables a la vista, incluso más atractivos que Owen, pero ella no podía decidirse, aunque debía hacerlo. Si no abría su mente a la situación, podría privarse de algo importante.

—Aquel caballero —señaló con discreción—. Parece serio y es guapo.

—Vaya que no me sorprende, se parece a lord Stern —masculló Daniel.

—Lord Cholmondeley, no haga más difícil esta situación, solo concédale a milady lo que ha solicitado —pidió el señor Sinclair.

—Está bien. Ven, Hannah, te presentaré con lord Merton, es un caballero joven y su madre ha deseado que te conociera.

—Entonces hay que ir a por él...

Con un poco de nerviosismo caminó en compañía de su cuñado, mientras observaba a su alrededor. Había cierta expectación respecto a lo que ella pudiese hacer. Sentía que cada paso que daba era seguido por ojos escrutadores.

—Lady Merton... —Daniel saludó colocando su mejor rostro de patriarca de familia. Usaba hasta un tono zalamero que Hannah no le había oído antes—. He traído a mí cuñado, lady Hannah Hess. Ya ha oído cómo se desenvuelve con el pianoforte.

—¡Oh, lord Cholmondeley! ¡Esta joven es un primor! Es mucho más hermosa de cerca. ¡Andrew, acércate, querido! —llamó la mujer a su hijo que estaba cerca y parecía muy avergonzado.

Cuando su madre lo llamó se puso rojo de vergüenza. Él se acercó con una sonrisa nerviosa sin dejar de mirar a la preciosa joven a la que su madre quería presentarle. Se sentía cohibido, pues no estaba acostumbrado a convivir con muchas damas ajenas a su familia. Él se consideraba un ratón de biblioteca, calmado y sin vicios dañinos ajenos a la lectura. Su progenitora estaba buscando incansablemente casarlo con una joven de buena familia que lo sacara de su timidez y, al parecer, encontró a la mujer perfecta y a primera vista no estaba en desacuerdo con ella.

La joven notó que lord Merton estaba más nervioso que ella misma. No parecía ser un hombre libertino y sinvergüenza, era evidente que no era un atrevido y que, esperar que le arrebatara un beso, sería una misión imposible. Un murciélago podría besarla más

rápido que él en cualquier escenario posible. Aparte, no parecía ser del estilo que Daniel buscaba para concuñado. No tenía la picardía llameante en su mirada ni el porte necesario para hacer chistes malos en la hora de la cena.

—Lord Merton, ella es Hannah, mi queridísima cuñada. Su madre y yo hemos conversado sobre ustedes para que se conozcan —dijo Daniel notando la incomodidad de ese hombre. Sabía que él era demasiado bueno y manso para pertenecer a la familia, pero era la elección de Hannah y debía respetarla.

—Es un placer conocerlo, lord Merton —habló Hannah para tomar el control de la situación, porque ya se dio cuenta de que esperar a que él dijera algo sería un error.

—El placer es mío, milady. —Andrew tomó su mano y dejó un beso educado en su mano, dándole una sonrisa tímida como presente al momento de conocerse.

Para Hannah conocer a Andrew era un gran esfuerzo, pero como había dicho antes, debía conocer a todos los pantalones de la ciudad sin importar nada.

Mientras que Daniel se deshacía en halagos inventados hacia Hannah, ella debía lidiar con su candidato. Ni siquiera sabía la razón por la que lo había elegido, aunque suponía que el parecido con lord Stern hizo mucho del trabajo sucio para su elección.

—Mi madre dijo que usted es nueva en Londres. ¿De dónde viene? —indagó Andrew tomando la delantera de la situación, no podía quedarse callado o sería su fin una vez que llegaran a casa.

—Es cierto, soy de Cheshire. Viví ahí desde siempre. Supongo que usted ha vivido aquí desde su nacimiento.

—Mmm... No. Vine a Londres a los catorce años por la muerte de mi padre. Antes vivíamos en Bath. Me gustaba el campo y su tranquilidad. No hay nada mejor que un libro bajo un árbol con la brisa peinando los cabellos.

—También me gustan los libros... —Ella se sintió aliviada al saber que tenía algo sobre lo cual conversar con ese hombre, aunque más que una atracción de pareja, lo sentía como un primo, hermano o amigo. Esperaba que las cosas cambiaran más adelante. Si lord Stern no tenía intenciones de comprometerse con ella, debía mirar con ojos críticos a su pareja.

—Es agradable saber que no solo es talentosa, sino también instruida. Usted ha salvado la noche del desastre que hicieron sus antecesoras y la última.

—Considero que el talento no es para todas. Debo admitir que la pintura no es lo mío, aunque podría defenderme...

—A mí no se me da cazar muy bien. Conmigo alguien moriría de hambre.

Eso que había dicho Andrew le sacó una carcajada musical hasta sonrojarse.

Johnny observaba que la joven se divertía con el más soso de todos los candidatos existentes en Londres. No podía creer lo que veía. Owen tendría un ataque de nervios al saber sobre este hombre. Era un insulto para su vida. No podía compararse con él ni en su próxima existencia. Este no era un verdadero macho, era un caballero considerado y manipulable que vivía bajo las faldas de su madre, aunque eso no le restaba atractivo y fortuna.

Durante la velada estuvo esquivando a su familia para poder espiar a lady Hannah Hess. La joven no se había despegado de aquel hombre soporífero y correcto. Aquel la había acaparado. Conversaban y bebían un poco de vino entre sonrisas de entendimiento y cordialidad.

Cuando se dio cuenta de que no podría hacer mucho quiso retirarse, pero el señor Sinclair lo vio.

—Milord, ¿qué está haciendo aquí? Lord Stern ha dicho que usted no es asiduo a las reuniones sociales...

—Sí, me dan roncha, señor Sinclair, pero lo que me trae aquí es el mismo Owen. Me ha pedido que vigile a lady Hannah Hess, pero parece que se llevará una pésima sorpresa al saber que ella parece muy interesada en lord Merton.

—La verdad es que lord Merton es un joven amable e inteligente que tiene compatibilidad con milady. Al parecer, ella ha preferido permanecer a su lado y lord Cholmondeley le concede sus deseos porque está muy entusiasmado por deshacerse de sus cuñadas.

—Eso no le agradará a Owen. Creo que en cierto punto creyó que lord Cholmondeley era un aliado.

—Le aseguro que lord Cholmondeley también creyó que lord Stern era el indicado para milady, pero ha terminado decepcionado y ahora debe continuar con el plan original: buscar un candidato decente.

—Una decente y respetable está bien, pero ¿él? —inquirió refiriéndose a lord Merton—. Es demasiado decente y respetable al punto de ser repulsivo.

—A lord Cholmondeley tampoco le gusta, pero está haciendo un esfuerzo para encontrarle algún defecto que pueda hacerlo caer del pedestal de la perfección.

Después de conversar un poco más con el letrado, Johnny prefirió retirarse. Había visto suficiente. Estaba aburrido de recorrer y cansado de escuchar múltiples versiones sobre su vida. Regresó al club y al entrar a su despacho vio a Owen sentado en un rincón en el que la lámpara no iluminaba bien.

—¿Cómo fue la noche? —preguntó Owen con rapidez.

—Mal para ti y mal para mí.

—¿Qué significa lo que acabas de decir?

—Seré breve. Tu musa encontró a una tierna liebre en los salones. Lord Merton es el elegido de la noche, el gran protagonista, el que tiene el odio de media población masculina por estar al lado de la mujer más bella.

—¿Merton? ¿Merton? ¿Estás seguro? Él ni siquiera sale de su casa. Es asiduo a un club de lectura y parece más un obispo que un noble.

—Sí, sé que suena humillante para ti que eres un libertino que ama los excesos y a las damas interesantes. Por el momento, él está llevando la delantera. Creo firmemente que conquistará a lady Hannah. Ella se veía cómoda a su lado. No quiero ser ave de mal agüero, pero deberías considerar si esto es lo que quieres. Escucha, ellos tendrán hijos hermosos, inteligentes y talentosos. Milady ha sido ovacionada esta noche. Fijaste tus ojos un poco algo, Owen. Es momento de observarte a ti mismo y saber cuáles son tus limitaciones.

—¿Te rendiste? Apenas empezamos, Johnny. No puedes dejarme ahora en esta situación solo porque te cae bien lord Merton.

—¿A quién no le cae bien? Falta que alguien ponga una estatua suya en Saint James. Puede que esta partida la tengas perdida. Todavía tienes tiempo de ir a rogar clemencia en casa de lord Cholmondeley y hazlo antes de que acepten al encantador concuñado. Ese debería se tu lugar, solo es cuestión de ponerte los pantalones e ir a reclamarlo.

—Necesito dejar de esconderme y enfrentar mi vida. Quiero hacer miserable la existencia de Rowena y Charles, pero para eso necesito que vengan a Londres y no lo hacen aún. Se nota que no extrañan a Lester, de hecho, yo tampoco lo extraño. ¿No has pensado que lord Merton puede alimentar a los peces?

—Ni lo pienses. Iré al infierno si lo hago.

Capítulo 20

Hannah se sentía exhausta después de su primera noche. Una vez que se despidió de lord Merton, suspiró y fue hacia el carruaje. Daniel la ayudó a subir y se sentaron para comenzar el viaje de regreso a la residencia.

Se quitó los zapatos sin elegancia y se masajeó los pies.

—¿Acaso quieres matarnos? El carruaje es cerrado, Hannah —masculló Daniel.

—Mis pies están perfectos, Daniel, solo estoy cansada y los siento hinchados.

—Es porque estuviste por todas partes con ese hombre que parecía tener lagartijas en el pantalón para no quedarse quieto. ¿Qué te pareció lord Merton?

—Es un hombre agradable, sin discursos grandilocuentes. Es algo inesperado y la he pasado bien.

—Supongo que eso es bueno, ¿no es así, Daniel? —preguntó la condesa viuda.

—No lo sé, mi querida suegra. Si no tiene mayor efusividad de la que muestra, lo llevaré al bosque y lo dejaré abandonado. Si es

inteligente regresará a su casa y si no, pues los lobos tendrán algo que comer.

—No pondrías ese tipo de pruebas a Robert o a Edwin

—Porque ellos podrían salir sin problemas de cualquier situación, en cambio, lord Merton es...

—Di un defecto —requirió Hannah.

—Su defecto es no tener defectos. ¿No te parece sospechoso que un hombre de veintiséis años quiera casarse, no tenga vicios y que sea tan arreglado? Algo es definitivamente extraño.

—Sí, por supuesto. Es un hombre que no ha salido de una coladera como tú o Edwin, ¿no es así? Eso es lo que te molesta. No digo que lord Merton sea el hombre de mi vida, pero por si llegara a serlo, es mejor que te acostumbres.

—Pues si quiere formar parte de esta familia, deberá demostrar que puede integrarse a nosotros. No querrás verlo retraído en las reuniones familiares, siendo el hazmerreír de todos por parecer que le ha comido la lengua un ratón. Debe parecer un hombre, Hannah, no el ridículo de una dama para estar colgado de su brazo todo el tiempo.

—Tú eres el ridículo de Mildred y nadie te dice nada —lo reprendió.

—Pero sé defenderme en las reuniones familiares. No me hagas barrer el condado con este pelele. Me gusta más lord Stern.

—Ajá. Lo malo es que no me quiere, Daniel. No basta con tu amor por él. Me ha dicho claramente que prefiere ser alguien libre para vengarse de la gente. Pues que se vengue de todo lo que crea necesario, yo conseguiré un buen esposo y se lo restregaré en la cara.

—¿Piensas que celará de alguien como lord Merton?

—A ti no te agrada porque no tiene defectos, ¿qué crees que hará lord Stern? Piénsalo, resultará para que al menos se renueva incómodo en su asiento.

Daniel no quería aceptarlo, pero lord Merton no encajaba con su ideal de familia política extendida. Lord Stern estaba desperdiciando una gran oportunidad de ser un caballero respetable con apoyo incondicional en el círculo que habían formado con los otros dos nuevos miembros de la familia. El candidato de Hannah no era malo, pero era demasiado perfecto, la gente debe equivocarse para progresar, si no lo hace, nunca sabrá lo que es fracasar.

Ella bajó del carruaje con ayuda del señor Sinclair y fue caminando con las piernas abiertas y no como una dama convencional. Para haber sido su primera noche fuera, se sentía destrozada en los pies. No imaginaba un baile, se quedaría sin ellos.

Sarah entró en la habitación detrás de ella y comenzó a sacarle las medias.

—¿Cómo ha sido su noche, milady? —curioseó Sarah, pícara.

—En la música he sido un éxito. Fui la única que pudo interpretar bien el pianoforte. A veces los demás, sin querer hacen quedar como estrellas a otros por verse más incapaces. He brillado porque las demás no han sabido hacerlo.

—Eso es estupendo. ¿Y qué me dice de los caballeros? ¿Lord Stern no recapacitó?

—No. No fue. Tenía la esperanza de verlo, pero eso se desvaneció después de un rato, aunque conocí a un conde.

—¿Cómo es? Espero que sea atractivo como todos los demás miembros de la familia.

—Sí, lo es. Por un lado, me entusiasma pensar que tengo opciones, pero es una pena que conociera primero a lord Stern, ya que pienso en él con frecuencia. Esta noche pude distraerme con lord Merton hablando de libros. No he sentido algo que me indique que es el hombre que necesito. Es amable, atractivo y rico, mas algo falta o tal vez eso que falta se lo di a lord Stern. Tengo que comenzar a olvidar a ese hombre, pues si no lo hago desperdiciaré buenas oportunidades o terminaré soltera. Debo pensar con frialdad,

es mi futuro el que está en riesgo. Ahora soy la sensación de la temporada; sin embargo, con el pasar de los días iré perdiendo valor y otra dama aprovechará mi caída de la misma manera en la que la he aprovechado yo esta noche.

—Usted es la más pensativa de sus hermanas, aunque todos dijeron que era la más sentimental que nunca podría tomar una decisión.

—La situación obliga a volverse correosa. Podría ser sentimental y morir de amor por lord Stern. ¿Qué ganaría con eso? Él no me busca sabiendo que quiero estar a su lado. Me quedaré sola, entonces, debo aprovechar la gracia de Dios en forma de pantalón. Lord Merton es alguien con quien he comenzado a entenderme mejor. Ciertamente, Daniel tiene razón en que le falta un poco más de picardía en la vida, no fueron sus palabras textuales, pero a lo que me refiero es que la perfección da nervios. No espero que él esté a mi altura, yo debería estar a la de aquel. Al pensar en que tal vez no sea ni siquiera un porcentaje de inteligente en comparación a este caballero, puede comenzar a ser una carga difícil de llevar.

—Lo mejor es hacer que este conde se equivoque para que usted no se sienta inferior e imperfecta. ¿Qué puede significar una pequeña equivocación en el mundo de un hombre perfecto?

—Quizá signifique más de lo que podríamos imaginar. Para quien no está acostumbrado a perder, un error puede ser brutal o muy frustrante. Daniel me ha preparado tantas veces para el

fracaso, que pequeñas cosas me hacen feliz. Las expectativas comienzan a ser reales y no tan altas que duelen...

Sarah continuó cambiando a la joven hasta que la arropó para que esta se durmiera.

Lejos de desear dormir, Hannah rememoró lo que le había acontecido ese día, no solo con lord Stern, sino con lord Merton y su principio en los salones. El éxito le sonreía, mientras ella se lamentaba por un hombre que, de cierta forma, solo estaba agradecido por haber sido salvado y devuelto a sus raíces.

Él estaba persiguiendo otras cosas diferentes a lo que ella esperaba y Hannah sabía que no podía esperarlo. Si un caballero no se decidía en el acto, no había mucho más que hacer. La envidia por tener a su lado a un hombre que al menos se pareciera un poco a sus cuñados, se hacía presente. Estaba lastimada al saber que el conde de Stern prefería una venganza a un buen amor que ella le ofrecía. Entonces a Hannah no le quedaba más que priorizar su futuro y de paso el de Alethea, aunque sabía que ahí no había mucho que hacer.

A la mañana del día siguiente, Hannah se desperezó después de una noche en la que había descansado poco. La planta de sus pies todavía ardía por haber permanecido de pie durante mucho tiempo, pero de todas maneras se obligó a comenzar el día.

Cuando llegó a la planta baja, Humbert tenía una bandeja llena de correspondencia. Le dio curiosidad al ver algo así. Por lo general nunca llegaban tantas, ni por más que una multitud se hospedara en cualquiera de las casas de la familia.

—Buen día, Humbert, tengo curiosidad...

—Buen día, milady, ¿qué se le ofrece? —preguntó Humbert que se detuvo para oírla.

—¿De qué son esas cartas?

—Son varias, milady. Desde invitaciones a eventos sociales hasta pedidos de visitas por parte de los caballeros a los que, claramente ha impactado la noche pasada.

—¿Tantos? Ay, no puede ser. ¿Crees que Daniel me obligará a salir con todos los que le envíen cartas?

—No, pero sí con los que él crea convenientes. Lo oí diciendo que quería reducir su lista a menos candidatos, a los que le agradaban, ya que lord Merton es buen candidato, pero le falta menos ingenuidad.

—Lord Merton es perfecto, no sé qué problema tiene con él. Es cierto que hablando de forma sentimental no se acerca a lord Stern, pero es mucho más amable y empático que este último. Lo más probable es que termine casándome con lord Merton.

—Todavía tiene a varios por conocer. Le llevaré esto a milord.

Ella siguió al sirviente y entró detrás de él al despacho de Daniel. Aquel estaba sumergido en una nube de humo, mientras leía cada carta que le había llegado antes de las que tenía Humbert.

—Han llegado más, milord —avisó Humbert frente a su amo. Dejó la bandeja en el escritorio y se alejó unos pasos.

Los ojos de lord Cholmondeley se dirigieron a su sirviente y después vio a su cuñada que se tapaba la nariz.

—Abre las ventanas, Humbert —pidió Daniel antes de que alguien se desmayara—. Siéntate, Hannah. Tú y yo hablaremos un rato.

La joven lo obedeció, mientras, con sus manos que usaba como abanico, intentaba alejar el humo de su rostro.

Cuando Humbert se retiró, ella se removió en su asiento esperando que Daniel dejara la pluma en el tintero para darle atención.

—Dime... —pronunció la joven, ansiosa.

Al escuchar su voz, Daniel dejó lo que estaba haciendo y se dispuso a hablar.

—Todas estas cartas son de familias que esperan conocerte. Estas otras invitaciones a bailes formales con adjuntos presentando a alguno de sus hijos. Al parecer, haber tocado el pianoforte te ha dado la ventaja y el mote de ser: la adecuada. Respondo a algunos con aceptaciones para que te inviten a un paseo o una tarde de té.

—¿Y qué hay de lord Merton?

—De todos los grandes peces del mar, ¿quieres al más tonto de todos? —Él sacó una carta del cajón de su escritorio—. Esta es de ese hombre y quiere una visita contigo. No sé qué le has visto. Si aceptas quedaré decepcionado. Aquí tengo duques, marqueses...

—Gente que encaja en tu ideal, que te agrada, que se derrite en la imperfección.

—Ajá. No pudiste haberlo dicho mejor que yo. La perfección me da a pensar muchas cosas, Hannah. Puede ser un futuro viudo empedernido, un asesino, un ladrón o, lo peor, puede ser un pésimo cazador. No, no podría tolerarlo. No me someterías a eso, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Sería la manera perfecta de cobrar los castigos de años, ¿no te parece lógico?

—Oye, Hannah. Mis temores son fundamentados en mi desconfianza y siempre tengo razón. Estoy respondiendo las cartas

más importantes y comprometo tu tiempo. Tus pies dolerán como los de Penélope, prepárate.

—¿Le responderás a lord Merton?

—Sí, lo haré. No soy ningún maleducado.

—¿Entre todas no ha llegado algo de lord Stern?

—Lastimosamente no. Deberías olvidarte de él y ver lo que tenemos. Tienes un buen progreso. Los hombres vienen como pájaros a las semillas contigo. Están encantados con una dama talentosa y bella.

—¿Y si no puedo escoger?

—No, no y no. No quiero tener que escoger. Ya tuvimos ese inconveniente el año pasado. También te recuerdo que conversamos sobre los matrimonios arreglados. No funcionan para ustedes.

—No pensaba arreglar ningún matrimonio, es solo que no sé si alguien puede agradarme suficiente para casarme.

—El que menos te desagrade, ese es el indicado. También tendré el mismo criterio, espero que no me desagrade. No me culpes si no te invito con frecuencia a casa si tu esposo no me agrada.

—Es comprensible. Es una lástima que lord Stern prefiera estar ocupado con tonterías.

—Esas tonterías que dices casi lo matan, está en su derecho.

Capítulo 21

Los días pasaban para Owen en la guarida de Johnny. Igor ya estaba vestido como lo que era: su nuevo ayuda de cámara. Sus años como mozo habían acabado.

Mientras desayunaba en la mesa, Johnny se sentó junto a él y se sobó las manos.

—Tengo algo importante que contarte... —anunció con malicia.

—Dime... —Owen dejó sus cubiertos de lado y miró a su amigo con atención.

—Han vuelto a Londres y están en tu residencia.

Eso captó el interés total de Owen. Había llegado el momento de enfrentar a la gente que le había hecho tanto mal. Se sentía fuerte, con ganas de acabar con este asunto de una vez por todas, pues dentro de sus intenciones estaba solucionar el pequeño inconveniente que representaba lord Merton en su camino al corazón de Hannah.

A sus oídos había llegado la terrible noticia de que ese hombre frecuentaba la casa de lord Cholmondeley como si no tuviese un techo propio donde refugiarse. Además, sabía que el conde había

puesto a Hannah en el mercado matrimonial sin exclusividad, por lo que siempre había gente entrando y saliendo de aquella propiedad. Los interesados en ella eran muchos y Owen sentía que cada día perdía un poco más de su vida pensando en la joven sin poder acercarse como quería.

—Ha llegado el momento de actuar... —declaró con determinación—. Han llegado a tiempo, cuando la paciencia comenzaba a agotarse.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—Ir a mi casa, pero no comeré ahí. Veremos si caen en su propia trampa. Consigue veneno para mí, Johnny, no uno simple como el que usaron en mí, quiero que Rowena muera lo más pronto posible. Tengo cosas más importantes que hacer antes de que Hannah termine casada con este idiota o con otro que me supere por mucho en dinero y prestigio.

—Te he dicho que lo mejor que puedes hacer es comprometerte con ella y pedirle a lord Cholmondeley que no se lo diga a nadie todavía, aunque no sé si querrá que su cuñada se comprometa con un futuro asesino. Sería muy extraño que tu madrastra muriera tan pronto...

—Para nadie que conozca mi situación podría resultar extraña su muerte, lo merece. Lo mejor es que muera envenenada de la misma forma en la que pensaba matarme.

—¿Les dirás directamente lo que sabes o jugarás al papel de tonto?

—Me conviene fingir afecto por ellos, pero no sé qué tan creíble pueda ser. ¿Crees que pueda tener una buena explicación para haber dejado la cama de un día para otro en Derbyshire?

—Debes pensar en una buena excusa.

—No se me ocurre ninguna, pero pensaré en algo sobre la marcha. Ellos no pueden ser mejores actores que yo, aunque creo que Rowena actúa muy bien, siempre pensé que me amaba como si fuese un hijo, nunca hizo diferencias entre Charles y yo. A veces creo que todo esto es mentira y que ella sí me ve como a su hijo y no como un problema del cual deshacerse.

—Esa víbora no tiene corazón. Sigue adelante y apresúrate o lady Hannah se irá en los brazos de otro.

Sin perder mucho tiempo, Owen terminó su desayuno y después se dirigió a su residencia en compañía de Igor.

Una vez que estuvieron frente a la casa, Igor golpeó la puerta y esperaron. El mayordomo al ver a lord Stern le entregó una sonrisa.

—¡Oh, milord! Se lo ve muy bien —saludó el hombre con entusiasmo.

—Sí, la última vez que nos vimos no tenía el rostro más saludable de todos —musitó un poco estoico y desconfiado.

—Su madre llegó ayer por la noche en compañía de su hermano. Me han preguntado por usted y Lester, pero le hemos dicho que no los hemos visto aquí desde que se fueron a Derbyshire.

—Olvidé decirle que fue a otra propiedad. Sobre Lester no he sabido nada en mucho tiempo.

El mayordomo lo acompañó hasta el salón en donde Rowena, al verlo, se puso de pie de un salto.

No podía creer lo que veía. Ahí estaba Owen, imponente, con esos ojos verdes perturbadores que en ese instante parecía más helado que la nieve.

—¡Querido! ¿Dónde has estado? —Ella corrió para abrazarlo.

Owen, incómodo, tuvo que soportar la cercanía de aquella víbora.

—Tuve que salir de imprevisto de Derbyshire... —respondió queriendo alejar a la mujer de él.

—¿Qué imprevisto podrías haber tenido para burlarte de mí con ese falso Owen hecho de tu ropa?

—Fue un chascarrillo, madre. Usted sabe. Tuve un asunto urgente que atender con Johnny, era un problema de faldas. Ni la muerte podía hacer que dejara a una dama sin mi compañía.

—Veo que te has recuperado, cariño. Estoy tan feliz por eso. —Rowena no podía decir lo que pensaba. Él estaba ahí y las oportunidades de deshacerse de él aumentaban con el paso de las horas.

—Sí. El médico dijo que fue un milagro. ¿Usted qué piensa, madre?

—Que lo es, Owen. ¿Y dónde está Lester?

—¿Lester? No sé nada de él.

—Pero tu amigo, el tal Johnny, pidió que él junto a este sirviente —señaló a Igor—, se reunieran contigo.

—Disculpe, milady, pero Lester dijo que prefería buscar otras oportunidades cerca del Támesis —declaró Igor.

Lord Stern quería reírse, pues entendía lo que Igor quería insinuar, pero no podía, debía mantener la compostura.

—Eso es extraño. Llevaba años en la familia... —Rowena estaba desconcertada. Lester era el único que tenía acceso directo a él.

¿Cómo podría matarlo de forma silenciosa?

—Igor es mi nuevo ayuda de cámara. Es un sirviente de plena confianza.

—Era un mozo, ¿qué sabe de servir a un lord?

—He sido bien educado, milady. Puedo ser muy útil para milord.

—Es por lo que lo he ascendido a mi lado, es mi mano derecha.

La mujer levantó la ceja para observar al sirviente con una impecable librea.

—Tú sabes lo que haces. Tu hermano estará feliz de verte. Iré a despertarlo para que te salude. Ordenaré que preparen tu habitación, cariño.

—Gracias, madre.

La dama se retiró hacia las habitaciones y Owen se giró para mirar a Igor.

—Es una gran actriz, milord.

—Sí, sabe hacerlo bien, pero no puede disimular que te ve con otros ojos. Tú puedes ser de gran ayuda. Estoy seguro de que intentará que me traiciones.

La madrastra de Owen subió a la habitación de su hijo y entró sin tocar. El sitio estaba oscuro, por lo que corrió las cortinas para que entrara la luz.

Charles comenzó a gruñir como si se desintegrara.

—Levántate, Charles. Owen está en la casa —avisó la mujer para que aquel pudiese reaccionar.

—¿Todavía no se ha muerto? Esto ya es un poco largo.

—Pues esta es nuestra oportunidad de tomar ventaja de la situación de tenerlo aquí. Solo que Lester no está. Dicen que se ha ido. Al menos no nos ha delatado. Tenemos que buscar otra forma de matarlo, algo que nos permita tener el control de todo lo antes posible.

—Sí, necesito dinero. Las apuestas con el aire no van. Quería vender a Káiser, el caballo de Owen para que me dieran algo bueno, pero él se había llevado ese. Era el más valioso de todos.

—Piensas en un caballo cuando tenemos cosas más importantes que pensar. Envenenarlo será difícil, pero no tanto, solo hay que convencer a Igor. ¿Qué puede saber ese ignorante sobre lo que come un conde? Le diremos que lo que pone en la comida es un condimento.

—¿Por qué no contratamos a un sicario, madre? Eso es más rápido.

—Lo sé, pero sería sospechoso. Podríamos conversar con el letrado para saber qué opciones tenemos para acceder al dinero. Volvimos porque nos hemos quedado sin recursos, pero solicitaremos más, solo que dudo que Owen firme algún papel. Se ve saludable y eso es preocupante. No veo que algo pueda afectarlo.

—Por eso es mejor contratar a alguien.

—Lo pensaré. Utilizaremos eso si el nuevo ayuda de cámara no nos ayuda, no creo que sea difícil convencer a un lacayo. Ahora, levántate y haz el papel de hermano feliz y comprensivo. Necesitamos dinero.

—Sí, madre.

Con poca predisposición, Charles se preparó para bajar y saludar a su hermano. Interpretar el papel de hermano menor que adoraba al mayor no se le dificultaba, porque de cierta forma habían crecido muy unidos.

Aquel bajó las escaleras con pasos largos y se acercó a abrazar a Owen, que casi ni respondió a su acercamiento, pero sabía que debía fingir por su seguridad.

—¿En dónde has estado todo este tiempo? Han sido semanas de preocupación. Salí con los sirvientes a buscarte cuando desapareciste. No vuelvas a hacer eso, nos preocupas mucho, Owen. Además, estabas enfermo.

—Estuve haciendo cosas de caballeros, hermano. Perseguir faldas es lo que me ha mantenido con vida. ¿Cómo has estado? —respondió para saber qué tenía que decir Charles.

—Las cosas no andan tan bien, ya sabes, a veces la suerte no sonríe en el juego ni en el amor. —Charles le entregó una sonrisa antes de alejarse un poco.

—¿Te falta dinero? No te preocupes, hablaré con el letrado, el nuevo —comentó Owen refiriéndose al señor Sinclair.

—¿El nuevo? —curioseó Charles. Eso resultaba poco inconveniente para él y su madre.

—Sí, he tenido que buscar a otro letrado por asuntos de conveniencia. El que tengo ahora puede viajar conmigo en donde quiera.

—Ah, eso es estupendo.

—¿De qué hablan mis preciosos hijos? —interpeló la condesa que se acercó para abrazar a los dos.

—Owen me ha contado que cambió al letrado, ahora es otro.

—¿Lo cambiaste? Era el letrado de tu padre, querido —dijo Rowena que estaba confundida.

—El señor Sinclair es un gran hombre y me acompaña a todas partes. Es como mi albacea. Me moveré más durante estos meses, mientras soluciono algunos asuntos importantes.

—Ya he podido que acondicionen tu habitación, querido. Te quedas, ¿no es así?

—Tal vez un par de días.

—Con tu sola presencia nos conformamos. Pediré que preparen tu comida favorita, cariño.

Al escuchar que debía comer con ellos le revolvió el estómago. No lo había superado completamente, al parecer. Pensar en esa idea hacía que una parte de él temblara.

—No se preocupe, madre. Es mejor que preparen las delicias que le encantan a mi hermano menor. Igor se quedará para ayudar en la casa.

Los ojos de Rowena brillaron por la oportunidad que podría tener de comenzar a poner al sirviente de su lado. Ella ignoraba que Owen e Igor estaban esperando que cayera en esa trampa.

—Por supuesto, Owen. Entonces será la cena dedicada a ti —siguió la mujer.

—Tampoco me esperen a cenar. Ustedes saben que cuando Johnny y yo tenemos algo entre manos, no soy de aparecer por este lugar en un buen tiempo. Igor, acompáñame afuera, debo indicarte un par de cosas sobre mis prendas.

Los dos fueron hacia la calle. Owen prefería que la gente viese que él estaba ahí antes que pasar dentro de esa casa en donde sentía que se asfixiaba.

—Lo he notado pálido cuando su madrastra habló de la comida, milord —comentó Igor.

—¿Cómo no estaría pálido o asustado? Casi me matan de esa manera. Tú solo prepárate para ganar la confianza de Rowena, acuéstate con ella, diviértete un poco y, cuando Johnny consiga el veneno, solucionamos este inconveniente. Todos sabemos quién es el cerebro detrás de los hechos macabros. Charles no podría pensar en algo tan elaborado, es un idiota que tuvo suerte de no nacer en la servidumbre. Si no fuese por el parecido que tenemos, ni siquiera me creería que alguien con su escasa inteligencia fuese mi hermano.

—No se preocupe, milord. ¿Al señor Johnny no le molestará recibirme si ella quiere envenenarme también?

—Por supuesto que no. Él es la beneficencia. —Rio Owen dándole unas palmadas antes de subir al carruaje—. Recuerda, hazle creer que estás de su lado, si te ofrece dinero acéptalo, pero primero hazte del rogar para que no sospeche nada. Les enviaré dinero para que no trepen por las paredes. Son demasiado codiciosos para no gastar dinero un día.

—Sí, milord. Cuídese.

—Tú eres quien debe cuidarse. Estás en la primera línea de combate, pero eres inteligente. Vendré a dormir en la medianoche. Tengo un par de diligencias que hacer, como por ejemplo buscar al señor Sinclair y usar eso como excusa para ver a Hannah.

Capítulo 22

En casa de lord Cholmondeley, Hannah estaba siendo visitada por lord Merton y su madre. Aquellos fueron a compartir un almuerzo.

La madre de Hannah conversaba de manera animada con la agradable madre de Andrew, mientras observaban a la joven en compañía del conde, mientras miraban un libro y señalaban cosas en él.

Daniel se encontraba con el señor Sinclair en el despacho, ambos aprovechaban el tiempo en Londres para ordenar los asuntos que llevarían al administrador. Les gustaba ver los números interesantes de cada una de las propiedades productivas e inversiones que había hecho lord Cholmondeley. Eso le permitía tener la vida que llevaban, llena de lujo y grandiosidad.

Humbert fue hasta el sitio en el que se encontraban ambos y golpeó la puerta.

—Lord Cholmondeley, disculpe que lo moleste. Lord Stern ha venido a conversar con el señor Sinclair.

El conde no perdió tiempo para mirar hacia el jardín y sonrió malicioso al ver ahí a lord Merton en compañía de Hannah, ambos demasiado cerca para despertar a cualquier demonio.

—Hazlo pasar aquí, nos divertiremos conversando un poco —resolvió Daniel que se puso de pie para recibir a Owen cuando él se presentara.

—Sí, milord. Iré a por él.

El señor Sinclair hizo lo mismo, pero se acercó a la ventana y vio lo que Daniel pensaba hacer.

—¿No cree que lord Merton sea apropiado para lady Hannah? Considero que él es correcto para ella, más que lord Stern.

—Mírelo, señor Sinclair, ¿qué caballero estaría sentado ahí con ella leyendo un libro? Solo un tonto. Si estuviese en su lugar, estaría buscando la manera de besarla apasionadamente. Eso hace un demente enamorado. Eso que veo ahí es la asquerosa imagen del recato en su máxima expresión. Podría vomitar aquí si lo veo por más tiempo. Me enferma su tranquilidad, quizá ni siquiera pueda convivir con él más de una hora diaria y eso ya parece un sacrificio.

El letrado rio. Sabía que Daniel era extremista y más cuando se trataba de sus cuñadas. Tenían tantos defectos, pero él no podía dejar que hicieran tonterías, siempre estaba en la sombra, cuidando de ellas.

Owen seguía a Humbert hasta el despacho de Daniel. Cuando entró hizo una venia y se acercó al señor Sinclair para saludarlo,

pues estaba antes que el conde.

—Señor Sinclair, con usted quería charlar... —saludó extendiendo la mano.

—Lord Stern, se ve muy bien últimamente, cada vez más robusto —lo halagó el letrado.

—Lord Cholmondeley... —Sus ojos se iluminaron al ver a ese hombre que le brindó un techo, comida y una nueva oportunidad de vida.

Daniel también lo miró con el afecto de alguien que ve a un gran amigo, uno defectuoso, pero querido.

—Lord Stern, qué sorpresa verlo. Después de la última vez que estuvo aquí, no creí que nos volveríamos a cruzar bajo este techo.

—Milord, usted me tendrá aquí, aunque me odie, pues mi deuda es eterna y merece mi entero agradecimiento.

—Me hubiese gustado su agradecimiento, pero de otra manera. —Daniel giró con dramatismo hacia la ventana, haciendo que Owen observara el sitio con curiosidad.

Cuando Owen vio a Hannah sonriendo en compañía de aquel hombre desconocido y tan parecido a él, sintió que su estómago estaba en el suelo.

—Me han dicho que milady es una dama exitosa en los salones y que han visto salir a más caballeros de aquí que de un burdel.

Ante lo que había dicho Owen, una carcajada sincera escapó de Daniel y le dio unos golpes en el hombro.

—Todo eso es muy exagerado. Es cierto que muchos la han visitado por curiosidad y otros con las intenciones más exquisitas para un tutor.

—¿Por qué lord Merton es el que está aquí? ¿No había otro con más gracia?

—Usted me comprende, lord Stern. He intentado persuadir a Hannah, pero está empeñada en que este hombre es el único que puede reemplazarlo.

—Eso es absurdo. ¿Él? El pez más inútil del Támesis es mejor que este hombre. Es aburrido y correcto.

—Me quejo de lo mismo, pero Hannah no entiende...

Owen se acercó más al cristal para observar mejor a la joven, mientras esta sonreía y le enseñaba a Andrew cosas con el dedo dentro del libro, mientras aquel discutía y asentía.

—Después de hablar con el señor Sinclair, podría esperar para conversar con milady e intentar persuadirla.

—¿Persuadirla de qué? Considero que eso solo funcionaría si usted le dice que se convertirá en su pretendiente.

—Lamento no poder hacerlo ahora mismo. Mi madrastra y mi hermano han regresado y me quedaré a vivir con ellos para vigilarlos.

—Me temo que esa no es una buena idea —intervino el señor Sinclair—. Han intentado matarlo en un pasado no muy lejano.

—Es una tontería meterse a la cueva del lobo, lord Stern —afirmó Daniel con un tono precavido en su voz.

—No soy un tonto, no comeré con ellos. Tengo planes, y uno es darles la misma cortesía que recibí por parte de mi familia, un pequeño veneno no les vendría mal.

—No me ensuciaría las manos por esa gente, pero la paz a veces amerita un poco de trabajo sucio —lo apoyó lord Cholmondeley.

Los tres siguieron hablando en el despacho por un par de horas. Tanto el señor Sinclair como Daniel estaban en conocimiento de lo que él pensaba hacerle a su familia.

Una hora más tarde, lord Merton se retiró con su madre y Hannah entró a la residencia para beber una limonada, pero tan solo al pasar cerca del pasillo vio ahí a lord Stern. Su corazón se detuvo de la impresión. Creía que estaba alucinando por tanto pensar en él.

—Lady Hannah —saludó entregándole su sonrisa más coqueta. Comenzaba a sentirse en su elemento, el sinvergüenza de los clubes estaba ahí, deseando estar cerca de ella.

—Ah, lord Stern. —Ella hizo una reverencia—. Qué sorpresa verlo aquí. ¿Lo han envenenado otra vez y necesita un techo?

Él dejó escapar una risita nerviosa. Esa mujer estaba enfadada. Tenía muchos años de experiencia con mujeres para saber que nada bueno podía salir de esa acusación.

—Esa acusación es incómoda, aunque si estuviese en esa situación, rogaría para que usted volviese a encontrarme.

—La próxima vez puede ir al estanque de caimanes. Daniel siempre tuvo razón, no debía llevar basura a la casa... —espetó con molestia. Sí, se sentía molesta y enfadada por su presencia. Solo había ido a perturbar su poca paz. Intentaba fijarse en lord Merton, pero con este hombre metido bajo el mismo techo, era imposible hacer algo bueno.

—¿Todavía está enfadada? Comprendo si lo está; sin embargo... ¿Lord Merton? ¿Está segura de que...? ¿Lord Merton? —insistió casi

como un reclamo.

—Quería a un tal lord Stern, pero la diferencia es que él no me quería. Ahora estoy disfrutando no solo de la atención que me da lord Merton, sino también de otros caballeros que me buscan para conocerme. Ellos están muy interesados en mí...

—Ellos no han estado al borde de la muerte.

—No, no lo han estado, pero valoran más a las personas de lo que usted valora su venganza. Que tenga suerte, milord. Con permiso.

Ella quiso pasar a su lado, pero él la cogió del antebrazo.

—Está siendo cruel e injusta.

—Entre nosotros el único que no tiene corazón es usted porque prefiere alimentar su odio y no el cariño que nacía entre nosotros y que ahora se convierte solo en un recuerdo vago de alguien que acogimos alguna vez. Prefiero recordar eso que seguir invirtiendo mis emociones en cosas que me hacen daño. Si no piensa en mí de una manera distinta, le sugiero abstenerse de acercarse. No quiero sus palabras vacías, no tengo tiempo para ellas.

—¿En dónde está la mujer tierna y cariñosa que me cuidó, leyó para mí y me mostró que existe algo más allá que la lástima?

—Creo que está junto al humilde sirviente que me besaba y cogía mi mano con afecto. Al parecer, ninguno de los dos existe.

—Soy culpable, pero lo hago por su bien. Usted no sabe de qué son capaces estas personas.

—¿Por qué no deja que corra mis propios riesgos? Quiero escoger qué batallas pelear. Creí que valía la pena, lord Stern. En mi familia lo apreciamos y Daniel ya lo veía como uno más de su grupo, pero no todo siempre es como debe. Ahora sí, me retiro, milord. Con permiso...

—¡Algún día lo entenderá, Hannah! —gritó ahogando su desazón. Sabía que la estaba perdiendo, aunque sentía que la estaba protegiendo de algo que ni él mismo sospechaba, solo necesitaba sentirse alerta.

—Es inútil, lord Stern. Ella está un poco herida, tal vez con una propuesta de matrimonio se le quite el dolor —siseó Daniel que se colocó cerca de su oído—. Siempre y cuando esa propuesta sea suya.

Comenzaba a sentir la presión de lo que debía hacer. Owen debía pensar las cosas con claridad y probar el terreno con Rowena, necesitaba saber lo que pensaba. Suponía que Igor podría ser la llave para que ella no solo confesara sus lujuriosas intenciones con su sirviente, sino quizá relatara sus planes si aquel sabía usar bien lo que llevaba en el pantalón.

Salió de la residencia de lord Cholmondeley con algo más que un papel para otorgarles un señuelo a su familia, también lo hizo con el peso de los reproches de Hannah hacia su poco comprensible actitud proteccionista.

Regresó junto a Johnny, cabizbajo. No le había gustado su encuentro con Hannah. No podía dejar de pensar que esa joven con la que se había cruzado no era la dama dulce y comprensiva que conoció en Cheshire semanas atrás. Esa era un demonio lleno de resentimiento que esperaba que él cayera en una hoguera.

—Tienes cara de que te arrancaron el alma —opinó Johnny al ver que Owen se sentaba pesadamente en un sillón.

—Es milady. Me odia —dijo abatido.

—No diré que te lo dije. Ya no es tiempo de llorar, solo de continuar con tu venganza hacia tu familia.

—Estoy en ello. Consigue el veneno y acabaré con esto pronto. Si sigo de esta manera la perderé. Necesito alejar a los hombres de ella. Ahora que mi familia me ha visto, no tiene sentido que siga sin acudir a las veladas. Te relevaré, Johnny.

—Ya era hora. Es desgastante tener que ser tan educado sabiendo lo que la gente dice de mí. No es que me importe, pero tampoco es tan agradable.

—Solo espero no revelar mi interés por ella y que eso haga que Rowena o Charles puedan usarla en mi contra.

—Considero que estás llevando ese pensamiento a un punto en el que tienes un delirio de persecución.

—¿Delirio? ¡Delirio! Es insultante que lo digas. Me viste llegar como un espectro, ¿crees que estoy exagerando?

—Lamento haber dicho eso, Owen. Es que ella ni siquiera los conoce, no es su lucha, no la tocarán.

—Tal vez tengas razón, pero no quiero arriesgarme, es solo eso. Quiero cuidarla como ella me ha cuidado y milady no lo entiende. Me ve como un villano que no la aprecia, que solo la utilizó. Quizá al Owen de hace un año atrás no le importaría lo que una mujer creyera de él, pero ahora no es así. Siento que me desprecia y saber que una persona noble y de buen corazón lo hace, es algo doloroso.

—Es porque te importa. Haz lo que te digo, habla con lord Cholmondeley, guarda su mano y te sentirás tranquilo. Pronto tendrás la consecución de tus planes y podrás continuar con tu vida.

—Está bien, ese asunto está sobre la mesa. No soporto la indiferencia de milady, entonces únicamente tengo dos opciones, dejarla ser feliz con otro o pedir su mano y calmarme.

—La primera opción ni siquiera debería estar en discusión. No soy quién para hablar sobre amor, pero al menos deberías luchar por él si es algo que valoras de verdad.

—Ella es perfecta y cuando se enfada tiene un brillo tenaz en su mirada, es capaz de quemarme vivo y no me da miedo, me vuelve más demente por sentirme aún más importante. Sé que lord Cholmondeley no me negará la mano de milady, ese es un punto a mi favor.

Capítulo 23

Hannah quedó pensativa después de su encuentro con Owen. Estuvo a punto de perder la compostura y desear abrazarlo con fuerza. Cada vez que lo veía, él parecía más atractivo y saludable. Verlo era sufrir, el dolor se acrecentaba con cada palabra que cruzaban. Seguía empecinado con la idea de mantenerla alejada. ¿Sería posible que alguna vez se sintiera satisfecho con su venganza y la buscara? ¿Cuánto tiempo debía esperar para que ocurriese ese fenómeno? No estaba segura de pasar el resto de su vida con alguno de los hombres a los que conoció estando en Londres.

Cada velada nocturna la dejaba más agotada y no solo en el aspecto físico, sino también en el emocional. Conocer tantas opciones no era tan maravilloso como parecía. A veces se confundía de nombres, títulos y de personas. Las caras se le hacían extrañas al no poder distinguirlos. Prefería la tranquilidad del campo, la privacidad e intimidad con la gente que conocía. Ser la sensación de la temporada no era reconfortante y Penélope se lo había insinuado una vez al decirle que Londres brillaba como oro, pero que no lo era. Nadie podía identificar si se refería simplemente a su catastrófico primer compromiso o por lo que había visto en la esencia del lugar.

Rescataba la presencia de lord Merton, que era alguien que no encajaba en lo que la sociedad esperaba de un hombre soltero, adinerado y atractivo. Era un caballero calmado, sin prisa, con tenacidad en los pensamientos, alguien digno de admiración, pero

no lo consideraba suficiente para compañero sentimental. Ese lugar lo había cubierto lord Stern sin que ella lo deseara.

Su madre la vio sentada sola en la banca del jardín en la que horas antes estuvo con lord Merton y se acercó para hablar.

—¿En qué piensas, Hannah? —curioseó su madre.

—En todo y nada a la vez, madre. Vi a lord Stern hace rato. Vino a conversar con el señor Sinclair. Considero que su presencia es poco propicia para que yo pueda hacer mi vida.

—Cariño, tienes a Andrew que es un hombre encantador y que, además, está interesado en ti. Lord Stern está ocupado con otros asuntos, pero como sabes, la decisión está en tus manos. Puedes precipitarte y casarte con lord Merton o esperar a quien tú consideras que es el amor de tu vida. Si puedes soportar la espera, los motes y las habladurías, vas por el camino correcto.

—El problema es que no puedo hacerlo sin que exista un compromiso. Es un riesgo elevado, madre. Él ni siquiera parece notar que me perderá. Tal vez ni siquiera le importa hacerlo. Está enfocado en sus asuntos, tanto que no merezco su atención, pero se equivoca si piensa que me quedaré de brazos cruzados, tengo a lord Merton que es agradable. Solo espero que no sea un martirio casarme con un hombre cuyo único objetivo de vida es la tranquilidad.

—No te preocupes, querida. Para las demás cosas tienes a tus cuñados que son divertidos. Lo que importa es un buen matrimonio, tu comodidad y el porvenir para tus hijos. Ten varones, Hannah. Ellos te aseguran la vida. No olvides que las mujeres solo traemos problemas y zozobra. Cuando tu padre murió fue un momento tan horrible. Mildred nos ha salvado con su matrimonio con Daniel y sé que mi yerno es, un poco, insufrible, pero nos va dado más de lo esencial. No deseo que mis hijas sufran jamás, para mí siempre estarán ustedes primero, así como lo estuvieron para su padre.

—¿Todavía sigue enterrando dinero, madre?

—Y joyas, querida. Sabes que después de que se case Alethea, estaré lista para dar el próximo paso con el señor Sinclair. Es un caballero acomodado, saludable, inteligente y que me adora. He sido afortunada dos veces en esta vida al encontrar hombres maravillosos.

—Quiero toda esa fortuna que usted tiene, madre, aunque me conformaría con el hombre ideal, no perfecto, ese que me anteponga a una venganza.

—Entonces busca a alguien con la vida sencilla y sin embrollos. Suena aburrido, pero la paz es mejor que la guerra.

Su madre, dentro de los pocos consejos certeros que daba, quería ayudarla a cambiar su perspectiva. Su corazón amaba lo que lord Stern representaba, pues ella adoraba su vulnerabilidad, haberlo

conocido así con la vida casi destruida le hizo darse cuenta de que sabía sobre sus horas más bajas y su dolor. Suponía que no había nada peor que eso, mas se equivocó, porque sí existía algo más allá y eso era su verdadera personalidad, el que quería arrasar con todo y conseguir la justicia de una manera desordenada. Quizá ella haría lo mismo estando en su lugar, trataba de empatizar, aunque su sensibilidad femenina le impedía pensar en la venganza como una forma de vida que no fuese momentánea.

Durante la hora del almuerzo, Daniel la miraba esperando le contara lo que había conversado con Owen, pero ella permanecía en silencio, impasible. Cuando oyó que él dejaba sus cubiertos sobre el plato, cruzaba los dedos de las manos y los colocaba cerca de su mentón.

—Dilo —pidió Hannah que lo había visto de reojo. Lo que él hacía solo tenía un significado: quería saber cosas.

—¿No fue buena tu conversación con lord Stern?

—No.

—¿Quieres que converse con él para que se case contigo? Puedo obligarlo diciendo que te ha besado en mi propiedad y con eso deshonró a mi familia. Puedo ofrecerle dinero o tal vez otras formas para ayudarlo a que termine más rápido eso que lo tiene ocupado.

—Si él quisiera casarse conmigo, esas ideas serían suyas, no tuyas, Daniel. Las cosas son así: lord Stern no me antepone a sus necesidades y lo comprendo. No está en condiciones de ofrecerme más que una venganza hueca que él necesita. Lo importante no pasa por ahí, sino por el hecho de que no puedo esperar demasiado, tú y yo lo sabemos. Mi futuro puede desdibujarse si solo pienso en los sentimientos que tengo.

—Los sentimientos son los que mantienen un matrimonio en condiciones, Hannah. Lord Merton es perfecto y ese es el defecto, porque no es perfecto para ti.

—No estoy segura de que lo sea ni convencida de que no lo sea. Si nunca hubiese conocido a lord Stern, lord Merton estaría en mi vista.

—Pero no en la mía. Conoces mis gustos y son poco más que imperfectos, mientras más sean de esa manera, mejor.

—Él no me supo apreciar y tampoco a ti, Daniel. Admítelo, esta mosca no cayó en tu telaraña —dijo la joven, resignada a que ninguno de ellos dos lo tendría alguna vez.

—Tal vez, solo tal vez, tengas razón en esta ocasión, Hannah. Él no ha caído en nuestros encantos. Somos pura tentación y aun así nos ha ignorado. Debería preocuparme por mi poder de persuasión, al menos para el próximo, porque con lord Merton me espera la

desdicha y la amargura, será como si nunca hubiese salido de mis dominios en Derbyshire.

—No exageres, lord Merton ganará tu apoyo, es cuestión de que olvides al otro y te concentres en él.

—El consejo es mutuo, ¿no es así? Deberías hacer lo que dices.

—Lo intento, pero siempre el camino es mejor en la compañía de alguien que tiene el mismo objetivo...

Los dos hablaban de una manera en la que entendían sus pensamientos. De alguna u otra forma, lord Stern los unía, al menos para criticar. Lo importante era la unión de los cuñados. Durante años esperó tener la atención de Daniel y lo estaba consiguiendo, quizá no de la manera en que hubiese deseado, pero no podía ponerse codiciosa cuando se trataba de él, solo debía aceptar lo que le daba, eso era un gran avance.

Por la noche, ella se preparó junto a la familia y el señor Sinclair para partir a una nueva velada, esta vez un baile. Sus pies estaban listos, vendados hasta los huesos. Ni los callos, ni las ampollas impedirían que Hannah apareciera en un salón.

Al llegar sintió en el que se llevaría a cabo el baile, ella vio a lord Stern. No podía creer lo que veía, aquel conversaba como si nada con una familia. Él sonreía y gesticulaba con una sonrisa y gran naturalidad. Esa faceta no la conocía, lo había conocido cuando lo

único que lo mantenía con vida era la suerte. En un instante sus miradas se cruzaron, pero no la sostuvieron por mucho tiempo, pues Daniel la hizo entrar más al medio del salón.

Cuando encontraron un lugar, sus admiradores se acercaron para comenzar a llenar su carnet de baile. Para su buena fortuna, aquel tenía un límite que la mantenía viva, pues si de algunos caballeros dependiera, la tendrían bailando toda la noche.

Después de que cinco caballeros estamparan sus firmas en su carnet, Owen se acercó para hacer lo mismo.

—Es un placer verla otra vez el día de hoy, lady Hannah —pronunció Owen, sonriente.

—Buenas noches, lord Stern. Lo he visto conversando con un par de personas. Londres está lleno de damas hermosas.

—Sí, y debo decirle que todas hablan de la más bella de todas: usted.

—Sus halagos no funcionan conmigo, milord. Si me disculpa, iré a la mesa del tentempié...

—Puede acercarle lo que desea para que usted no se agite.

—Le agradezco su buena voluntad, pero puedo ir sola a por una copa.

—Lo haré yo y después firmaré su carnet.

Él no dejó que Hannah se negara y fue a por la copa, entonces ella miró a Daniel y le entregó una sonrisa maliciosa antes de retirarse e ir hacia un par de caballeros que se encontraban cerca. Sabía que tenía formas de acercarse a la gente que salían de la formalidad que siempre debía acompañar las interacciones con otros nobles. Fingió tropezar y tambalearse. Uno de esos caballeros la sujetó para que no se cayera. Después de eso, comenzaron una conversación para después terminar con el hombre del hombre puesto en su carnet.

Owen cogió una de las copas de la mesa y cuando regresó junto a ella, solo encontró a la familia de Hannah. Lord Cholmondeley le mostró hacia donde se encontraba la joven con un gesto de cabeza. Los ojos de él se posaron en la joven que coqueteaba abiertamente con otro hombre, uno al que conocía y no por ser el más adorable de todos, sino por concordar con ciertos estándares del cuñado, así como él mismo, solo que su familia no había intentado matarlo, no tenía ningún trauma. Hannah lo había plantado en pleno salón. Era evidente que su actitud esquiva y repelente se debía a que no quería verlo ni pintado, pero Owen jamás se rendía, ni la muerte pudo llevárselo, entonces ella no se escaparía de sus manos con tanta facilidad.

A paso firme se colocó junto a Hannah, primero haciendo una inclinación para saludar al caballero y después le entregó a la joven

la copa de vino tinto en su mano.

—Aquí tiene su pedido, milady. Creí que me esperaría un poco más y no estaría tan sedienta para ir a buscarlo usted misma —musitó—. Su señoría, qué gusto verlo. Llevo bastante tiempo sin estar en los salones, de hecho, en la ciudad. Tuve asuntos importantes que me mantuvieron un poco encerrado, al borde de matarme...

Ella sintió que el sonrojo subía por su rostro. Owen había insinuado que era una joven con una sed descontrolada por la bebida. Eso ganaba por hacer tonterías sin deshacerse apropiadamente de él.

—Oh, es cierto, lord Stern. Está más delgado de lo que recuerdo. Nos han dicho que ha estado enfermo, algunos rumoreaban que estaba a punto de...

—Morir... Sí, es cierto, pero cuando las nubes grises amenazaban mi paisaje, lady Hannah Hess apareció con la sonrisa más cautivadora para salvarme. Ella es una mujer encantadora.

—¿Se conocen de antes?

—Nosotros... —intervino la joven, pero Owen no la dejó terminar.

—Nosotros estamos en tratativas para visitas formales para conocernos mejor aún. Cuando estaba en el campo, ella fue muy solidaria con mi enfermedad al igual que su familia. Todos han sido encantadores.

El ceño de Hannah se arrugó al oír al conde decir esas palabras. ¿Qué estaba tramando?

Capítulo 24

El rostro del caballero que acompañaba a Hannah era de verdadera sorpresa. Al parecer la joven pronto se comprometería con lord Stern. La mayor parte de los hombres de la ciudad quedarían muy decepcionados al saberlo.

—Es mi turno de llenar el carnet —siguió Owen, que estaba seguro de haber marcado su territorio.

A Hannah no le quedó más remedio que entregar su carnet para que él colocara su firma. No podía montar un escándalo para reprocharle lo que estaba haciendo, truncando una de sus oportunidades de conseguir a otro caballero, uno que sí le diera su lugar.

Después de una charla incómoda entre ellos y de que Hannah quedara casi en el olvido a causa de eso, Owen se alejó con ella. Tenía una sonrisa triunfal, que le aseguraba que había hecho lo correcto al espantar a ese buen candidato. Estaba dispuesto a sepultar a cualquiera para asegurar su lugar, aunque quién no se veía tan contenta era Hannah, que estaba con el rostro pétreo, mientras caminaba frente a él.

—¿Está enfadada? —curioseó haciendo que ella girara sobre sus talones para responder.

—Hasta la pregunta ofende. ¿Qué quiere? ¿Qué pretende con sus mentiras? Ha logrado con mucho éxito alejarme de un pez gordo.

—Esa es una manera cruel de referirse a un hombre con sentimientos, milady.

—La última vez que pensé que un caballero tenía sentimientos, él simplemente me descartó como si se tratara de una pluma defectuosa, una carta mal escrita o con algo que no quería leer. Lo único en lo que puedo pensar ahora es en lo agradable que alguien puede ser para casarme. Tengo pocos requerimientos y dos de ellos son primordiales: que me agrade y también a Daniel. El resto son negociables. Un título, dinero, una vida agitada o turbulenta, todo lo puedo soportar con tal de que me den el lugar que merezco.

—No hable en tercera persona, se refiere a mí. Lady Hannah, me malinterpreta. Usted me está matando con sus acusaciones. Solo creía que la estaba protegiendo, pero me doy cuenta de que la estoy alejando de mí.

—Sí, me está alejando cada día más. Extraño los días en los que estuvo a punto de morir. Ese hombre me gustaba.

—Ese era vulnerable y roto, con muchas ideas de venganza. No estoy orgulloso de la persona en la que me estoy convirtiendo, Hannah —la tuteó—, pero necesito esto, así como tú necesitas una buena lectura. No puedo dejar que queden impunes. Solo faltan dos.

—Tus manos acabarán tan sucias que no las podrás lavar.

—Lo sé, pero soy resiliente y seguiré adelante. Donde otros sucumbieron, yo reinaré y no lo haré solo, tú estás en mis planes.

—No me siga mintiendo, es cruel de su parte darle esperanzas a alguien que no va a lograrlo.

—No piense de esa manera, las cosas cambiarán, se lo aseguro. Ahora solo le pido que tenga compasión por mí y me deje escribir mi firma en su carnet. Le prometo que no se arrepentirá, Hannah.

—Hágalo rápido —mandó sin querer confesar que estaba emocionada por volver a estar junto a él. No lo toleraba por haberla rechazado, pero era demasiado débil ante sus avances. Estaba perdidamente enamorada de algo que aquel hombre tenía y no sabía lo que era, solo languidecía en su presencia y no podía evitarlo. Quería olvidarlo, mas eso suponía un sufrimiento aún más grande que odiarlo. Lo veía escribiendo en el carnet y lo apreciaba en todo su esplendor. Era tan atractivo que quería que todos desaparecieran para poder abrazarlo y que él le diera un beso.

Cuando Owen terminó de firmar, se fijó en que ella lo estaba mirando, entonces él sonrió y le sostuvo la mirada. Ninguno de los dos se apartaba. Querían que los demás desaparecieran para poder hacer tonterías, pero con lo único que podía conformarse era con un baile triste.

—Ahora al menos tengo un lugar en su carnet…

—Me iré, lord Stern. —Ella apartó la mirada y vio que lord Merton entraba al salón.

Él se percató de que ese hombre estaba acercándose y se enfureció por dentro. No podía ponerse a hacer un escándalo porque aquel volvería a acapararla. Estaba harto de oír el nombre de ese pusilánime queriendo robarse algo que le pertenecía. Hannah era suya.

—He visto que ha venido su queridísimo lord Merton, Hannah. Que se divierta, si puede, pues con semejante espécimen, lo dudo. —Con el dolor en su pecho y los celos martillando su cabeza, Owen se alejó para que ella pudiese quedar con ese hombre. En su interior contemplaba la idea de que esto era algo temporal y que Andrew no le pediría matrimonio en poco tiempo.

Ella no pudo replicar. Se alejó dejándola con su copa de vino en la mano, aunque no sin antes burlarse solo porque lord Merton no es alguien que acostumbre a hacer locuras. Es un hombre centrado con el que puede compartir intereses en común.

—Buenas noches, lady Hannah —saludó Andrew, sonriente.

—Lord Merton —pronunció sonriente antes de hacer una venia respetuosa para él.

—Es para usted... —dijo él entregándole una hoja a la joven.

—¿Qué es? —curioseó mientras abría el papel.

—Un par de frases que me recordaron a usted. Estaba leyendo un libro y no pude dejar de pensar en su persona. Veo que ha conocido a lord Stern —comentó con tranquilidad.

—Qué amable, lord Merton. Sí, conozco a lord Stern, de hecho, ha pasado un par de semanas en nuestra casa en Cheshire.

—Llevaba mucho tiempo sin verlo. Decían que estaba enfermo y, al parecer, sigue estándolo, pues se ve delgado, no como la última vez que crucé palabras con él.

—¿Qué piensa de él?

—Es un caballero con una vida un tanto desordenada. Algunos decían que su enfermedad se debía a que pasaba demasiadas noches con mujeres de dudosa reputación y que fue a Francia a curarse. ¿Qué le ha parecido a usted?

—Le puedo asegurar que no fue a Francia, estuvo en mi casa curándose de su enfermedad. Creo que debo contarle un par de cosas...

Hannah le contó a lord Merton lo que había ocurrido con lord Stern, aunque lo hizo bajo la premisa de que Andrew no contaría nada. Estaban en calidad de amigos y estos debían guardar secretos.

Él se quedó en silencio mientras la oía sin interrumpir. Cuando ella hablaba sobre ese hombre, notaba una tristeza que no podía ocultar. Sus ojos azules se volvían profundos y menos vivaces. Entendía que Hannah ocultaba sentimientos hacia aquel. Como un caballero distinto al resto, era más perceptivo con lo que otros deseaban o esperaban de los demás. Comprendía que lord Stern no estaba con ella por decisión propia y que habían decidido tomar caminos distintos. Esa noche, Andrew había considerado pedir a la joven en matrimonio a su cuñado, pero entendía que existía un riesgo para ambos de ser infelices si llegaban a casarse. Primero debía conversarlo con ella antes de hacer una tontería.

Como todos los demás, Andrew también llenó el carnet de la joven y después la dejó con su familia para que él pudiese completar el de otras jóvenes con las que en verdad no estaba deseoso de bailar, pero por darles una experiencia digna, él no le tenía miedo a las suposiciones o los chismes como otros nobles.

Cuando Hannah comenzó los primeros bailes, sabía que eso sería algo largo. Su carnet se había llenado y lo último que ella haría sería estar sentada en un lugar. A la par que los acordes de la pieza sonaban, buscaba a lord Stern con la mirada. Cada vez que lo hacía

lo encontraba observándola, sin perderle el rastro. No sabía si sentir miedo o halago por cómo estaba.

Sabía que se acercaba más a los caballeros y sonreía con más frecuencia de la necesaria y solo lo hacía por malicia, para ver si despertaba en él los celos. Quizá el hecho de que la mirara le diera cierta satisfacción y validación para saber que estaba consiguiendo su objetivo.

Cuando terminó varias piezas con otros caballeros y antes de empezar con la de Owen, ella se sentó a descansar en una silla libre. Comenzaba a pensar que no terminaría sus compromisos sociales, salvo que le creciera otro pie o consiguiese zapatos más cómodos que esos que llevaba y comenzaban a torturarla. Juraba que había hecho un buen trabajo con eso, porque caminó varias horas por la casa con ese mismo y en ese instante se sentía traicionada.

Sentada en aquel lugar, sintió que alguien tomó asiento a su lado.

—Ha llegado mi turno —anunció Owen que sobresaltó a la joven que estaba con los zapatos aflojados.

—¡Lord Stern! —exclamó con las manos en el pecho. En verdad este hombre la había asustado, pues estaba renegando contra su práctica con los zapatos.

—Veo que sus pies están sufriendo su popularidad.

—No se preocupe, cumpliré con usted. No me esconderé de mis compromisos.

—No quiero obligarla a nada. Cambiaría nuestro baile por ese tiempo en el jardín, usted y yo solos, tal vez reviviendo algunos momentos agradables de Cheshire.

El sonrojo tiñó el rostro de Hannah. No quería malinterpretar lo que él decía, pero sin duda lo había hecho.

—Tengo la obligación de bailar con usted, milord. Es lo único que haremos.

—Le ofrezco un trato ventajoso: el descanso de sus pies a cambio de un poco de... privacidad en el jardín. No voy a morderla si no quiere, somos adultos, supongo que podemos respetar límites. Aproveche la oportunidad, pues el resto no la hará descansar. De hecho, dudo que acabe con todos los bailes que tiene en ese carnet...

—Está bien, lord Stern. Iremos al jardín, pero en un lugar donde puedan vernos y solo por el tiempo que dura una pieza, no más que eso.

—Espero que no me ofrezca menos de ese tiempo.

Los dos se levantaron de las sillas en las que estaban y fueron hacia el jardín. Owen tomó la delantera para poder buscar un lugar en el que pudiesen descansar teniendo en cuenta la solicitud de Hannah. Encontró la banca libre y fue a esperarla ahí. La miraba acercarse, notando el cansancio en su caminata. En verdad le haría un gran favor al dejarla descansar.

—Supongo que se da cuenta de que no estamos tan alejados del salón —dijo Owen, sonriente—. Aquí podrá descansar.

Ella se sentó en el banco y se quitó los zapatos. Enseguida sintió que sus pies latían como si estuviesen vivos. Los sentía pesados.

—No pensé que fuese tan atento con una dama, lord Stern.

—Por usted lo que fuese, Hannah.

—¿Por qué ha decidido llamarme por mi nombre? No le he dado la autorización para que lo hiciera.

—Soy un sinvergüenza, ¿acaso cree que necesito autorización para algo?

—Supongo que no. —Hannah guardó silencio, esperando que el tiempo pasara. No sabía qué decirle.

—¿Le interesa un matrimonio conmigo o con lord Merton? —curioseó mirando al cielo.

Esa pregunta dejó a Hannah patidifusa, no lo esperaba.

—¿Por qué me pregunta eso? Usted ha dejado claras sus prioridades.

—Por el rencor que tiñe sus palabras, puedo entender que quiere que me case con usted, Hannah. Pues he considerado tomarla como esposa. No es algo sencillo y espero que lo comprenda. No puedo seguir viéndola rodeada por tantos hombres que no dudarán en deslizarse bajo su falda apenas puedan. Ese es mi lugar y nadie me lo quitará. Como noto que la paciencia no es una de sus virtudes más notables, considero que usted cree que vale la pena el riesgo de amarme, entonces también me permito suponer que sabe cómo defenderse en caso de convertirse en blanco de mis familiares malintencionados.

El corazón de Hannah dio un vuelco al darse cuenta de lo que significaban las palabras de lord Stern. El amor que había dentro de ella saltaba en una pierna; sin embargo, el peligro, pese a asustarla, no lograba nublar sus sentimientos.

Él cogió las manos de ella y se la llevó a los labios.

—No puedo luchar más tiempo con esto. Ya no quiero que la vida se me escape de entre los dedos, Hannah...

Capítulo 25

—No debería jugar con mis sentimientos, lord Stern. Si para usted esto es solo una argucia más, me iré —pronunció Hannah con determinación.

—Es algo que estuve pensando mientras estaba en casa de Johnny y también aquí. Él me dijo que hablara con lord Cholmondeley para pedirle matrimonio, reservar su mano para que no se la quedara otro. Ciertamente, ha tenido razón, pues estos caballeros están como moscas en un cadáver, no me agrada mucho.

—Hubiese preferido moscas en un festín, milord —expresó con un atisbo burlón. Un peso parecía desaparecer de sus hombros. Suponía que las manos cálidas de él trataban de traspasar los guantes de ambos. En ese preciso instante podía ver al hombre que la había enamorado sin querer en Cheshire. Sus ojos, que siempre parecían carentes de emoción, mostraban algo distinto.

—Mosca es mosca, Hannah, lo importante es zumbar cerca de ti. Quiero ser el único en tu vida. Tal vez puedas verme de otra manera. Ahora que estoy más digno de que me devoren los buitres, me siento más confiado para conquistar tu corazón.

—Usted no necesita artimañas para eso, solo ser quien es y, sobre todo, sincero.

—Admito que no sé quién soy después de lo que me ocurrió. No quiero ser el hombre vulnerable que necesita ayuda, deseo ser el que brinda protección a la mujer que lo vio en su peor momento. Usted es especial, sus ojos nunca se quitarán de mi mente. Desde que la vi, creí en los ángeles y en una vida diferente. Nunca había valorado tanto un plato de comida, un libro, una tarde de té. Cosas sencillas que creía tan absurdas, pero que la muerte me mostró que podían ser lo mejor que me podría pasar. Estar atrapado en su casa, con su familia, ha sido una experiencia inolvidable. En ese lugar fui más feliz que en toda mi vida.

—Espero que sea por mí y no por Daniel.

—Mmm...

—¡No! —exclamó alejando sus manos de él para cruzarlas bajo el pecho.

—Era un chascarrillo, mi bella lady. Su cuñado es adorable y estaré más que agradecido hasta mi último aliento, pero él no puede cubrir el papel de dama en mi vida. —Él le entregó una sonrisa ladina.

Al verlo sonriendo de otra manera, ella sabía que debía empezar a conocerlo de nuevo. Lo que Hannah había visto solo era una parte de él, la que a Owen no le daba orgullo. Este era el verdadero caballero que se escondía detrás de la necesidad y la ayuda. Alguien

que sonreía con picardía y rebosaba de vida. Sobrevivió a quienes quisieron acabar con la luz de su sonrisa.

—¿No está diciendo esto solo para mantenerme interesada? —inquirió con desconfianza.

—Hablaré con lord Cholmondeley mañana mismo. Quiero que me espere. Colocaré un anillo en su dedo con la promesa de que estaré ahí para siempre. Quizá no nos casemos mañana, ni en una semana o en un mes, pero lo haremos, lo juro. Solo quiero paz para hacer mi vida de nuevo.

Sin darse cuenta de que podría ser observada por los demás asistentes, Hannah colocó ambas manos en el rostro de Owen. Él retiró una de ellas y la besó para después sostenerla con fuerza.

—Qué daño le han hecho. Quisiera enfrentarme a estas personas para defenderlo.

—Jamás quisiera que ensuciase sus manos. Yo no tengo opciones, son peligrosos. Lester ya no es un problema, pero Rowena y Charles aún lo son. La cuidaré con este compromiso que espero que lo guarde en secreto por su propia seguridad.

—Hablaremos de compromiso real cuando vea una joya en mi mano, lord Stern, mientras son solo especulaciones.

—Pensé que usted era más sentimental.

—No me conoce bien. Considero que al igual que usted me mostró su momento vulnerable, yo le mostré el mío. Ambos tenemos muchas sorpresas. Créame, no estoy lejos de ser como esa hermana mía que entró a sus aposentos a decirle que se alejara de mí. Aquí el dinero y las joyas son importantes, eso no me convierte en frívola y cruel, si no me ayuda a proteger mi futuro y el de mis futuros hijos.

Él asintió con la comprensión brillando en sus ojos. Hannah y él estaban teniendo la conversación más sincera desde que se conocieron. El telón de la necesidad se desvaneció y solo quedaban las verdaderas personalidades ajenas a sufrir. La venganza y la verdad dolorosa acosaban intentando salir y arrasar lo que estaba a su alrededor, como un incendio para matar las malezas y convertir el campo en uno con nuevos pastos.

Desde el salón, Daniel observaba a Hannah y Owen. Ambos tan desvergonzados que no comprendían las implicancias de sus actos; sin embargo, la chispa de la esperanza estaba ahí. Verlos conversando reavivaba la idea de que pronto habría boda en su casa.

—Lord Cholmondeley... —habló lord Merton haciendo que el conde se sobresaltara. Aquel estaba concentrado en algo.

Andrew miró hacia donde ese hombre había estado mirando y vio a lady Hannah en una situación complicada y hasta un poco conflictiva, puesto que, si alguien salía de ese salón, las cosas se

complicarían para la pareja que estaba concentrada en algo específico: sus sentimientos.

—Condenación, lord Merton —masculló Daniel tratando de disimular el susto. Esta vez lo han cogido desprevenido cuando disfrutaba del romance ajeno.

—Disculpe que lo interrumpa. Quería hablar con usted sobre lady Hannah. Lo que deseaba comentarle era sobre lo que estamos viendo. Estaba pensando en pedirle la mano de ella; no obstante, necesito garantías...

Daniel frunció el ceño al oír al joven conde de Merton.

—¿Quiere que Hannah sea su esposa? —cuestionó con incredulidad. Por primera vez tenía una sonrisa nerviosa. En verdad quería decirle que no, pero su mirada bondadosa hacía que su maldad interior se resistiera a salir—. ¿Qué garantías?

—Que lord Stern desaparezca de su vida para no distraerla. Ella me ha contado lo que ocurrió con él, no crea que tengo la intención de «desaparecerlo» en el mal sentido de la palabra. Lo que quiero decir es que se aparte de ella si no quiere nada.

Sorprendido por el coraje y la determinación de lord Merton, Daniel asintió. No había dado una guinea por este hombre, pero estaba demostrando ser más inteligente y estratégico que el resto sin caer en el juego sucio. Se había reservado la sutileza para otro

momento y pedía sin discreción ni disimulo lo que esperaba para poder tener un compromiso con Hannah

—Me parece justo lo que pide; sin embargo, el problema es Hannah. Usted lo ve con sus propios ojos. Está sumergida en el cuidado de su mascota. Es así como veo esta relación. Ella lo sobreprotege.

—Lo sé. Hablaré con ella, solo no quería hacerlo a sus espaldas, milord. Quería que estuviese informado de mis movimientos por respeto. Sabré entender si ella no es para mí, aunque ya la considero una buena amiga.

—¿Amiga? Si la considera de esa manera, lo mejor es que se abstenga del matrimonio. Este no puede sostenerse con amistad y libros, lo hacen con hijos y convivencia no tan armónica. No mentiré, es difícil casarse y más cuando la mujer tiene una familia tan grande. Créame cuando le digo que emparentar con esta gente no es lo más inteligente que he hecho, pero cuando los sentimientos mantienen cautiva a la razón, poco o nada se puede hacer. Usted está a tiempo de... recapacitar.

—Sí, lo sé, pero ella me agrada. Seamos francos, lord Cholmondeley, no conseguiré a otra mujer que me entienda como milady puede hacerlo. He hablado con muchas y mi conclusión no es nada alentadora. Para un hombre convencional como yo, no hay muchas damas interesadas por más que tenga dinero, estatus y sea

atractivo. Carezco de la viveza de los caballeros de mundo y no siento atracción por meterme en eso.

—No se pierde de mucho, pero... ¿puedo ser indiscreto?

—Pregunte lo que quiera.

—¿Usted es puro y casto?

Lord Merton se sonrojó, aunque no fue el único, su interlocutor estaba tan rojo como él. Su rostro parecía un tomate.

—No. He tenido un principio de juventud un poco difícil después de que mi padre, en un momento de locura, me llevara a un burdel cuando tenía diecisiete años y no me dejó salir hasta que comprobara que era un verdadero hombre y para eso debía acostarme con una mujer del sitio y él debía presenciarlo. Él odiaba mis libros y mi pasión por la música y el arte. Creía que yo era uno de esos... usted sabe, amanerados.

—No debió ser la mejor experiencia para usted, lord Merton. Lamento que su inicio en el mundo sexual fuese tan brusco y público.

—No puedo pasar por ese lugar sin recordar la humillación, pero para mi buena fortuna mi padre está muerto.

Daniel se mordió los labios para evitar decir que lo último que pronunció era bastante cruel, aunque justo, al menos después de lo que él había contado.

Ambos siguieron hablando hasta quedar en que Andrew hablaría con Hannah sobre un posible compromiso. Daniel esperaba que lord Stern se adelantara, porque percibía este acercamiento entre ellos como el principio de la adición del próximo concuñado, y este era uno que, pese a ser agradable, tenía las intenciones más oscuras, siendo capaz de todo para defender a los suyos.

A Hannah y Owen solo les interrumpió el sonido de los aplausos en el salón, rompiendo de esa forma el encanto que los rodeaba. Estaban sumergidos en ese instante de cercanía y confesión.

—Es hora de que regrese... —dijo Hannah con un poco de tristeza en su voz.

—Supongo que lord Merton ya desea hincarle los dientes. Él es el siguiente.

—Si no desea que baile con él, puedo venir aquí y...

—No, usted no va con él a ningún lugar. Prefiero poder vigilar que nadie se aproveche de su inocencia. Ni el hombre que parezca más bueno puede resistirse a la tentación de una mujer hermosa.

—Lord Merton sería incapaz... Él me ha dado esto... —Ella le mostró el papel con frases destacadas de un libro. Ninguna de ellas le sugería un aspecto romántico.

—Puede ser un mensaje en clave. Esta clase de caballeros más instruidos, también tienen más mañas, mi querida lady Hannah.

—Ve fantasmas en donde solo hay algo limpio y puro...

—Bla, bla, bla. Claro, por supuesto. Lo único limpio y puro es la ingenuidad que tiene. Se queda en el salón, baila lo más alejada que pueda y yo verifico.

—¿Usted bailará?

—No. Soy un poco repelente con las damas. Debo admitir que nunca me he destacado por ser el más caballeroso de los varones del salón. Siempre preferí apartarme. Para muchos, bailar es casi un compromiso consumado y, la verdad, durante mis mejores años he huido del matrimonio. Me temo que algunas matronas quizá se acuerden de mí.

—Me alegro de no tener que verlo bailar con otras personas. Los celos son algo con lo que quiero dejar de lidiar alguna vez. Durante toda mi vida, estuve rodeada de frivolidad, envidia y celos entre hermanas. Ha sido una triste tendencia desde que nuestro padre murió y desde que Daniel asumió la carga. No ha querido acogernos como hijas, sino más bien como hermanas, aunque él

tiene un concepto extraño de familia, mientras más lejos nos tiene, se siente más feliz. Siempre ha dicho que es muy joven para tener hijas de nuestras edades. Lo entiendo, cumple con su papel de hermano mayor y lo apreciamos, pero yo aún extraño el abrazo de mi padre cuando entraba en su despacho. El aroma de la tinta mezclada con su cigarro era algo que me transportaba hasta sus últimos días. Ese olor todavía sigue en casa, alimentado por Daniel, aunque ya no es lo mismo. Las ausencias se notan.

—Pesan más las malas presencias que las buenas ausencias, Hannah. La persona que más quería me traicionó. La amaba tanto, era mi madre, la única que conocí. La dama del enorme retrato de la galería es solo una imagen más, porque la persona que me acunaba con afecto era Rowena. ¿Cuándo su afecto se transformó en odio? ¿Alguna vez me quiso como a un hijo?

Capítulo 26

Después de aquella conversación profunda y de que los pies de ella descansaran, Hannah hizo una reverencia para despedirse de Owen, a quien dejó en el jardín.

Él la observó mientras ella regresaba al salón para cumplir con su siguiente pieza. Al poco tiempo de quedarse solo, aunque sonriente por saber que estaba más cerca que nunca de ser feliz, sintió que alguien se sentó a su lado.

—Eso fue un poco desfachatado de su parte, lord Stern. Mi cuñada ha sido manoseada por usted, solo le faltó meterse bajo su falda...

La voz de lord Cholmondeley hizo que, por un lado, se asustara, aunque por otro sonreía por cómo aquel decía las palabras.

—Admito que no he podido contenerme. Una reconciliación amerita un poco de contacto.

—Sería comprensible que ustedes alguna vez llegaron a ser algo; sin embargo, no me queda claro en qué parte del camino al matrimonio estamos, lord Stern. Usted sabe que me agrada, pero no por eso puede abusar de mi generosidad ni de mi carga obligada. Además, tengo una noticia para usted...

—¿Cuál sería?

—Lord Merton le pedirá matrimonio a Hannah, al menos lo mencionará esta noche, durante el baile.

Owen se levantó del banco como un resorte y miró hacia el salón. Su pecho latía con fuerza, ella había ido hacia ahí, a encontrarse directamente con una propuesta importante. Sentía que el calor subía hasta su cabeza y comenzó a dudar. Ya no se sentía tan confiado.

—Usted no puede permitir eso —afirmó Owen con presteza.

Daniel se encogió de hombros, se acomodó en el banco, recostándose en el espaldero de este.

—Una propuesta de matrimonio vale más que mil intenciones de lo mismo. Ella sabrá qué decirle a lord Merton. ¿Cree que lo escogerá a usted que prioriza otras cosas o a un hombre que le entrega frases de libros en un papel doblado? Esto último es tan triste y patético. Me dan ganas de darle una bofetada a este hombre.

—No puede ganarme, esto es tan humillante. Es risible que un varón como ese pueda aventajarme. Lord Cholmondeley...

—Solo podría oponerme con una oferta concreta de matrimonio, no será un sacrificio para quien esté interesado.

Lord Stern sabía que el conde de Cholmondeley estaba jugando con sus emociones al insinuar tales cosas. Se desesperaba por este asunto porque no quería que Hannah lo comparara con lord Merton y se diese cuenta de que era más de lo que él podría ofrecerle.

—Quiero la mano de milady. Ahora opóngase a esto.

—No puedo oponerme a un baile inocente. También, debo decirle que, sin un anillo y sin un acuerdo firmado por su parte, dudo que podamos hacer un trato.

Él se pasó las manos por el cabello y volvió a sentarse.

—Iré esta misma noche a su casa. De hecho, iba a hablar con usted, pero pensé que tenía la tranquilidad de mi lado; sin embargo, no me había dado cuenta de la sombra que se acercaba.

—Se durmió en los laureles, pero ahora está a tiempo de despertar...

Mientras los dos hablaban, Hannah fue llevada por lord Merton al centro del salón para bailar. Se sentía mejor después del descanso en sus pies.

—La he visto en el jardín, milady —pronunció Andrew con una media sonrisa—, y no estaba sola...

Ella se sonrojó al instante al darse cuenta de lo que él insinuaba.

—Si nos ha visto no tengo mucho que decirle. Sabe que no hemos hecho nada inadecuado.

—Lo sé. Quería hablarle sobre algo importante para mí y creo que también para usted.

—Lo escucho.

—Sé que usted tiene una historia importante con lord Stern, pero quisiera hacerle esta pregunta que he pensado por días. ¿Estaría interesada en casarse conmigo?

Hannah se quedó de piedra en un lugar. Los demás bailaban y ella estaba quieta, con el rostro desencajado por la impresión y con el corazón latiendo como si tuviese una diligencia en el pecho. Los ojos de Andrew la observaron con interés, a la vez que él también tuvo que quedarse quieto. Eran los únicos que no estaban en sintonía con la pieza.

—¿Milady? —pronunció Andrew con delicadeza para que ella pudiese decir algo.

Cuando Hannah salió de su letargo, observó su alrededor y se dio cuenta de que los demás estaban bailando y ella no. El resto la miraba con desaprobación. Era una situación vergonzosa. La señorita

Carlington había dicho que, ante las situaciones que atentaban contra su honor o su buen juicio, usara la técnica de las cabras: fingir estar muerta. De esta manera evitaría alguna confrontación. Era una salida desesperada, pero ante la pregunta de lord Merton y los ojos que la juzgaban, prefirió darle un beso al piso. Fingió desvanecerse. La multitud se agolpaba a su alrededor y Andrew, con desesperación en su voz, trataba de que ella despertara.

—¡Daniel! ¡Es Hannah! ¡Ha perdido el conocimiento! —expresó la condesa, desesperada, corriendo hacia su yerno que estaba fumando en el jardín en compañía de lord Stern.

Ambos caballeros no perdieron tiempo y fueron hacia el centro del salón en donde ella estaba tendida como si quisiera convertirse en una alfombra.

Daniel se apretó los ojos y no porque me preocupase lo que ocurría con Hannah, sino por la vergüenza pública. Era evidente que ella había usado «la cabra» para arrojarse al suelo, pues una desmayada no debería parecer tan inmaculada. Sabía que las hermanas Hess se veían bien incluso en sus momentos de parto.

La mirada de Owen se dirigió a lord Merton, culpándolo por el incidente con ella. Se acercó a aquel y lo cogió con fuerza del brazo.

—Si le ha hecho algo, créame que no seré generoso con usted, lord Merton. Ella es tan frágil como el aleteo de una mariposa —

espetó Owen turnando su mirada entre Andrew y la joven. No sabía si debía golpearlo o auxiliar a Hannah.

—Hay que llevarla a una habitación —dijo la anfitriona—. Le daremos unas sales y eso será todo. Aquí no ha pasado nada. Solo debe ser un corsé apretado.

Como había dicho la anfitriona, Daniel cogió a su cuñada en brazos para llevarla a la biblioteca en donde tenían un diván para que ella pudiese reposar. Mientras la llevaba tenía los dientes apretados queriendo decirle lo que merecía a esa jovencita.

—De resultar esto en la técnica de la cabra, tendrás muchos problemas en casa, Hannah... —murmuró casi inaudible para el séquito preocupado de la joven.

La anfitriona solo dejó pasar a la familia. Lord Stern y lord Merton quedaron frente a la biblioteca mirándose como si cada uno tuviese un pedazo de estiércol en lugar de ojos.

—Sabrán comprender que es un momento un poco tenso, caballeros, pero no hay nada que unas sales no puedan solucionar —alegó la anfitriona con las sales en la mano para llevarle eso a la joven para que pudiese reponerse lo más pronto posible. Entró a la estancia y se acercó a la condesa viuda—. Esto le ayudará para recuperarse, milady.

—Se lo agradezco —musitó la madre con verdadero sentir. Estaba preocupada por Hannah.

Hannah escuchaba todo lo que se decía sobre ella. La amenaza de su cuñado resonaba en su mente, pero no podía decirle nada, pues terminaría con un castigo perpetuo, aunque él ya sospechaba todo. Era un viejo lobo inteligente, conocedor de todas las excusas existentes y por existir.

—Gracias por su ayuda, milady —respondió Daniel a la dama.

—No se preocupe. Espero que se recupere pronto ella es el éxito de esta noche. Los esperaré en el salón cuando estén listos para regresar.

La mujer se despidió y salió del sitio. Entonces, Daniel colocó su rostro frente a su cuñada antes de que la condesa viuda le diera las sales.

—Solo falta que quites la lengua, Hannah. ¿Quieres parecer desmayada o la piel de un animal como tapizado? Levántate antes de que te levante con un grito que se escuchará hasta en Cheshire —espetó Daniel con determinación.

Ella abrió sus ojos azules y se incorporó. Los rostros de su madre y del señor Sinclair estaban descoloridos quizá por la preocupación o la impresión. No sabía cuál de los dos.

—Lo sabía. Sé lo que hiciste, la pregunta es, ¿por qué? —cuestionó Daniel.

—Es muy simple. Lord Merton me ha pedido matrimonio —confesó sin rodeos.

—¡Oh! ¡Qué maravilla! ¡Otra hija casada! ¿Escuchó, señor Sinclair? Mis hijas son un gran éxito —expresó la condesa viuda, emocionada por más bodas en la familia.

—Madre, el problema es que no puedo aceptarlo. Quiero estar con lord Stern y él también me propondrá matrimonio, me lo ha dicho.

—Lo que dices es cierto, Hannah. Solo te sugiero que esperes para aceptar o rechazar a alguno. Cuando veas el anillo del hombre que deseas que te soporte harás lo que quieras, pero lo conveniente es que aguardes y ahora te preocupes por lo que ocurrirá contigo en casa una vez que estemos ahí. Ahora debemos continuar o ir a casa. Tienes compromisos por cumplir. Di que el corsé estaba apretado y por eso te desmayaste. Si puedes mentir de una manera puedes hacerlo de otras.

—Sabes que elegiré a lord Stern por encima de cualquiera, pero ¿cómo se lo digo a lord Merton? Me parte el corazón que sea un buen hombre y que no pueda corresponder a su pedida de mano.

—Pues esto ocurre con más frecuencia de lo que crees. Es algo por lo que tendrás que pasar, aunque, como te dije, espera a que lord Stern haga su parte. Es a él a quien debes presionar y lo mejor que puedes hacer es decirle que consideras como válida la propuesta de lord Merton y que, hasta que él no me pida tu mano formalmente. Con eso conseguirás tenerlo arrastrándose.

—Esa idea es tan retorcida que no podría convencer a alguien cuerdo, pero a mí sí.

—¡Es una gran idea, querida! Una hija con dos propuestas de matrimonio es una gran ventaja. Tal vez podamos persuadir a lord Merton que espere a por Alethea unos tres años —propuso la madre de la joven con los ojos brillantes, pero las miradas de su yerno y de su hija eran de completa incredulidad. Casi le hacían pensar que ella estaba loca.

—Lord Merton es un hombre bueno, demasiado para Alethea. No es un caballero que me encante para cuñado y no por las razones correctas, sino porque necesito gente imperfecta, pero eso no significa que lo arrojaré a los leones, ¿no es así? —inquirió lord Cholmondeley.

—Estoy de acuerdo con Daniel. Lord Merton no merece ser torturado por ella y mucho menos disecado —alegó Hannah.

—Ahora milady debe salir a enfrentar lo que ha pasado y hablar con el caballero con el que estaba. Lord Stern sabrá comprender si

ha hablado con ella. No debería ser un inconveniente que la vea irse con él de vuelta al salón —propuso el señor Sinclair.

—¿No puedo disculparme por un dolor de pies? —curioseó la joven.

—No me hagas rugir como un animal, Hannah —masculló Daniel que estaba cansado de las tonterías de esa joven.

Ella agachó la cabeza avergonzada.

Fuera de la biblioteca, Owen caminaba de un lado al otro, mientras que Andrew tarareaba una canción como si fuese un hada del bosque que estaba en paz. Lo único que le faltaba era que miles de pájaros cantaran a su alrededor y una paloma se posara en sus manos para convertirlo en una figura venerable. Eran tan distintos que lord Stern pensaba que a él en lugar de paloma le bajaría un murciélago.

Tenía atorado a lord Merton por el hecho de que se estaba enamorando de Hannah y ella era de su propiedad sin importarle las reglas o lo que los demás pensaran. Sin dudas, Johnny tuvo razón todo el tiempo: debió pedirla en matrimonio y solo mantener el asunto en absoluto secreto.

Los dos oyeron el sonido de la puerta. Lord Cholmondeley salió en primera instancia.

—Lord Stern, acompáñeme —ordenó.

El corazón de Owen cayó al piso, no podría abordar a su amada al salir y la dejaría a merced de aquel hombre tan desesperadamente pacífico.

Capítulo 27

Después de que su cuñado se llevara a lord Stern, Hannah salió en compañía de su madre y del señor Sinclair. De frente a ella estaba Andrew con el rostro teñido por la preocupación.

—¿Se encuentra bien, milady? Disculpe si he sido el culpable de su desgracia —se apresuró a decir casi tropezándose con las palabras.

—No se preocupe, lord Merton, ha sido mi culpa, el corsé estaba apretado. Usted sabe, la presión de verse bien siendo la sensación de la temporada —dijo Hannah, excusándose.

—En verdad lo lamento mucho...

Aquel seguía disculpándose con torpeza, pero con un gran sentido de responsabilidad.

Su madre y el señor Sinclair se adelantaron un par de pasos para que ellos pudiesen conversar.

—Sobre su propuesta, lord Merton...

—Olvide eso si le hace daño, milady. No quisiera que por mi culpa tuviese otro colapso.

—No, milord. Eso no ha tenido nada que ver en lo que ocurrió —se disculpó profusamente. Se sentía tan mal al herir a un hombre bueno—. Quisiera decirle que consideraré su ofrecimiento. Puede conversar de este asunto con Daniel, porque... Ha recibido otra propuesta, pero por parte de lord Stern...

Se sonrojó después de decirle eso a lord Merton. Lo miró de reojo para leer su expresión.

—Eso explica la razón por la que él estaba tan preocupado por usted y no dudó en culparme por su desmayo. La ha defendido como un león.

—No ha tenido razón para culparlo. No he podido controlar esto que ocurrió, no se culpe, se lo ruego.

—Usted solo debe decir que me haga a un lado, milady. Podemos mantener una amistad si a él le parece bien.

—Lord Merton, no se adelante en ningún aspecto, ni en un rechazo ni una aceptación. Es cuestión de esperar un poco, por eso le pido que hable con mi cuñado sobre este asunto. Él sabrá qué decir y lo que más me conviene.

Lord Merton sospechaba que lo que hacía Hannah era darle una falsa esperanza. Ella ya tenía lo que quería que era al conde de Stern. Este también parecía demasiado enamorado de la joven como para interponerse entre ellos.

***

Daniel y lord Stern salieron de la fiesta y fueron hacia donde se encontraban los carruajes en fila.

—Seré breve, lord Stern. Hannah ha conseguido tiempo para usted poniendo en riesgo una propuesta de matrimonio importante. Si no aparece mañana en mi casa con un anillo para pedir la mano de ella, se la concederé a lord Merton. Esa pequeña rufián utilizó la técnica de la cabra.

—¿La cabra?

—Hacerse la desmayada. Cuando lord Merton dijo que quería casarse con ella en medio del salón, en pleno baile, no se le ocurrió mejor idea que creerse una alfombra. No la culpo, es lo más inteligente que puede hacer una hermana Hess de sus capacidades. No todas son tan inteligentes como mi esposa.

—Entiendo. A mí me parece que ha sido muy inteligente. Lord Cholmondeley, me tendrá mañana en su casa, es una promesa.

—Ahora que vive con esas personas otra vez, cuídese, porque eso significa que también cuidará de Hannah. No se deje matar.

—Por supuesto que no. Ellos son los que deben temerme. El juego ha cambiado y yo tengo la ventaja. Lo importante es

mantener este compromiso en el silencio hasta que sea seguro.

—Entonces es conveniente que lord Merton siga haciendo el papel de hombre caballeroso que puede protegerla con un falso interés. Lo mantendré ilusionado para que cumpla.

—Mientras menos milady se exponga a pasar tiempo con él, sus posibilidades de que se enamoren serán menores. No quiero sorpresas como que este hombre la sedujo. Lady Hannah es compatible con ese hombre porque ambos son parecidos, un tanto lectores introvertidos, es mejor no darles tanta libertad. Es mejor que ella siga siendo la sensación de la temporada sin que nadie sospeche que es mi prometida.

—Y aún no lo es. Mañana es un día importante para usted. Dilatamos esto para que integre la familia. —Daniel le puso una mano en el hombro—. Ahora la carga es menor, ya tengo más espaldas para cargar el peso de la familia Hess.

—Para mí será un honor, aunque la menor de sus cuñadas no ha sido de mi agrado, tal vez sea un poco clasista.

—Ella no importa, le quedan solo tres años y la tolerará por ese tiempo, yo llevo demasiados con ella y uno se acostumbra a tener la piel tan dura como la de un caimán. Es una cuestión de supervivencia.

Una vez que terminaron su conversación, Owen partió a su residencia. Sabía que se encontraría con su familia, pero no le importaba, necesitaba conseguir ese anillo y firmar el acuerdo o perdería a Hannah para siempre. Gracias a Dios, su lucidez lo ayudó a darse cuenta de lo que estuvo a punto de perder. Lord Merton no sería un mal esposo para Hannah, pero jamás sería lo que ella deseaba, aquella lo amaba y él le correspondía. Después de estar abrazando a la muerte y comenzar su venganza, se daba cuenta de que el tiempo era corto para lo que uno deseaba. Podía invertir todo en vengarse, mas podría perder el futuro que le otorgaría felicidad a lado de esa dama.

Dentro del carruaje había dejado los papeles que le había dado el señor Sinclair y con los que endulzaría los oídos de su madrastra y Charles. Con eso se mantendrían confiados en que él era un tonto, crédulo y confiado.

Al llegar a su residencia entró al salón, pero no encontró a nadie de su familia, solo a Igor que le abrió la puerta.

—Menos mal que ha llegado, milord. Milady me ha usado como si fuese una doncella. Estuvo a punto de pedirme que le quitara el vestido, a lo que me negué por decencia... —musitó Igor que miraba a su alrededor buscando algún polizón.

—Es una furcia, pero debes darle lo que pide, que crea que sirves a varios dioses. Ahora, acompáñame al despacho, buscaré un anillo para comprometerme con lady Hannah Hess. Igor, estuve a un

paso de perderla, aún lo estoy, pero con lord Cholmondeley de mi lado esto es pan comido.

Los dos fueron al despacho, pero ahí encontraron a Charles, rebuscándose en los cajones o al menos intentaba abrirlos con un alicate.

—¿Se te ha perdido algo, Charles? —preguntó Owen tratando de ocultar su indignación.

Charles se sonrojó y dejó caer su intento de llave.

—Owen, has regresado. No has estado en todo el día. Admito que estoy buscando dinero, ya sabes, estoy quebrado.

—Oh, pobrecito. No te preocupes, puedes sacar más dinero con estos poderes que traje. Solo debes usarlo con inteligencia, no vayas a rondas de juego.

—Me ofende que pienses que iré a gastar esto en una ronda...

—Tal vez llegues a dos, no lo sabemos. Confío en que harás rendir el dinero.

—No importa que te estés burlando, lo importante es lo que me das. —Charles le dio un abrazo rápido a su hermano antes de arrebatarle los papeles para irse con ellos.

Lord Stern suspiró. Su hermano solo tenía un gran cariño por él cuando le daba dinero. Eso ni siquiera podía ponerle triste, no valía la pena. Tampoco le resultaba doloroso, al menos ya no, pues todo el dolor y la decepción lo había sentido semanas atrás. Logró salvarse y continuaría con vida, los únicos que deberían preocuparse por sus vidas en este instante eran ellos.

***

Al día siguiente, Rowena salió a caminar y en el camino se encontró con algunas conocidas que le hablaban de Owen y su delgadez. Ella solo les decía que al parecer se están recuperando de una larga enfermedad.

Estaban viviendo una extraña cotidianeidad, pues él les daba dinero como antes, aunque pasaba menos tiempo dentro de la casa en compañía de ella y Charles.

—Mi querido sobrino, el marqués de Paddington, quedó muy decepcionado anoche en una de las veladas a la que asistió. Lady Hannah Hess es la beldad de la temporada y él tuvo su momento de conversar con ella. Creía que la tenía en sus manos y que podría conseguir más que un baile; sin embargo, lord Stern, tu querido hijo, Rowena, apareció para decir que estaba en tratativas para pedirla en matrimonio, ¿qué sabe de eso? Creemos que lord Stern es atractivo en todos los aspectos, pero mi sobrino es un marqués. Deberías conversar con él para persuadirlo de que se aleje de ella... —dijo una de sus amigas.

—Owen no ya dicho nada sobre ninguna dama, debe ser un error... —Rowena sentía que su panorama empeoraba. No solo él había logrado salvarse, si lo que decía esa mujer llegara a ser cierto, las cosas se complicarían aún más, puesto que existía la posibilidad de que tuviese un hijo, es decir, al próximo y verdadero heredero.

—Sería bueno que conversarlas con él, un conde no está nada mal, pero un marqués es mejor... —dijo otra de ellas.

—Pero si el corazón de la joven le pertenece a él, no importa el dinero ni el título de un marqués —afirmó otra—. Además, sabremos que lord Stern es más joven y atractivo que tu sobrino, querida...

Mientras las otras damas se sumergían en un acalorado debate sobre el dinero, título y atractivo de ambos caballeros, Rowena hacía trabajar la maquinaria de su cerebro. Debía conocer a la tal lady Hannah Hess solo para descartarla si esto era chisme sin fundamento o si debía tomar en serio lo que ocurría. Owen estaba muy raro y ella averiguaría todo.

***

Owen había escogido el anillo de compromiso que le perteneció a una de sus parientes femeninas, un precioso zafiro con diamantes incrustados alrededor era lo que había seleccionado. No estaba loco para coger el anillo de compromiso de Rowena que también fue el de su propia madre. Esperaba que pronto pudiese deshacerse de ese

para dejar atrás toda la pesadilla que había vivido en el último año. Todavía no podía creer cómo había cambiado su vida en tan poco tiempo. De tener la familia que amaba a perderlo todo y darse cuenta de que eran desperdicios de tiempo y dinero. Su amor se transformó en un odio considerable, tanto que el valor de sus vidas se reducía a nada. Le daría la misma importancia a las suyas como se la dieron a él.

Salió de la casa después de que su madrastra lo hiciese primero. Charles seguía durmiendo, pues aquel no tenía nada bueno ni productivo que hacer. Mientras más horas dormía, por más tiempo conservaba su dinero.

Partió a casa de lord Cholmondeley con el anillo y la ilusión del futuro. No le duró mucho la determinación por protegerla con el alejamiento, era un sufrimiento para ambos. Además, ella se mostraba intensa en su campaña por conseguir a un caballero que lo reemplazara y le reprochaba activamente sus decisiones. No podía vivir de esa manera. Sabía que, si Hannah era así antes del compromiso, sería mucho peor una vez que se casará, pero a él les resultaba encantador su carácter fuerte y decidido, eso sería bueno para mantenerlo siempre en el buen camino.

Al llegar a la residencia, la sonrisa de Humbert lo recibió y le hizo pasar hasta el salón en donde estaba el señor Sinclair, la condesa viuda, Hannah y lord Cholmondeley conviviendo como una gran familia feliz.

—Lord Stern... Los primeros rayos del sol lo han metido por nuestra puerta esta mañana. El interés es la medida de la acción y usted sabe lo que eso significa —musitó Daniel con satisfacción.

Hannah levantó la mirada de su aburrido bordado y vio ahí a Owen, él había cumplido con ir. Eso la llenaba de felicidad. Una sonrisa se formó en su rostro, porque ya sabía que sería feliz como sus hermanas o, al menos, eso esperaba. Quería que las razones que lo llevaran ahí fueran las correctas de desear estar a su lado.

—Buen día, lord Cholmondeley. Espero que esté de buen humor para charlar conmigo sobre el compromiso con milady.

La madre de Hannah cogió con fuerza la mano del señor Sinclair, pues no podía contener la emoción del momento. Otra hija casada y bendecida en la familia.

Capítulo 28

Lord Cholmondeley le pidió a Owen con un gesto de cabeza que saludara a Hannah para después ir a conversar sobre el compromiso sin ataduras ni inconvenientes.

Ella se sonrojó cuando vio a lord Stern acercándose para coger su mano entre las suyas y dejar un beso ahí.

—Después de terminar mi charla con lord Cholmondeley quisiera conversar con usted —dijo con los ojos llenos de coquetería y picardía. Algo que antes, al menos cuando estuvo en Cheshire, no había mostrado por las características de su estancia en el sitio.

—Lo esperaré aquí. Sé que el tiempo se hará eterno…

—Basta de tonterías, pase, lord Stern —bufó Daniel al oír las palabras melosas de Hannah.

Los dos fueron hacia el despacho y Daniel le indicó que tomara asiento para comenzar la discusión, pero antes agitó la campanilla para que Humbert se presentara.

—Con permiso, milord. ¿Se le ofrece algo? —preguntó el sirviente.

—Sí, trae al señor Sinclair, aquí necesitamos firmar documentos. Nadie dejará plantada a mi cuñada sin consecuencias. No se asuste, lord Stern, es solo para proteger a Hannah. Usted sabe sobre la reputación de las damas. Además, aún tengo una más que representa una gran complicación. No puedo darme el lujo de que alguna protagonice un escándalo. Y después, sírvenos algo para festejar.

—Por supuesto, milord, buscaré el mejor whisky en la reserva.

Daniel asintió y le entregó una sonrisa carismática a Owen.

—Sé que quiere asegurar la vida de milady y estoy de acuerdo. Firmaré todo lo que me ponga enfrente con tal de que lord Merton no se arrime a su falda. —Owen buscó en su bolsillo una pequeña bolsa de terciopelo y se la enseñó a Daniel—. Este es el anillo con el que le propondré matrimonio.

Lord Cholmondeley lo cogió y sacó de la bolsita el suntuoso anillo.

—Muy decente hasta inmerecido para ella diría yo, aunque como es mi cuñada debo apoyarla. ¿Sabe que una vez que ella se ponga el anillo quedará expuesta? Al menos la mayoría sabrá que está comprometida.

—Lo importante es mantenerme en las sombras, puede llevar el anillo, nadie lo reconocerá.

—Entonces, comencemos…

***

Mientras en el despacho decidían su futuro, ella estaba en el salón intentando parecer calmada, pero no lo lograba y no era porque ella no lo quisiera, sino que su madre estaba tan extasiada con el compromiso que no dejaba de hablar de la vida y que solo le faltaría una hija más por casar.

—Te vas a casar con un conde. Oh, Hannah, tú eres la más parecida a mí. Espero que seas tan feliz con lord Stern como yo lo fui con tu padre hasta el último día. Tuvimos una familia maravillosa y el gran regalo han sido ustedes. Su muerte fue tan dura que perdí el rumbo. Después de que Alethea se case, continuaré con mi vida al lado del señor Sinclair, aunque siempre honrando a mi esposo.

—Lo sé, madre. Entiendo sus razones por las que ha dejado en pausa su vida. Tener muchas hijas y con la muerte de nuestro padre no ha sido fácil. Lo importante es que después de ese año tan difícil en el que tuvimos que aprender a sobrevivir sin un hombre en casa, Daniel llegó a nuestras vidas.

—Él es como un hijo para mí. De no ser por Daniel, no sé qué sería de ustedes, mis amadas damitas. Su padre soñaba con un gran futuro para ustedes, pese al temor de no alcanzar a verlas casarse. Ahora lo están logrando.

—Nuestro padre estará orgulloso de todas, aunque no sé si sienta orgulloso de Alethea.

—Por supuesto que lo estará, ya sabes que era su última bebé.

Una vez que su madre llevó sus pensamientos nostálgicos a un punto en el que comenzaba a amenazar la tranquilidad de Hannah, ella fue al jardín. Ahí no había tanto espacio para practicar tiro con arco, pero no perdía nada con sentarse en el banco para hacer un boceto de alguna cosa que pudiese, ya que no era tan talentosa con la pintura.

En el tiempo que a ella le pareció una eternidad, vio a lord Stern caminando en su dirección. Aquel parecía ser otro hombre, uno que no cargaba el mundo en su espalda, un joven de su edad esperando que el futuro fuese interesante.

—Hannah… —pronunció bajando una rodilla al suelo. Su respiración se agitaba y suspiraba para calmarse. Su corazón también latía con fuerza. Sospechaba que le diría que sí a su pregunta, pero la duda siempre estaba ahí.

—Lord Stern… —Ella tragó saliva y después apretó sus dedos con fuerza.

—He firmado hasta mi propia acta de defunción con tal de tener la oportunidad de pedirle que se casara conmigo. No puedo dejar

que usted se case con otro. Soy un ser egoísta y egocéntrico, la idea de que esté bailando con varios caballeros me enferma. Hasta llegué al punto de decirle a mi amigo, Johnny, que estuviese siguiéndola en los salones, él me mantenía informado de todo lo que usted hacía.

—Es una buena razón para apresurarse a pedirme matrimonio. Lord Merton quería ganar su lugar, milord.

—Puede intentar ganar un lugar junto a usted, pero su corazón es mío. Tenemos algo que ha nacido en medio del dolor y la desgracia, me ha visto como no desearía que nadie me viera y ha aceptado mis besos. Si eso no es amor de verdad, ¿qué más puede ser? No era de una persona que creyera en sentimientos, pero desde que la conozco, estos pueden más que la razón. Sé que quise mantenerla al margen de mi situación para que no cayera como víctima, mas lord Cholmondeley y Johnny me han convencido de decirle que sí estará a mi lado, existen riesgos para su vida, al menos de manera temporal. Si me acepta con esos inconvenientes, nos espera una vida juntos.

—Si logramos sobrevivir a su familia…

—Haré lo que sea necesario para protegerla, Hannah. Puede lucir este anillo que escogí para usted. Solo mantenga mi nombre en secreto por su seguridad. Es el acuerdo al que llegué con lord Cholmondeley para mi tranquilidad. Si a usted le pasa algo, no podré soportarlo.

Estaba conmovida por la devoción de lord Stern hacia ella. Su preocupación la hacía sentir más querida que nunca.

Él le enseñó el anillo y después cogió su mano para deslizarlo en su dedo. Lo hizo con suavidad, creyendo en su fragilidad.

Los ojos de Hannah se perdieron en el zafiro que brillaba triunfante en ella. Aquel era como la consecución de un final, llegar a la meta más importante que tenían los dos.

—Es un anillo majestuoso, milord...

—Owen, puede llamarme así, estamos comprometidos. No veo la necesidad de continuar con un trato tan impersonal. Pronto compartiremos lecho...

—¿Solo puede pensar en eso?

—Admito que no debería, pero mentiría si dijera que no me apetece verla esperándome en la cama. Le prometo cambiar todas las camas de mi residencia en las que se acostó esa bruja. Llevo mucho tiempo sin poder complacerme un poco, no me culpe por pensar en usted de manera inapropiada en ocasiones. No tema de mí, pues he prometido cuidarla y respetarla frente a lord Cholmondeley.

El sonrojo recorrió el rostro de la joven al oírle decir esas cosas que no eran nada dignas para una dama, pero para ella

representaba ser deseada por alguien a quien quería. Lejos de sentirse ofendida, se sentía complacida, puesto que, de esa forma, su matrimonio sería como lo había imaginado.

—¿Este anillo me lo ha dado a mí primero o a Daniel?

—Admito que lord Cholmondeley se lo puso en el dedo meñique, solo lo hizo para probar si era apto para usted.

—Entonces primero se ha comprometido con él. Eso suena demasiado a él. Considero que lo ha hecho con los demás. No se crea tan especial, es el tercero en su lista de favoritos, Robert es su favorito.

—Lo he notado. No me incomodará ser el concuñado favorito, lo importante es estar a su lado, el resto son solo personas.

Sus ojos se intercalaban entre el anillo y el rostro de su prometido. Apenas contenía la emoción desbordante. Ella acarició el rostro de Owen con afecto y le dio un beso en la frente como agradecimiento.

—Esto demuestra que me ama más que a su venganza, lord Stern. Temía que no lo hiciera y que yo tuviese que conformarme solo con un hombre amable como Andrew. No puedo decir que sería infeliz, pero él no es lo que esperaba, porque usted conquistó mi corazón cuando yo menos lo esperaba.

—Si usted no lo esperaba, qué me quedaba a mí que fui a buscar una oportunidad de escapar de la muerte. No solo conseguí seguir con vida, sino que encontré algo mucho mejor en el camino: a la mujer más hermosa, inteligente y sensible, alguien que en mi antigua vida de andanzas jamás podría haber tenido en cuenta. Créame, Hannah, cuando le digo que he sido bastante sinvergüenza y que he cambiado gracias a que Rowena casi me mata. Si algo tengo que agradecer es que la encontré y nada más, porque casi pierdo hasta la cordura por lo que me hacían.

—Pero aquí está más decidido que nunca. Cuente conmigo si lo que quiere es vengarse. Tiene el apoyo de mi familia, porque ya es un miembro más. Aquí jamás le darán la espalda. Tal vez no seamos perfectos, pero tenemos mucho sentido de pertenencia y defendemos lo que creemos correcto. Usted solo cree que es el único que ha cambiado su vida. La mía, que siempre estuvo sumida en la competencia y el egoísmo, ha salido de ahí gracias a haberlo encontrado siendo devorado por gansos. Al menos me alegro de que se acercara al estanque correcto.

Los dos rieron a carcajadas al recordar la forma en la que se conocieron. Se veían felices, al menos eso era lo que notaba los que estaban observándolos desde la ventana.

—Milady se ve tan feliz con lord Stern —dijo Sarah que suspiraba ante tanto afecto.

—Sí, lo están. Esperemos que dure —declaró Daniel—. Es ahora el momento de ver cuánto soportará este amor.

***

Rowena no podía dejar de pensar en lo que había escuchado sobre Owen. Necesitaba saber si era verdad.

—Igor, tú que sabes lo que hace tu amo, ¿sabes sobre alguna joven a la que pueda estar cortejando?

Para su buena fortuna, Igor era capaz de ocultar sus emociones detrás de una fachada de hombre indiferente.

—No, milady. Desconozco que tenga alguna dama en especial, pues como sabe, pasa mucho tiempo en lo del señor Johnny, usted sabe con qué fines.

Por un lado, Rowena le dio la razón al sirviente, pues era cierto que acostumbraba a ir al club de Johnny a divertirse con mujeres. Era evidente que había vuelto a su antigua vida de andanzas. Se tranquilizó por un momento y después se acercó a Igor para acariciarle un brazo.

—Igor, necesito que me mantengas informada sobre lo que hace Owen, me preocupa este jovencito. Te pagaré muy bien y no solo con dinero. Te espero en mi habitación esta noche, conversaremos un poco de ti…

—Por supuesto, milady. Si me permite, continuaré con mis quehaceres…

Como pudo, Igor logró escapar y suspiró una vez que ella no pudo verlo. Debía contarle a lord Stern que esa mujer le estaba pisando los talones. Era necesario que la estrategia fuese más agresiva al momento de enfrentar a su madrastra. Esperaría a que él regresara por la noche para hablar de esto y encontrar una solución antes de que fuese tarde.

Por la noche, Owen regresó justo en la hora de la cena. Su hermano ya no estaba en la mesa, pues su plato estaba vacío, solo se encontraba Rowena.

—Querido, pasas demasiado tiempo en la calle. Hoy no te he visto —le reprochó Rowena imitando un tono maternal.

Owen se acercó para besarla en la frente.

—Últimamente ando un poco ocupado, madre.

—Lo imagino. ¿Cenarás aquí o ya has comido algo?

—He cenado con Johnny… Me iré a dormir por hoy.

—¿Sabes qué he oído hoy entre mis amistades?

—No puedo imaginarlo.

—Ellas dijeron que te has metido en los intereses de un marqués que estaba detrás de una de las jóvenes más prometedoras de la temporada. ¿Qué hay de cierto en eso?

Capítulo 29

Por un instante casi perdió la tranquilidad y un vuelco de temor invadió su estómago.

—Es una tontería. Prefiero a mujeres con las que puedo dormir solo un par de noches. Sabe lo que pienso de un compromiso…

—Lo sé, querido. Concluyo que es una mentira, de hecho, ni siquiera creo que te vieran en un salón si siempre estás con ese amigo tuyo de dudosa reputación.

—Sí, en el club de Johnny excelentes experiencias. No necesito de una mujercita llorona y caprichosa como las que están en los salones.

—Me alegro. Todavía eres muy joven para casarte. Apoyo que continúes soltero por mucho más tiempo.

Por supuesto que a Rowena le convenía que él no se casara con nadie, pues era inminente la llegada de un heredero que desplazaría su Charles como tercero en una posible sucesión, y a medida que más varones podrían llegar, él más alejado quedaría.

Después de conversar un poco con su madrastra y que esta arruinara parte de su felicidad por el compromiso, fue a su

habitación e Igor lo siguió. Cerró la habitación detrás de él y vio como Owen se pasaba la mano por el cabello.

—No contaba con que mi arrebato de celos sería el que me condenaría a la sospecha de Rowena. Es cierto que ayer tuve un pequeño encuentro con el marqués porque lo vi muy cerca de Hannah, pero era porque ella me había provocado —confesó Owen con frustración en su voz.

—Ella me ha preguntado por eso esta mañana y he negado conocimiento alguno, milord. El problema es que me ha pedido que la mantuviese al tanto de lo que usted hace y me ha invitado a su habitación esta noche…

Eso tomó por sorpresa a Owen.

—Maldita sinvergüenza… —masculló con una sonrisa sardónica adornando su rostro.

—No es una buena persona, milord. En cualquier momento iniciará su campaña. Hoy durante su ausencia estuve revisando su habitación y no he hallado nada sospechoso aún, pero no dudo que lo esconda mejor, es una mujer demasiado inteligente para dejar el veneno a la vista.

—En eso tienes razón. Debería recibir un poco de su propia medicina para que aprenda que sus actos tienen consecuencias. Quiero verla agonizando, lo disfrutaré tanto o más que la muerte de

Lester. Sé que no es correcto alegrarme, pero ellos tampoco tuvieron una pisca de compasión por mí, ¿por qué debería tenerlo con ellos? Igor, si te apetece haz lo que gustes con Rowena y mejor si piensa que te tiene en sus manos, por tu intermedio podré saber cada paso. Le prometerás lealtad, mas serás leal a mí.

—Sí, milord. Con eso espero conseguirlo todo para que pueda ejecutar su venganza. Considero que ahora que está comprometido lo último que quiere es seguir lidiando con estas personas tan despreciables. Tal vez debería pensar en pedirle al señor Johnny que le dé de comer a los peces del Támesis con ellos.

—Eso sería suave, quiero ver cómo agonizan, así como me vieron hacerlo por meses sin un ápice de compasión. Me he vuelto malo, Igor, pero no porque quisiera, me hicieron así.

Cuanto más pensaba en cómo Rowena fingía su cariño por él, más deseaba su sufrimiento. Esperaba que pronto pudiese terminar su mentira y que pudiese enfrentarla.

***

Días después…

Hannah sabía que no podía enviarle cartas a lord Stern en su residencia y que lo mejor era mantenerse lejos de él en cualquier evento, aunque sin levantar demasiadas sospechas, ya que se los había visto juntos. Andrew fue informado sobre el compromiso,

quedó decepcionado, pero no devastado, prestándose a acompañar siempre que pudiese a la joven en los eventos para seguir desviando la atención. Sin embargo, con aquel anillo que Hannah llevaba orgullosa en su mano era difícil dar explicaciones, puesto que las personas comenzaban a sospechar sobre el supuesto compromiso y todo apuntaba a Andrew. Él era la cortina perfecta, pues la amistad entre ambos era algo que los dos disfrutaban de alguna manera. Quizá no funcionaran como pareja romántica, pero sí como personas con los mismos gustos.

Esa noche, Hannah intentaba arreglarse con la esperanza de ver a lord Stern, pero Sarah revoloteaba a su alrededor como una mariposa, moviendo su cabello de un lado al otro para saber cómo quedaría mejor.

—¡Ya déjalo en un lugar, Sarah! —exclamó Hannah, exasperada.

—Es que no estoy segura de cómo hacerlo para que quede aún más bonita. Sé que esta noche tiene esperanzas de ver a su prometido y por eso quiero que se sienta mejor. Ha venido muy decepcionada las últimas noches.

—¿Y me arreglas tanto solo para acumular una decepción más? Sé que no debo sentirme mal, pero no lo he visto desde el compromiso.

—Quiero decirle que entienda, pero a mí también me pone de mal humor. Imagine sentirse abandonada… ¡Lo siento, milady! —

expresó la doncella, avergonzada.

—Qué más da… Es cuestión de tener paciencia, aunque sé que no es mi mejor virtud ni la de mi familia, quiero todo tan inmediato. ¿Y si lo secuestro para llevarlo a Gretna Green?

—Es una idea innecesaria, bórrela, no queremos que lord Cholmondeley sepa lo que la desesperación le hace pensar.

—Fue solo un momento de debilidad, pero sé que lord Merton me ayudará a secuestrarlo si se lo pidiera.

—No lo repita, usted sabe que su cuñado huele la tontería como si fuese un buitre buscando un cadáver. La reprenderá.

—Está bien, Sarah, pero termina con esto…

Una vez que terminaron de prepararse, subió al carruaje con la esperanza a cuestas como cada noche en la que salía y la gente le preguntaba por el anillo. Había dicho de todo un poco, desde una reliquia familia hasta que su prometido era un fantasma, puesto que lord Merton ya había dicho que no se habían comprometido.

Al llegar al salón fue abordada no solo por algunos caballeros, sino también por algunas damas curiosas al verla y querer saber el secreto detrás del anillo que llevaba.

Rowena, quien había decidido regresar a los salones con un guardarropa renovado, vio a una joven hermosa que acaparaba la atención de las personas.

—Esa es lady Hannah Hess, Rowena —indicó la tía del marqués al que supuestamente la joven había rechazado—. Se dice que tiene un anillo y nadie sabe quién se lo ha dado.

La mirada fría recorrió a la joven con más interés hasta fijarse en el anillo. Palideció al reconocer aquella joya. Conocía el joyero de la condesa de Stern como la palma de su mano y reconocía aquella porque su esposo se la había mostrado muchas veces durante los años, aunque nunca lo había usado por tener el propio que había pertenecido a la madre de Owen.

—Debo conocer a la joven para persuadirla de que lo mejor es que escoja a un marqués… —alegó sacando fuerzas de donde fuese. Necesitaba ver todo más de cerca y asegurarse de todo. Además, debía buscar el anillo en su lugar, el despacho de Owen, ahí se guardaban los objetos valiosos que pertenecen a la familia.

—Sería interesante. Intentemos colarnos en la tertulia en la que ella se encuentra… —pronunció, pero ambas mujeres apenas pudieron llegar para cuando la joven ya se había retirado. La muchedumbre no las había dejado acercarse demasiado.

Durante toda la noche no había dejado de observarla con interés. ¿En dónde pudo haberla conocido? ¿Qué ocultaba su

hijastro? Necesitaba más información de Igor. Le encantaba que le hiciera varios favores, era el mejor amante que había tenido en mucho tiempo. Sabía que ese hombre se desperdiciaba en las caballerizas siendo tan joven y atractivo.

Rowena regresó temprano a la residencia, Igor le abrió la puerta y ella sin disimular demasiado colocó su mano en el torso de aquel.

—Igor, dime la verdad, ¿Owen conoce a lady Hannah Hess?

—No, milady, al menos que yo sepa. Desconozco las actividades de milord cuando pasa por esa puerta —se excusó ante la pregunta inquisidora.

—¿Él está?

—No, milady.

—Acompáñame, iremos a ver el joyero familiar…

Igor apenas podía ocultar su sorpresa. Esa mujer debió ver algo. No era tonta en absoluto.

—¿Desea alguna joya? —curioseó.

—Solo mirar un poco si es que a una no le crecieron piernas…

Definitivamente, si no lo sabía, la condesa viuda lo sospechaba. Él solo podía fingir demencia y después conversar con lord Stern sobre la mujer. El conde le había dado suficiente autonomía para mentir y dar algunas respuestas que, si bien no eran del todo ciertas, hacían que ella se confiara.

La vio abrir la caja en la que estaban las joyas y aquella notó uno de los lugares vacíos. Cerró la madera de golpe y colocó las dos manos sobre ella.

—Te daré mucho dinero, Igor, solo necesito que seas leal a mí. Podemos pasarla bien juntos y puedo darte muchos obsequios que mereces…

—Soy leal a usted, milady. ¿En qué puedo ayudarla?

—He cambiado de objetivo por el momento. Owen es un poco esquivo, pero esta mujercita, la tal lady Hannah no estará comprometida por mucho tiempo. Él está ocultando a su prometida; no obstante, pronto dejará de ser un secreto, porque lo sacaré a la luz y tomaré medidas.

—¿Medidas?

—Sí, él no puede tener herederos y me encargaré de que así sea. Acabaré con ella y después continuaré con él como antes… Te esperaré en la habitación después de que atiendas a Owen. Trae el látigo.

—Sí, milady.

La mujer se retiró del despacho, mientras que Igor se quedaba de pie en aquel lugar, pensando en que debía guardar las joyas y que, además, debía soportar a esa mujer una noche más.

Al pasar la puerta de la residencia, Owen bostezó. Tenía la mirada cansada y un tanto triste. Estar lejos de Hannah comenzaba a desgastarlo emocionalmente, pero lo estaba haciendo por su bien. Al menos estaba tranquilo, pues lord Merton dejaría de enroscarse por ella como si fuese una serpiente a punto de comerse una rata.

—Lord Stern… —La voz urgente de Igor hizo que de forma repentina recuperara un poco de lucidez.

—¿Qué pasa, Igor?

—Milady sabe que usted está comprometido con lady Hannah. Según entiendo, ella vio el anillo en el dedo de la joven y lo reconoció de inmediato. Aparte, vino a corroborar que no estuviese en el joyero familiar.

—Maldición…

—Su prometida debe cuidarse, porque milady planea algo.

—Vete a su habitación y hazle ver las estrellas, que te cuente sus planes. Dejaremos que actúe si eso no afecta físicamente a mi amada. Me prepararé con Johnny si hace falta. Ah, él me ha dado el veneno que deseaba. Es cuestión de que comencemos a dárselo.

—Sí, milord, pues ella tiene pensado seguir con su plan y quiere que yo lo lleve a cabo. Desea usarme de la misma forma en que lo hizo con Lester.

—Pero tú eres más inteligente y no serás arrojado al Támesis.

—Es así, milord. Conseguiré todo lo que me ha pedido.

—Sé que tienes buenas técnicas para encantar víboras. Que gima mucho más que las noches anteriores.

Igor asintió y subió las escaleras detrás de él para ayudarlo a cambiarse para dormir.

Tanto Igor como el mismo Owen notaban los cambios en su cuerpo, estaba subiendo de peso con premura, aunque aún lejos del hombre que había sido antes. Boxear con Johnny le daba buena forma. Solo tenían prohibido golpearse el rostro, puesto que era la cara de presentación de ellos en las calles.

Con la información que le había dado su sirviente, Owen debía armar un plan para neutralizar a su madrastra de una manera permanente. Se le acababa la paciencia con ella y, además, quería

ver a Hannah, esta abstinencia de su presencia podría volverlo loco si seguía.

Durante la noche, mientras miraba el techo de la cama con dosel, oía los gimoteos de su madrastra, hasta ella disfrutaba de la vida, aunque no lo mereciera y él estaba ahí, sin sentido, como si estuviese en el limbo turnando su mirada entre la oscuridad y la luz que apenas se colaba por las finas cortinas blancas de su habitación.

Sopesaba que, si su idea de que Rowena no supiese de Hannah fracasó, entonces, ¿para qué seguir alejado de la mujer que deseaba? Lo que le quedaba era defenderla de frente con todo su ser y entrenarla para que ella comprendiera los alcances de la locura de su madrastra para que no se confiara como él lo había hecho ante su amabilidad y falso afecto.

Capítulo 30

Al día siguiente, Owen salió de la casa cuando casi nadie estaba despierto y fue al periódico para dejar el anuncio de sus compromisos. Todavía no habría boda, pero al menos ellos enfrentarían el futuro juntos, así como viniera. Debía confiar en lord Cholmondeley y en su creencia de que Hannah no era una simple jovencita que requería ser salvada de cualquier situación. Ciertamente, no daba esa impresión. Era una dama determinada a conseguir sus objetivos. Con solo fruncir el ceño él estaba tirado a sus pies esperando que ella no se enfadara, era algo extraño, como si con una mirada pudiese dominarlo por completo. Sin embargo, ella lo había acogido con generosidad, preocupándose y cuidándolo cuando no era necesario, por más que supiese que no era un sirviente, sino un hombre adinerado.

Después de dejar el anuncio que saldría al día siguiente, se dirigió a casa de lord Cholmondeley. Ya había tenido suficiente de esa sequía emocional, la necesitaba para consolarse en sus ojos y llenarse del contacto de sus manos. Tiempo atrás no hubiese creído que una mujer le diera todo por tan poco. Pese a sentirse atraído por ella en el aspecto sexual, el cuñado de ella lo instaba a que mantuviera al soldado en la trinchera y que no intentara nada por más que estuviese comprometido. Seguía esas indicaciones a rajatabla, puesto que si incumplía tendría que ser juzgado por demasiadas personas de esa familia, y lo último que deseaba era

tener que conversar con la hermana menor y desagradable de la familia.

—Buen día, lord Stern. Debo preguntar si se ha caído de la cama —dijo Humbert al distinguir que era él quien había estado tocando a la puerta tan temprano—. Pase, por favor.

—Gracias, Humbert. La verdad es que no he tenido una buena noche y estuve rondando la ciudad antes de que cantara un gallo. Lamentablemente, mi madrastra ha descubierto el compromiso con Hannah.

—Esa es una mala noticia, milord…

Mientras Humbert escuchaba lo que Owen contaba, Sarah que pasaba cerca se quedó a oír. Una vez con información suficiente, fue corriendo escaleras arriba para despertar a Hannah y que esta pudiese enterarse de todo. Pese a ser chismosa, la doncella se preocupaba por la joven y no quería que le ocurriese nada malo.

Entró a la habitación y sin decir nada abrió las cortinas y Hannah se removió en la cama como si se tratara de una criatura de las tinieblas.

—¿Estás demente, Sarah? Quiero seguir revolcándome en la miseria —masculló Hannah que se colocó la almohada sobre la cabeza para evitar ver la luz del sol.

—Si se está revolcando porque no ve a lord Stern, me agradecerá que corriera las cortinas, milady, porque él está en la planta baja hablando con Humbert. Su cuñado aún no despierta y creí que usted querría tomar ventaja y aprovechar el tiempo.

Hannah dio un salto de la cama y comenzó a correr por la habitación sin saber qué hacer. Parecía una gallina encerrada con lobo en el gallinero.

—¡Por qué me lo dices tan tarde! —exclamó tomando el rumbo hacia su armario.

—Pero si lo acabo de ver, milady, y no solo eso, también lo oí decir que su madrastra sabe que está comprometido con usted…

Lo último que había dicho Sarah llamó la atención de ella. Se quedó quieta y tragó saliva. Entonces, suponía que Owen no había ido hasta ahí solo porque la extrañara, sino tal vez quería saber si alguien no la había matado. Ese pensamiento la enterneció, pero también hizo que se preocupara, pues los temores de su prometido comenzaban a hacerse realidad.

Sarah preparó a Hannah y esta última se bañó en perfume para darle a su prometido una compañía grata y agradable. Su boca estaba negra por lavársela con cenizas siguiendo la premisa de dar la mejor imagen para Owen. Sin darse cuenta, ella caminaba practicando modales como si la señorita Carlington fuese a tomarle

una lección y el señor Kepler hiciera el papel de caballero. Juntos eran un equipo destructor de debutantes.

Al verlo ahí, conversando con Humbert, se dio cuenta de las ojeras debajo de sus ojos. Se sintió enternecida y bajó con cuidado.

Cuando Owen se percató de la llegada de Hannah, su rostro tenso y cansado se suavizó. Ella parecía haber dormido sobre una cama de algodones y tapada por la suave brisa del viento. Parecía fresca, aunque en su mirada notaba una sombra que asomaba, esa que indicaba preocupación. La conocía bien desde Cheshire.

—Milady… —pronunció Owen con un tono nostálgico. Se acercó a ella y con un gesto le pidió que le diera la mano. Sus manos estaban desnudas y eso le pareció reconfortante. Se apresuró a sacarse los guantes que llevaba para poder quedar a la par con ella. Necesitaba disfrutar del contacto.

—Owen, pensé que no volvería a verte. Cada noche salí a buscarte. Quería verte. —Ella le entregó su mano y sintió sus labios cálidos en su piel. Sentía que pronto desfallecería de emoción.

—Tus peripecias no son ajenas a las mías, Hannah. Me mantuve al margen para que estuvieses segura; sin embargo, alguien también estuvo haciendo sus averiguaciones. —Owen señaló el dedo de ella —. Rowena vio el anillo en la fiesta de ayer y lo reconoció. Fui un tonto al no comprar una joya nueva para ti. Creí que ni siquiera la recordaría, pero la subestimé.

—Es mi culpa. Lamento haber arriesgado todo lo que estabas intentando proteger.

—No es tu culpa. Ahora daremos el salto de fe. El compromiso será público y conocerás a mi verdugo y su cómplice. Te advierto que a primera vista son encantadores, pero detrás de esa fachada de afecto, se esconden la ambición, la codicia y el desprecio a un ser vivo que quedó huérfano de pequeño.

—No caeré en su juego, nunca lo haré, porque mis ojos tal vez no los conozcan, pero mi corazón sí.

—Confiaré en las palabras de lord Cholmondeley que me ha dicho que mientras yo estaba en la cama de alguna suripanta, usted aprendía a cazar y lo hacía perfectamente.

—Considero que Daniel exagera en muchas oportunidades, aunque en esta no. Le he contado sobre un momento difícil de nuestra vida y cómo nuestra madre nos instruyó para ser capaces de sobrevivir en medio de una desgracia como la muerte de nuestro padre.

—Su madre es todo un ejemplo para cualquier persona que ame verdaderamente a sus hijos. Me hubiese gustado que Rowena fuese sincera. Tal vez hubiese sido mejor prepararme con sus desprecios, pero me tomó desprevenido. Ahora que he regresado a su casa,

trata de usar sus mismas tácticas; sin embargo, ella no sabe que ya no soy el mismo de hace un año.

—Milady, milord, ¿les ofrezco el desayuno en el jardín? —preguntó Humbert.

—Lord Cholmondeley se enfadará si lo dejamos de lado en el desayuno —manifestó Owen antes de que Hannah dijera algo.

—Conoces a Daniel, te acostumbras rápido a sus exigencias.

—Sé en qué lugares atacar para ganarme su favor, o, de lo contrario, no estaría comprometida conmigo, sino con lord Merton.

—Sírvenos té, Humbert. Con eso esperaremos hasta que se despierten los demás. Sarah hará de carabina —pidió la joven para que ella y Owen pudiesen conversar sin tantos oídos, además de aprovechar el tiempo antes de que su cuñado acaparara a la visita.

Los dos se sentaron en los sillones del salón, uno junto al otro. Las mejillas de Hannah se sonrojaban, mientras que Owen no podía dejar de apreciar su encanto.

—¿Qué haremos de hoy en adelante? —indagó Hannah.

—Es cuestión de ser cordiales cuando toque presentarte con ellos. Solo te pido una cosa...

—No hace falta que lo digas. No comeré nada de tu casa, es un hecho.

—Esto es lo que me encanta de ti, Hannah. Eres el complemento perfecto. —Él volvió a coger su mano y después su rostro para acercarla a sus labios y poder disfrutar de ella.

La doncella solo bajó su mirada para fingir que no espiaba la intimidad de ambos, pero estaba más emocionada que Hannah, porque lord Stern sí que resultaba ser un hombre devoto y responsable, pese a lo que ella había oído de él por boca de lord Cholmondeley, quien nunca dejaba de averiguar sobre sus posibles concuñados. Ese hábito quizá lo dejará cuando la menor se case.

Cuando la casa comenzó a tener más movimiento, Daniel, la condesa viuda y el señor Sinclair, bajaron al comedor. El conde estaba advertido de la llegada del prometido de Hannah, aunque no le gustaba ver que aquel estuviese pegado a ella como la humedad a la pared. No era celoso de sus cuñados, pero con el tiempo se había hecho anticuado respecto a las buenas costumbres. No quería que un sinvergüenza como él deshonrara a una dama como aquel había intentado con quien era su esposa.

—Lord Stern, qué sorpresa. Llegamos a considerar que Hannah estaba comprometida con un fantasma, pues no lo hemos vuelto a ver. Se ha tomado en serio sus recaudos, incluyendo olvidarnos —dijo Daniel a modo de saludo.

Owen se levantó con presteza y se acercó a darle sus respetos al hombre.

—Lamento que tuviesen esa imagen de mí. Para alegría suya las cosas cambiarán a partir de mañana. La ciudad entera conocerá sobre el compromiso.

Daniel se mostró sorprendido ante la afirmación de lord Stern.

—¿Qué ha hecho? —curioseó en tono burlón.

—He sido tonto y por esa razón Rowena sabe que Hannah es mi prometida. No podemos seguir escondidos, así que afrontaremos esto con un compromiso público. Quiero ver si esa mujer se atreve siquiera a tocar uno de sus cabellos.

A Hannah le brillaban los ojos al notar la férrea defensa de Owen hacia ella.

—Déjeme felicitarlo. —Daniel extendió la mano hacia Owen y después le dio una palmada en la espalda—. Era momento de dejar la cobardía de lado y centrarse en lo importante: ustedes. No quiero decir que esperemos a que Dios o el Diablo hagan el trabajo sucio, pero unidos serán más fuertes, aparte de sumar un problema más para esa gente. Imaginen sus pequeños cerebros trabajando sin descanso para acabarlos, es hasta gracioso.

—No es tan gracioso cuando no eres tú quien puede ser víctima de la locura de dos personas codiciosas —alegó la joven que cogió la mano de Owen.

—Ay, no hagas eso frente a mí. Las muestras de afecto fatigan mis ojos —farfulló Daniel con un poco de humor en sus palabras.

—Debería acostumbrarse, milord, porque como le dije, las cosas serán diferentes desde hoy. Mis enemigos ya saben que sus planes se complicarán.

—Sí, deben ponerse más ingeniosos. Yo que ustedes no me encontraría a solas con ellos.

—Aquí el único peligroso en este momento soy yo, lord Cholmondeley, y ya sabe la razón. Me gusta alimentar peces...

—Buena forma de ganar una discusión como criminal, lord Stern. Me agrada. Hannah estará en buenas manos una vez que se casen. Si quieren puedo organizar una cena de compromiso o quizá una fiesta enorme.

—¡Fiesta! Quiero que sea por todo lo alto, que esta madrastra malvada y el hermano sin beneficio sepan que mi prometido está fuerte. Quiero que toda la familia esté aquí para que vean lo que es cariño verdadero —musitó Hannah.

Owen apretó su mano, sintiendo con eso que estaban unidos por un mismo fin. Debió hablar con ella antes de hacer cualquier tontería, pero estaba tan enfocado en mitigar su dolor castigando culpables que dejó de lado lo que su corazón quería.

—Pues que sea una fiesta —declaró lord Cholmondeley.

Ese mismo día se pusieron manos a la obra con lo que sería el anuncio del compromiso en la fiesta. Owen se quedó en aquel lugar como si fuese su propia casa, mientras que Hannah escribía una carta para que todos fuesen a Londres a presenciar lo que ocurriría. Para ella era cuestión de tiempo para que toda sombra que se alzaba sobre ellos desapareciera para siempre y que la etapa del conde moribundo fuese únicamente un mal momento que lo llevó a lo mejor de su historia. Él ya no estaba solo contra el mundo, tenía una nueva familia, no perfecta, pero sí con corazón.

Capítulo 31

Días después...

Las invitaciones para la fiesta de compromiso habían sido enviadas y también la carta a la familia que quedaba en Cheshire.

Ellos se habían dividido en sus casas en la ciudad. Frances y Robert fueron a la suya, mientras que Penélope y Edwin se dirigieron a la de los padres de él. Mildred, Alethea, la señorita Carlington y el señor Kepler quedaron en la casa de Daniel.

Todos la habían felicitado por el compromiso. Mildred le dijo que nunca había dudado de que se casarían, porque era como si estuviese escrito en el destino de los dos después de las circunstancias en las que se encontraron. Alethea se mantenía al margen y se dedicaba a hacer trampas en el jardín para atrapar a cualquier animal que le sirviera para algún experimento o para simplemente admirar colores, tamaños y formas.

La preocupación comenzaba a reinar por el futuro de Alethea, con esos hábitos tan extraños, las posibilidades de casarse eran pocas, pero como era la última de ellas, tampoco le daban importancia, ya que Daniel podía decir que sus cuñadas eran exitosas, lo que sugería que se casaría sin inconveniente y con alguien que, en el peor de los casos, alentara sus comportamientos extraños.

En casa de lord Stern las cosas iban viento en popa para él; sin embargo, su hermano y su madre se debatían entre seguir callados o intentar un plan otra vez.

—Me estoy quedando sin dinero, madre. Necesito más —dijo Charles en el desayuno.

—Oh, por favor. No te gastes la vida, Charles. Las cosas no están bien. Tu hermano anunció su compromiso con esta mujer cuya familia tiene buena fama. No sé qué hacer ahora. Owen no se queda en la casa para envenenarlo.

—Pues existen dos caminos, madre. El primero sería contratar a alguien que haga el trabajo de matar a Owen y el otro podría ser matar a esa mujer. Podríamos dejar que se case con él y una vez aquí, comenzamos a enfermarla.

—Eso no serviría. Si tu hermano no come aquí es porque sabe algo. No vendrá a quedarse con ella en esta casa, nos destinará o buscará otra y tendrán un hijo que te desplazará. El maldito se está burlando de nosotros.

—Es por lo que insisto, madre. Matamos a esta mujer apenas tengamos oportunidad y después a él a través de otra persona. Nadie sospechará de nosotros.

—En la fiesta de compromiso podríamos envenenar a lady Hannah Hess. Eso podría devastarlo y de esa manera conseguiríamos destruirlo y convertirlo en blanco fácil para un asesinato. No estará alerta. —Rowena sonrió ante su plan. Estaban a pocos días de conocer a la joven de la que su hijastro no hablaba y más por sus ausencias. Era como si solo se presentara a dormir en la casa, por lo que sospechaba que sabía que ellos lo estaban envenenando o lo sospechaba. Quizá Lester se había arrepentido y confesado algo y por eso lo despidió, porque era extraño que no volvieran a verlo.

Igor, que siempre se mantenía cerca de la condesa viuda por lo insaciable que era esa mujer, había oído desde una distancia prudente lo que aquella estaba planeando. Le picaba la lengua por desear contárselo a su amo, pero debía esperar a que este regresara por la noche. Él estaba tan entusiasmado con que todo terminara porque ya no quería seguir acostándose con ella para saber cosas. Se sentía abusado cada día y solo por ser fuerte y atractivo. Él los dejó perfeccionando su plan y se retiró a la cocina para que no supiesen que los había oído.

Por la noche, Owen regresó y lo hizo sonriente, sin el peso del temor en los hombros. Se sentía bien pese a la inseguridad que le daba dormir bajo su propio techo. Ese no era un negocio a largo plazo. Por más que, su futuro concuñado lo intentara persuadir para no seguir ensuciándose las manos y menos con su propia sangre, él no podía pensar en un futuro en el que estuviesen su madrastra y Charles drenando sus recursos, no lo merecían. Y no existía solo una

ofrenda de paz que le diese tranquilidad ni siquiera para tener un hijo al que esos dos verían como una molestia y a la que en cualquier momento quisieran eliminar. Este era un asunto de supervivencia, la ley del más fuerte, no del más confiado ni de buen corazón. Con compasión no se ganaban las guerras.

Una vez en su habitación, él se aflojó el pañuelo y se sentó en la cama para sacarse las botas. Al poco tiempo apareció Igor que tenía el rostro serio. No lo recibía con su habitual expresión burlona.

—Milord, tengo algo delicado que decirle y es sobre usted y su prometida.

—No des vueltas y suéltalo.

—Su hermano quiere contratar un asesino para matarlo a usted y ha sugerido la idea de matar a su prometida como a usted matarlo en el pasado. Están planeando envenenarla.

Por un instante su estómago dio un vuelco y su corazón pareció detenerse por la impresión, pero no por lo que podrían hacerle a él, sino por lo que podría pasarle a Hannah, cuyo único pecado era ser amada y deseada por él. Apretó el puño con fuerza para recuperar la compostura. No dejaría que se salieran con la suya.

—Le advertiré a milady. Procuraré que nada le ocurra. Ella sabe que no debe coger nada que le dé Rowena, pero nunca está de más insistir. Ahora menos que nunca pienso en la idea de perdonarlos. No

voy a envenenarlos, haré que mueran dolorosamente para que nunca vuelvan a molestar. Se metieron con la persona equivocada. El Owen que conocían murió hace tiempo, hoy soy el que será capaz de acabar con todo por proteger a la mujer que me ha entregado en bandeja una segunda oportunidad, una en la que puedo hacer las cosas bien y en el que descubrí la verdadera cara del amor.

—Ellos no tienen remordimientos, milord. Es mejor que usted tampoco los tenga.

Owen había creído que llegaría a dormir después de un día ajetreado entre la casa de lord Cholmondeley y su refugio en los dominios de Johnny, pero las cosas no iban a ir tan bien como esperaba, porque se vería obligado a dormir con un ojo abierto. Estaba viviendo con personas peligrosas y enfermas de codicia, a quienes no les importaba el sufrimiento ajeno. Eran tan detestables que hasta se avergonzaba por tener que decir que pertenecía a esa familia. Su hermano era conocido por gastar como si el dinero cayera del cielo y su madrastra era una víbora que se movía en los altos círculos solo para buscar algo para su querido Charles, mientras a él querían matarlo y acabar con su prometida. No quería hablar sobre la evidente preferencia de esa mujer sobre su hijo de sangre. No podía esperar mucho de alguien así.

Durante años nunca se había levantado temprano, pero la necesidad hacía milagros. Salía de su casa al amanecer y regresaba al anochecer o salvo que necesitara algo. Pasaba más tiempo en casa de lord Cholmondeley, acompañándolo en su planificación.

Hannah se encargaba de la lista de invitados en la que ella no había puesto más nombres que Andrew y Johnny a pedido del mismo Owen.

Andrew no era competencia para él, más bien era como un hermano para ella, con quien podía compartir una lectura. Si bien Owen gustaba de leer, solía sentirse aburrido pronto de algunos ejemplares, pero esos dos devoraban lo que se les colocaba enfrente. Por más que no lo considerara alguien de peso, sentía celos de la amistad y cercanía de ambos.

Cuando fue a tocar la puerta de lord Cholmondeley, Humbert lo recibió con el rostro sorprendido.

—Cuando el sol lo trae es porque la luna hizo algo malo —comentó el sirviente haciéndose a un lado para dejarlo pasar.

—No estás lejos de la realidad, Humbert. Esperaré a que Hannah despierte. No quiero que nadie la moleste con mi presencia. Supongo que a lord Cholmondeley no le molestará que observe sus caballos. Espero que pronto recuerde enviar el mío a Londres, puesto que parece haberse apropiado de Káiser.

—Milord ama a los caballos más que a sus cuñadas, aunque no más que su esposa.

—Considero que es una excelente forma de amar considerando a la última de las cuñadas...

Los dos rieron por lo bajo. Humbert lo acompañó a las caballerizas para que pudiera ver a los bellos ejemplares que lord Cholmondeley poseía en su propiedad. En cada lugar al que iba tenía un favorito. Cuando se trataba de caballos era poliamoroso.

Owen sabía que era muy temprano, pero no podía soportar la espera y menos bajo el techo que compartía con la persona que planeaba que todo en la vida le saliera mal y más aún que ni siquiera tuviesen forma de salirle bien.

No sabía cuántas horas estuvo cepillando y alimentando animales ante la incómoda mirada de los sirvientes de las caballerizas. Ya lo conocían como el prometido de lady Hannah, no era conocido como lord Stern, sino como el prometido de la dama. Eso era humillante.

Cuando Hannah se levantó, Sarah ya tenía su conjunto de día preparado. La despertó con una sonrisa y con una noticia que en primer lugar le daba emoción, pero por otra comenzaba a preocuparle, porque su prometido solo era arrastrado de la cama por una mala noticia. Temía que pudiera darle alguna.

—¿En dónde está? —curioseó la joven.

—En las caballerizas, milady. Ha cepillado a todos los caballos esperando que despertaran en esta casa.

—Debieron comunicar lo que hacía. Él quiere robarse la preferencia de los caballos de Daniel. Eso no le gustará —dijo entre risas—. ¿La mesa está lista?

—Sí, milady. Solo es cuestión de que baje. Humbert fue a buscar a milord.

Entusiasmada, ella bajó las escaleras y encontró a todos ubicados en el comedor, incluyendo su prometido.

—Ya podemos cenar —anunció Daniel con sarcasmo.

—Un buen día hubiese sido un mejor saludo, Daniel. No he llegado tan tarde —alegó al tiempo que los caballeros, incluyendo al quejoso Daniel.

Owen se apresuró a coger su mano que de nuevo iba sin guantes.

—Ponte tus guantes —ordenó Daniel al ver que Owen daba un espectáculo con la mano de Hannah. Se quedaba besando la extremidad más tiempo de lo deseable. Sabía que su cuñada estaba intentando provocar a lord Stern—. ¿Qué vendrá después? ¿Mostrarle tus tobillos? Es un sinvergüenza, no te confíes de su mirada de hombre necesitado.

Lord Stern rio por lo bajo ante lo que decía lord Cholmondeley. Era comprensible que quisiera cuidar a su cuñada de cualquier

persona por más que sea su prometido.

—No se preocupe, lord Cholmondeley, no caeré en la tentación de pedirle que me muestre sus tobillos y si lo hace, saldré corriendo a buscarlo para que la reprenda —se burló ayudando a Hannah a sentarse.

—Lo que pasa con Daniel es que no soporta la competencia, solo él puede mirar tobillos o besar manos desnudas. Entre sinvergüenzas se reconocen —afirmó Hannah con su servilleta en la mano sonriendo a su madre y al señor Sinclair.

—Tal vez tengas razón, Hannah, entre sinvergüenzas nos conocemos. Hablando de eso, ¿qué lo trae por aquí tan temprano? —indagó Daniel.

—Quisiera decir que solo he venido a ver a milady porque me muero sin ella; sin embargo, lo que temía está comenzando —contó —. Mi sirviente ha oído lo que mi hermano, en compañía de mi madre, está tramando. Puedo decirles que no es nada bueno. Todavía no me he casado con Hannah y ya representa una piedra en zapato para los intereses de estos desgraciados. Vengo a advertirles que ella no puede quedarse sola y mucho menos comer lo que le ofrezcan por ahí y más si viene de las manos de mi madrastra o Charles. Ellos planean envenenar a Hannah, pero no lentamente como a mí, sino de una vez. A ella la consideran un enemigo más peligroso de lo que yo puedo llegar a ser, pues ella es quien me dará un heredero en el futuro.

Capítulo 32

El pecho de Hannah latía con más fuerza ante lo que oía. No era lo mismo creer que alguien pudiese querer matarla y otra muy distinta era confirmar que eso estaba próximo a ocurrir. Los miedos de su prometido eran fundamentados y ella por capricho se había puesto en una situación complicada, pero, aun con todo eso encima, quería seguir adelante. Para Hannah valía la pena arriesgar la vida por ese hombre.

—Le prometo no tomar nada de lo que esa mujer pueda ofrecerme en cualquier momento —declaró con convicción.

—Sé que lo dice en serio, pero no se fíe, puede usar a personas de su alrededor para esto. Nunca confíe en nadie que quiera darle algo con insistencia, comidas, postres o líquidos. Todos son sospechosos. Rowena piensa hacer esto en nuestra fiesta de compromiso, bajo este mismo techo.

Daniel cogió con más fuerza sus utensilios, se sentía tan asqueado de que esas personas quisieran matar a su cuñada bajo su propio techo. Sabían que no bastaba una acusación para que esos dos parientes indeseables pagaran alguna culpa.

—Oh, Hannah... —pronunció la madre de la joven que estaba asustada por el futuro de su hija—. No tendrías este problema si hubieses preferido a lord Merton.

—¡Madre! —exclamó sonrojada. Estaba haciéndole pasar vergüenza—. No puede decir esas cosas.

—Es la verdad, Hannah. Tu madre no dice nada que una persona con un mínimo de raciocinio no diría. Ciertamente, la vida de tu prometido es más agitada que las habituales. ¿No es emocionante saber que tu vida puede desaparecer después de una copa de vino? Debe ser excitante vivir al día. En fin, lo que usted debe hacer, lord Stern, es tomar el camino de la violencia y si no piensa hacerlo, deje que yo me encargue. Soy una persona compasiva la mayor parte del tiempo, odio el delito, pero esto coloca en peligro la vida de un miembro de mi familia y mi deber, mientras esta mujercita caprichosa viva bajo mi techo, es protegerla. Espero que matar se me dé bien.

—¡Daniel! —expresó Mildred, escandalizada.

—¡Qué! ¿Dejarás que atenten contra la vida de Hannah? Pensé que la querías más. Si tú no la quieres, no tengo necesidad de cuidarla más. Dejaré que la maten, ¿eso te complace, querida?

—Por supuesto que no, pero no quiero que tus manos estén marcadas por personas tan sucias. Si te juntas con lo sucio, eres sucio, querido.

—No se preocupen por ese asunto. Hablaré con Johnny, él conseguirá a alguien que hará el trabajo. Tampoco quiero juntarme

con la porquería por más tiempo. Quería envenenarlos pacientemente, pero me doy cuenta de que no tengo tiempo para una venganza que pueda saborear, prefiero que esto sea rápido. Nuestro futuro depende de eso.

—Esto es lo que hace un hombre de verdad. Lo felicito, lord Stern. Desde que se comprometió ha encontrado sus pantalones. Me hace sentir conforme porque si actúa, Hannah estará segura al igual que sus hijos. La prioridad siempre es proteger lo más valioso y eso es la vida de quienes amamos...

Los ojos de Hannah brillaron al oír a Daniel. La mayor parte del tiempo se comportaba como un ser despreciable; no obstante, las quería a su manera y estaba dispuesto a todo por ellas.

—Nos harían un favor si hicieran desaparecer a Hannah. Ni siquiera es tan inteligente... —musitó Alethea, maliciosa.

Todas las miradas de esa mesa la observaron y más aún la de Daniel.

—Fuera de aquí —ordenó Mildred al notar que su esposo no sería amable—. Ve a tu habitación, Alethea. Nadie necesita que seas desagradable deseando algo tan malo para nuestra hermana.

—Solo quería experimentar por ella. ¿Hay algún problema con eso?

—Alethea... —masculló Daniel.

—¡Me fui! —vociferó saliendo a trompicones del comedor.

—No soy capaz de prestarle atención a las tonterías de Alethea cuando está jugando. Conozco a mi hermana menor y cuando la envidia la corroe es capaz de decir cosas que ni siquiera sabe qué significa. Lamento que tengas que presenciar esto, Owen —se disculpó Hannah.

—Estoy acostumbrándome a los malos tratos de tu hermana. Espero que esto no continúe, porque puedo pedirle otro favor a un amigo.

Pese a la tensión que existía, rieron y comenzaron a orquestar la forma de proteger a Hannah y Owen de las malas intenciones de su familia.

***

La noche del compromiso...

Hannah por fin conocería a esas personas tan malas. Según lo planeado, Owen iría acompañado por ellos. Mientras, ella estaba en compañía de Andrew que, pese a estar triste por no convertirla en su esposa, se comportaba como todo un caballero atento, adulador e interesado en sus asuntos.

—Hoy conocerá a esa gente tan mala. Lamento que no quisiera ser mi esposa, milady, pero considero que debe seguir su corazón por más que este la ponga en peligro.

—Lo lamento mucho. Si pudiese partirme en dos, usted sería mi otro escogido, lord Merton. Siempre nuestra amistad perdurará. Lord Stern no es celoso y si lo es, al menos tiene la decencia de morderse la lengua.

Los dos rieron llamando la atención de los demás, que no estaban tan conformes con ese compromiso entre Owen y Hannah, pues preferían a lord Merton, para ellos eran la pareja ideal.

—Silencio, llamamos la atención. —Rio Andrew al decirlo—. No beba mucho, debe estar atenta a lo que se lleve a la boca en compañía de su futura familia.

—Sí. Trataba de llenarme para no tener ganas de probar nada más adelante, pero he pensado en hacer algo malo. Quiero que la madrastra me ofrezca algo para tirarlo en su cara.

—Lo mejor sería cambiarle la copa...

Ellos siguieron riendo de las múltiples ideas que tenían hasta que vieron a Owen entrar con su familia.

Owen buscaba a lord Cholmondeley con la mirada, pero encontró a su prometida con lord Merton. No estaba disgustado, de

hecho, se sentía aliviado al saber que estaba en compañía de alguien.

—Esta casa es espaciosa, querido. Has escogido una buena familia para acomodarte —comentó Rowena disfrazando el desdén que sentía, puesto que prefería que Charles fuese quien tuviese esa gran oportunidad de formar parte del prestigio de esa gente.

—Sí, madre. He tenido la gracia de conocer a estas personas. ¿No deseas mi suerte, Charles? —inquirió Owen con un tono burlón hacia su hermano que miraba todo con desinterés—. No, ¿verdad? Lamento que no tengan mesas de apuestas donde puedas dejar la fortuna. Lo que debes hacer es buscar a una mujer rica que te dé su dote...

—Anda, búrlate. No te durará la felicidad —alegó Charles con una sonrisa sardónica.

—No peleen, son hermanos. No es una competencia. Owen, preséntanos a la familia...

—Sí, madre.

Él llevó a su familia hasta donde se encontraba lord Cholmondeley con la suya, o, al menos, la parte que podía asistir, pues Alethea era menor y se quedaba con los más pequeños en las habitaciones altas al resguardo de la institutriz y la extraña presencia de un preceptor para niñas.

Daniel vio acercarse a lord Stern en compañía de los seres más despreciables de Inglaterra. Tuvo que colocar su mejor sonrisa para continuar el juego. Aquellos pensaban que ellos no sabían lo que tenían pensado hacer, pero estaban preparados para lo que fuese.

—Lord Stern, sea bienvenido a su próximo hogar. ¿Esta es su magnífica familia? —preguntó Daniel con entusiasmo.

Lord Stern quería reír por lo que aquel había dicho y, de hecho, lo hizo, pero rápidamente se compuso para presentar a los indeseables.

—Ellos son mi... queridísima familia... —Aquella pausa solo acrecentaba el poder de la burla. Rowena y Charles no sabían que el mínimo movimiento en falso podía ser una razón para que terminaran linchados por los familiares de Hannah.

Comenzaron las presentaciones y todos eran amables, como siempre, en ese instante se dio cuenta de que debía valorar las actitudes sinceras de Alethea, pues si ella estuviese presente, tal vez no se detendría ante la educación para decir lo que pensaba.

—Me alegra conocer a toda la familia de lady Hannah Hess, pero falta ella —habló Rowena con dulzura en sus palabras—. La persona que ha conquistado el corazón de mi hijo es alguien tan valioso que deseo conocerla ya mismo... He oído hablar de ella, pero

no hemos cruzado palabra. Este es el día en que por primera vez lo haremos. Le diré que cuide a mi queridísimo Owen.

Los miembros de la familia de Hannah querían vomitar ante la falsedad de la madrastra de Owen, pero soportaron por el bien de la velada.

—Oh, no se preocupe, madre, aquí viene... —anunció al notar que ella se acercaba con altivez y seguridad hacia ellos. Admiraba a esa mujer.

Una vez que Hannah estuvo frente a ellos, sonrió como si con eso indicara que comería y tomaría con ellos como una tonta confiada.

—Hannah... —saludó Owen que extendió su mano para tomar la de ella y poder dejar un beso ahí—. Lamento que tu mano esté tan cubierta...

Ella se sonrojó cuando lo oyó decir eso, pues sabía cuánto eso podría desagradable a Daniel. Hannah también notó que su madrastra también lo había hecho por las palabras de su prometido. Todos sabían lo que significaba.

—Tan sinvergüenza como siempre, Owen... —replicó para poder continuar con eso—. Por fin conozco a la familia de mi prometido. Para mí es un placer saludarlos.

Charles estaba gratamente sorprendido al notar la innegable belleza de lady Hannah Hess, ya que no asistía a ninguna velada, no había podido conocerla. Creía que esa mujer era demasiado hermosa para Owen.

—Ahora le presento a mi madre, Rowena, y a mi hermano, Charles. Son las personas más importantes de mi vida...

—Es un placer conocerlos. Owen me ha hablado mucho de ustedes. Espero que podamos convivir en armonía en un futuro próximo.

—¡Oh, Owen! ¡Es una niña encantadora! —expresó para congraciarse con la joven y conseguir su confianza.

—Sí, lo sé. Es una dama inigualable...

—Debo conocerla mejor... —alegó la madrastra de Owen.

—Por supuesto, milady. Estoy a su disposición. Tendremos algo en común muy pronto: el título de condesa. Además, espero pronto poder agrandar la familia.

—Usted es encantadora, milady —intervino Charles con una sonrisa ladina. Se acercó para coger la mano de Hannah.

Hannah soportó que aquel hombre le diese un beso en la mano. Agradecía que tuviese puesto aquel guante de algodón para que el

ácido de su asquerosa boca no llegara hasta su piel.

—Es un placer conocerlo, lord Charles. Su hermano habla bien de usted.

—Eso puedo discutirlo, no creo que hable tan bien de mí, pero si quiere conocer realmente a Owen, puedo ayudarla con algunos de sus secretos...

La joven solo le sonrió a él y después dirigió su mirada a Owen como si le pidiera que la salvara.

—Madre, ¿por qué no va a saludar a sus conocidas y presume a mi prometida como su futura nuera? —pidió Owen.

—Sí, claro, querido. También es momento de que Charles comience a conocer damas. Debe seguir el ejemplo de su hermano mayor. Ven, Charles... —Los dos hicieron venias y reverencias a los demás para retirarse.

El conde de Stern suspiró y abrió los ojos en señal de alivio.

—Son tan auténticamente falsos que no reconozco si son joyas valiosas o bisutería —gruñó Daniel.

—Son extraños y melosos —siguió Mildred que tenía el rostro agrio por haberlos conocido.

—Lo sé y no lo había notado por casi tres décadas. Un año sirvió para que el teatro de una vida cayera...

Ellos miraron hacia donde la mujer y el hermano de lord Stern se retiraban.

Rowena cogió a su hijo del brazo para acercarlo a ella antes de acercarse a alguna tertulia y saludar a la gente.

—Esa mujer es hermosa, madre. ¿En verdad la matará?

—Ha sido tu idea. Es más fácil matarla a ella que a Owen. Esta noche la apartaré un poco y le haré probar el sabor de la muerte. —. Ella señaló hacia su escote en donde tenía el frasco con el veneno.

—Sería mejor que lo pensara. ¿No cree que se vería mejor de mi brazo? Si matamos a Owen, me ofreceré para cumplir con la promesa de matrimonio. Es rica y tiene una buena familia.

—Lo único que sé es que ninguno de ellos tolerará tu ritmo de gastos, querido. Ella es un estorbo y la acabaremos esta misma noche.

Capítulo 33

Andrew, que estaba cerca de la familia de lord Cholmondeley, no dejaba de mirar a la familia de lord Stern. Esas personas eran verdaderamente ruines, por lo que no se confiaba como el enorme grupo de la familia Hess y el mismo lord Stern. Ellos actuaban con confianza, pero él no podía confiarse. Temía por la seguridad de Hannah y por esa amistad que cultivaban la cuidaría.

A medida que avanzaba la noche, llegó la hora de la cena y Humbert comenzó a ayudar a los asistentes a ubicarse. En ese momento, llegó Johnny. Aquel dejó a los demás con la boca cerrada, aunque otros murmuraban sobre lo que creían sobre él. Ahí pudo distinguir a su madre y a su hermano. Se veía un poco mejor que las últimas veces, al menos no parecía que su vida acabaría dentro de poco. Era algo que le alegraba, ya que él prefirió alejarse de su familia para proteger la reputación de ellos. No lo necesitaban si tenían un heredero, era solo un repuesto y no tenía lugar en la vida pacífica de Londres.

Se sentó cerca de Owen y este lo presentó con Hannah de manera formal para que solo dejarán de conocerse por nombre.

La familia de Owen había quedado un poco más alejada, pero no tanto para que no pareciese tan evidente que no deseaban contacto.

Durante la cena, tanto Daniel como Owen hicieron declaraciones sobre el futuro de ese compromiso y brindaron por los prometidos. Las bebidas iban y venían al igual que las risas en la mesa. Era un ambiente festivo y lleno de diversión. Después de la cena, Hannah ofreció un concierto para todos sus invitados. Quería que supiesen que lord Stern se llevaba a una mujer educada y talentosa.

Durante ese ínterin, Rowena aprovechó la oportunidad para ir a la mesa en donde estaban las copas de vino servidas. Apartó dos de ellas y en una vertió el contenido de lo que llevaba en su escote. Después de hacerlo, una dama se acercó a ella y la asustó. Era evidente que tenía la conciencia sucia. Cuando iba a coger las copas, la otra mujer comenzó a hablarle sobre lo contenta que estaba con el compromiso y sobre la admiración que sentía por Owen por haber superado una extraña enfermedad.

Mientras esas dos hablaban, Andrew se coló a la mesa con copas de vino. Él había visto lo que hacía esa mujer y debía advertirle a Owen.

Cuando Rowena dejó de hablar, cogió las copas que había apartado y las llevó hacia donde se encontraba Hannah, que agradecía a los presentes su ovación.

—No puedo creer que Owen ocultara que es usted tan talentosa —dijo Rowena con dos copas en la mano, una la extendió hacia la joven.

En ese momento, Hannah comenzó a sudar. Ahí estaba lo que esa mujer pretendía. No podía ocultar las ganas de eliminarla. Buscó a Owen con la mirada, pero aquel había sido abordado por gente que quería felicitarlo por su elección de esposa, pero encontró la mirada de Andrew y aquel con un movimiento de sus labios le indicó que no lo bebiera.

—A veces su hijo se olvida de cosas trascendentales, milady. Es un caballero un tanto ocupado. —Hannah aún no había cogido la copa en su mano, no quería hacerlo.

—Sí, pero le aseguro que lo compensa con su encanto. ¿Le ha dicho que por años se ha dedicado al libertinaje y el escarnio público? Dudo que se lo dijera, pero lo importante es que ha cambiado. Usted ha hecho el milagro de devolverlo al verdadero camino. —Rowena insistía con la copa, por lo que la joven la cogió en su mano.

—Salud. Por usted, por su talento y su próxima vida junto a Owen. Le doy la bienvenida a nuestra familia...

Hannah vio como Rowena llevaba la copa a sus labios y ella haría lo mismo para despistarla, por nada del mundo lo bebería.

—Milady, quiero felicitarla antes de que brinde con mi madre —habló Charles que se acercó tanto a Hannah como a su madre.

—Querido, ya estábamos brindando —alegó Rowena entre dientes. La joven ya estaba a punto de beber el veneno.

—Gracias, milord. Tal vez pueda dar un par de conciertos en la casa de su hermano para que asista para apreciar la música... —Ese hombre llegó a salvarla por un instante.

—Ahora sí podremos brindar, milady. Por muchos conciertos en casa... —pronunció levantando su copa hacia ella y después hacia su madre.

La mirada de Hannah se posó en Charles mientras él bebía el contenido de su copa de un trago y ella estuvo a punto de amagar hacerlo para darle a Rowena lo que supuestamente esperaba, pero Owen se colocó junto a su persona y cogió su copa para que ni se le ocurriera. No sabía qué tan letal era lo que le pusieron a esa bebida.

—Ella no beberá nada, madre, y menos algo que venga de sus manos... —expresó derramando el contenido al suelo frente a los demás presentes.

Rowena palideció ante aquello y trató de mantener su fachada que comenzaba a mostrar sus grietas.

—Es solo una copa de vino. Te has vuelto controlador, querido.

—No la va a envenenar como hizo conmigo durante meses, Rowena. Esta farsa se acabó —sentenció en voz alta.

Charles, que estaba junto a su madre, se agarró con fuerza del estómago y cayó al suelo quejándose del dolor. Una densa espuma comenzó a salir de su boca.

—¡Charles! —exclamó la madre de este al darse cuenta de que él había tomado el veneno y ella no entendía cómo.

Se arrodilló ante él y Owen también lo hizo. Hannah estaba impactada con lo que estaba viendo. Si ella no hubiese conocido los planes de esas personas, sería quien estuviese retorciéndose en el suelo como aquel.

Daniel y los demás pidieron que los invitados se alejaran de Charles para que los sirvientes pudiesen llevarlo a un lugar más abierto e intentar hacer algo por él. No sabían si para salvarlo o para conservar el cuerpo en el mejor estado posible.

Con la mente confundida, Owen se alejó de su madrastra y de su hermana. Verla rogando para que alguien salve a su hijo era más de lo que podía soportar. Se acercó a Hannah y la abrazó.

—Siempre quise protegerte de esto, amada mía, porque sin ti mi vida ya no tiene sentido. Te amo, Hannah...

Ella tragó saliva y correspondió aquello como lo que era: un gesto de consuelo ante la inminente muerte de su hermano.

—Lamento no tomar tus preocupaciones en serio, pero no quería perder más tu compañía. Tal vez me ames, Owen, pero no más que yo a ti.

Andrew seguía observando la escena también sin entender lo que ocurría, hasta que se fijó que la copa que él había separado del resto fue cogida por el hermano de lord Stern. Con eso había salvado a Hannah para que continuara su vida y fuese feliz con el hombre al que amaba.

Epílogo

Tres años después...

Hannah y Owen contrajeron matrimonio tres meses después del incidente de la fiesta de compromiso.

Lord Merton se acercó a ellos para confesar su culpa. Él no había querido matar a nadie esa noche, pero no alejó la copa lo suficiente para tirar su contenido y por eso Charles la había cogido.

Con suerte habían logrado salvarlo por medio de la inducción al vómito. Un médico estaba en la fiesta e intervino con rapidez, aunque estuvo en cama por varias semanas. Pese a la maldad de su familia, Owen decidió abandonar su plan de venganza, pero con una sola condición: que ellos dos abandonaran Inglaterra y fuesen con destino a la colonia de América, lejos de la vida que Hannah y él planeaban construir.

—El estanque ha tenido una crecida después de una gran lluvia —comentó Hannah mientras caminaba junto a su esposo que llevaba a su hijo en brazos para que observaran los gansos.

—En ese lugar me encontraste —señaló Owen, sonriente—. Ahora está inundado.

—Pronto el agua bajará y puedes fingir ser comida para gansos otra vez.

El niño de dos años de nombre Francis quería bajar de los brazos de su padre para correr hacia los curiosos animales que graznaban con entusiasmo al creer que ellos los alimentarían. Lo dejaron bajar con cuidado, aunque lo mantenían alejado de aquellos.

—Esta propiedad es hermosa. De no haber sido por la sugerencia de Igor de buscar a su primero, nunca hubiese encontrado este paraíso contigo en él. La vida actúa de maneras sospechosas algunas veces. Mi familia y sus acciones me orillaron a corregir mi camino, pero podrían haberlo pedido de otra manera. ¿Por qué desear mi muerte? Es algo que tal vez algún día comprenda.

—La ambición, la codicia y la envidia nunca han sido buenos consejeros. Tu hermano se ha salvado de milagro, y Rowena aprendió su lección, al menos es lo que esperamos.

—Siempre llegan cartas que jamás contesto. No quiero leer excusas y falsos pedidos de perdón para regresar aquí y hacer daño. Nunca más volverán a pisar Inglaterra hasta el día en que yo muera y después de eso, nuestro hijo les seguirá impidiendo la entrada. Su castigo es estar lejos de todos lo que anhelaban.

—Eso es mejor que nadar con los peces en el Támesis.

Los dos rieron ante lo último que había dicho Hannah. Una etapa horrible de la vida reducida a un chiste, algo que le estuvo carcomiendo por dentro durante meses, ya no tenía el mismo valor. Todos habían pagado sus culpas y Owen logró su cometido de casarse con la mujer que deseaba y comenzar su propia familia.

—¡Oye, Owen! —La voz de Edwin interrumpió el momento entre Owen y Hannah—. ¡Vamos de cacería!

Daniel, Robert y Edwin tenían en sus manos sus armas y una canasta. El trío quería una tarde de caballeros, sin niños ni esposas.

—Hemos traído un arma para ti. —Daniel la levantó para enseñársela.

Hannah miró a su esposo y sabía que aquel quería ir con ella.

—No bebas tanto whisky, sé que lo llevan en la canasta. —Ella le dio un beso a Owen antes de que aquel se pusiera a la carrera para seguirlos.

—Cuídalo, Hannah. Te amo...

Lo vio correr y reír con sus cuñados. Aquellos se veían felices. Los demás sirvientes iban con cuatro caballos detrás de ellos por si necesitaban alejarse más para buscar presas.

Ella sonrió y murmuró que también lo amaba. Después miró a su hijo y lo cogió en brazos para regresar.

—No queremos que un caimán salga de su estanque y venga a este. Vámonos, querido. Puedes molestar a tus tías.

La vida para Hannah era más perfecta de lo que imaginaba. Tenía un esposo amoroso, un hijo perfecto y una vida tranquila y envidiable, al igual que conservaba su amistad con lord Merton, con quien siempre intercambiaba cartas con frases de sus libros favoritos.

Fin.

Conoce la próxima novela serie Las damas Hess

Los juegos de un disoluto

Lady Alethea Hess era la última de las hermanas que debía casarse y, pese a sus gustos extravagantes, logró lo que nadie creía: comprometerse con un duque.

Richard Williams, duque de Belrose, consideraba haber encontrado la verdadera felicidad; sin embargo, en un gran revés del destino, los planes cambiarán de manera estrepitosa.

¿Alethea podrá sobrellevar las pruebas que consideraba injustas con una nueva oportunidad o sucumbirá ante el dolor de su corazón?

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…



Disponible en Amazon.

«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

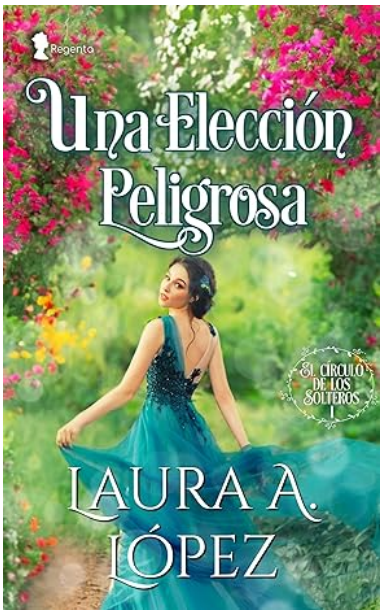
—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»

Si te gustó Las dotes de un calavera podría gustarte...



Toda historia tiene un comienzo...

George Mountbatten, marqués de Blister*,* al igual que sus amigos, sabía que el matrimonio estaba a la vuelta de la esquina y que era más inminente que la muerte. El problema, era la elección de la mujer adecuada. Cuando creyó haberla conseguido algo ocurrió.

Lady Brianne Scott, ahijada de su fallecido padre llegó a su vida para ponerla de cabeza. Delicada, bella y brillante, amenazaba con destruir sus planes, puesto que él debía conseguirle un esposo.

El mayor pecado era meter a dos solteros solos bajo un mismo techo. ¡A quién se le ocurría!

¿Cómo hará el marqués para evitar caer en la tentación y ceder la mano de su pupila?

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real,* y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor.*

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los*

amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés, Una elección peligrosa, Una casadera incorregible, Una decisión imperturbable, Mi inocente secretaria, Una situación escandalosa, Un duque codiciado, La dama adecuada, El último soltero, La promesa de un majadero, El amor de un granuja, Las dotes de un calavera y Las argucias de un sinvergüenza.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford*.